

EN TIEMPOS DE PANDEMIA

Ser, hacer, sentir feminismo



María Teresa Garzón Martínez
Editora

EN TIEMPOS DE PANDEMIA

Ser, hacer, sentir feminismo

María Teresa Garzón Martínez
Editora

EN TIEMPOS DE PANDEMIA

Ser, hacer, sentir feminismo



Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas
Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica

860.44M
T54

En tiempos de pandemia. Ser, hacer, sentir feminismo / Editora María Teresa Garzón Martínez.-- 1a. ed.-- Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: UNICACH, 2018.

219 páginas; 17x23 centímetros.

ISBN: 978-607-543-187-1

1. Narraciones breves – Académicas feministas – Mexicanas. 2. Poesía y fotografías – Compilaciones – Activistas Latinoamericanas. 3. Ensayos – Pensadoras activistas -Sudafricanas.

I. Garzón Martínez, María Teresa, editora.

ISBN UNICACH: 978-607-543-187-1

Primera edición: agosto de 2023 (versión electrónica)

D.R. © Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas

1a Av. Sur Poniente 1460, C.P. 29000

Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México

<http://unicach.mx>

Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica

Calle Bugambilia 30, fracc. La Buena Esperanza, C.P. 29243

San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México

Tel. y Fax: (967) 678 69 21

<http://cesmeca.mx>

Fotografía de portada: Efraín Ascencio Cedillo: "Pau y Úrsula: un espíritu", 2009

Diseño y formación: Irma Cecilia Medina Villafuerte

Diseño de portada (intervención de fotografía de Efraín Ascencio Cedillo): Adriana Ramos Zepeda.

La obra ha sido dictaminada, revisada y discutida por pares en apego a los procesos de aseguramiento de la calidad editorial del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.

CONTENIDO

Agradecimientos	7
Introducción	9
<i>Ser. Y cada verso será como un canto al universo</i>	11
Soy porque somos. La sensibilidad feminista, una sensibilidad inevitable. <i>Yury Arenis Olarte Arias</i>	17
El paso vacío de las horas. <i>Amalfi Cerpa Jiménez</i>	29
Tejer sin patronos. <i>Brígida Villafán Tirado</i>	31
Mientras la pasión me dure: Senti-pensares de llamarme feminista. <i>Anahí Vázquez Pérez</i>	39
Palabras sueltas de tinta violeta: breves notas en mi libreta feminista. <i>Adriana Guadalupe Dávila Trejo</i>	45
Resistencia ancestral afropuertorriqueña. <i>Bárbara I. Abadía-Rexach</i>	53
Tsatsal nichimal k'op ta yora'il ach' chamel. Poesía rebelde en tiempos de pandemia. <i>Susi Bentzulul</i>	57
Dossier: <i>Atxiri Yareli López Fabila</i>	65
<i>Hacer. Volver a pasar por el corazón y transitar por el dolor</i>	69
Caminos del 8M en la Ciudad de México. <i>Dacia Espinosa</i>	75
Yo/nos otras, las indisciplinadas en la frontera. Reflexiones sobre la rebeldía como un acto político dentro de la academia. <i>Eliana Francésca Arévalo Delgado</i>	83
“Irse en flor”. Dolor, investigación y relevancia visceral. <i>Noemí Melgarejo</i>	97

En nuestros propios términos. Disputa cotidiana por categorías, conceptos y palabras para nombrar, comprender y transformar —hacia la emancipación— la realidad social desde un feminismo contrahegemónico. <i>Amalfi Cerpa Jiménez</i>	103
Caminando los feminismos anclados en los territorios: Escuela Ecofeminista Mujeres defendiendo el Territorio Cuerpo-Tierra. <i>Norma Iris Cacho Niño</i>	115
“Ahora que estamos juntas”. De la co-investigación participativa a la investigación militante con niñas y adolescentes. <i>Ayelen Amigo</i>	135
Entre la trama y la urdimbre, pensamientos sobre la potencia política del bordado. <i>Teresa Díaz Torres</i>	149
<i>Sentir. Una hilera de fosforitos encendidos</i>	155
Corposentir: de la que soy y de cómo me reinterpreto a través de mis propias imágenes. <i>Lucero Batista</i>	161
“Y una es necia pues”. Reflexiones sobre el ímpetu y sus consecuencias. <i>Crystel Sofía Díaz Díaz</i>	173
Diálogos con y desde los cuerpos que danzan. <i>María Fernanda Enríquez Valencia</i>	181
El tiempo, ese gran olvidado. <i>María del Pilar Ruiz Reyes</i>	187
Hablando recio y desenterrando mi voz. <i>Daniela Pinedo Torrentera</i>	193
Reflexiones sobre el miedo y la digna rabia. <i>Montserrat Aguilar Ayala</i>	197
Dossier: <i>Silvestre Barragán</i>	209

Agradecimientos

En especial a todas aquellas que han confiado y nos han regalado sus sentipensares, palabras, imágenes y voces a través de las cuales reafirmamos, una vez más, que cuando nos dicen: “no se puede”, “no importa”, “no existe”, sí se puede, importa y existe. Y con ello sembramos de nuevo las semillas eternas de la reVeldía en estos tiempos de viejas y nuevas pandemias en los que hemos sido llamadas a sobrevivir. Gracias, también, a Ana Gretel Echazú por la invitación a participar en la investigación “Projeto Boas Práticas COVID-19”, por medio del cual tendimos puentes de *apapachos* desde este sur del Sur con Brasil, Argentina y Colombia, con el fin de, por lo menos, no perder la esperanza. Y para finalizar gracias a Adriana Ramos, “la maga”, por la portada y a Teresa Ascencio Cedillo por permitirnos usar la foto de Efraín Ascencio Cedillo en ella.

Introducción

En *tiempos de pandemia*, los tiempos de hoy, la tarea de la sobrevivencia ha adoptado nuevos matices marcados, tal cual tatuajes en la piel, por la pérdida, el duelo y la incertidumbre, generados por la emergencia sanitaria a nivel global del COVID-19. Una pandemia contemporánea que a veces parece haber llegado a su fin y otras veces se reaviva con nuevos ímpetus y variables. Sobre la vida en pandemia y postpandemia se escribe y se escribirá durante generaciones, aunque tal afirmación es sólo una suposición. En esa vía, en medio de una realidad híbrida que se debate entre lo virtual y lo material, el salir o el quedarse, el recuerdo y el olvido, la prohibición y la autonomía, el jabón de baño y el gel antibacterial, presentamos esta compilación de ensayos, poesía, cuento, bordado, foto ensayo e ilustración, organizados en tres apartados diferentes. *En tiempos de pandemia* se suma al continuum inaugurado por el libro *En tiempos de Furia. Ser, hacer, sentir feminismo* (Cesmeca-Unicach, 2018) y seguido por el libro *En tiempos de Coraje. Ser, hacer, sentir feminismo* (Cesmeca-Unicach, 2018), y funge como memoria de estos tiempos presentes y, en especial, del ser, hacer, sentir feminista en este contexto de enorme tristeza, mucha creatividad y resistencias cotidianas supremamente fuertes.

Ahora bien, si aquí la experiencia de la pandemia nos une, la experiencia de seguir haciendo “academia feminista” nos articula, en tanto el flujo de las relaciones de poder que nos constituyen en todo nivel se ralentiza, más no se extingue. Por ello, muchas de las voces que acá se dan cita somos partícipes del diplomado en modalidad virtual: “Sembrar rebeldía. Investigación y acción política desde el Sur”, realizado por el Cuerpo Académico en Estudios Feministas y la línea de “Feminismo, cultura y transformación social” del Posgrado en Estudios e Intervención Feminista del Cesmeca-Unicach, en el año 2021. Diplomado que une a un número importante de mujeres de la Abya Yala, en donde además de pensar nues-

tro hacer político e intelectual compartimos nuestras dolencias, sueños y apuestas. En consecuencia, el diplomado es una válvula de escape, un sismo y un abrazo colectivo, ya que permite poner sobre la mesa muchos de los malestares y aciertos que implica producir conocimiento-acción desde nuestros lugares, asimismo mueve cimientos en el pensamiento y en el sentir de muchas y nos provee de un lugar seguro al cual llegar siempre bajo la consigna de que cuando nos dicen: “no importa”, “no existe”, “no se puede”, *importa, existe y sí se puede*.

Anudado a ello, algunas de nosotras hacemos parte de la primera etapa del “Proyecto Boas Práticas COVID-19. Nodo Chiapas” (2020-2021), liderado por la Universidade Federal de Rio Grande do Norte, en Brasil, a través del cual sumamos esfuerzos en pro de construir y traducir material informativo útil para las personas y las comunidades. Un esfuerzo que casi de manera natural termina integrando la necesidad de atestiguar nuestra existencia creativa, académica y vital, siempre desde la primera persona y el nosotras político. Por último, aquí nos acompañan algunas compañeras y compañeros que se unen a esta aventura y a quienes agradecemos su confianza pues sus voces, experiencias y sabiduría nos han inspirado. Así, esta compilación es memoria sí, pero también una apuesta de divulgación y de difusión porque seguimos insistiendo, por un lado, en la necesidad vital de conectarnos, hablarnos y construir juntas y, por otro lado, en la necesidad de divulgar y difundir nuestros seres, haceres y sentires, dentro y fuera de la academia occidental, sin importar nuestro nivel de “experticia” o grado académico, adoptando formatos creativos, de ruptura con la norma impuesta y tan híbridos como estos tiempos en los que nos tocó vivir porque, al final de cuentas, “ino que no, si que sí, ya volvimos a salir!”

Sea lo que sea, haga lo que haga, sienta lo que sienta, siempre estaré en deuda con ustedes.

Desde la *Waverider*, Tere Garzón (S.L)

SER

*Y cada verso será como un canto
al universo*

*Esta noche voy a enterrar mi dolor
para no desgarrar más mi alma
con versos llagados
y estrofas mutiladas.
Y al amanecer
retoñará un poema nuevo
y cada verso será como un canto al universo*

Susi Bentzulul

Ser feminista es una apuesta dura y “sin garantías”, es un verso lleno de llagas, cicatrices y goce; en especial, en los tiempos de pandemia, donde a veces es preciso enterrar el dolor para no terminar de desgarrar el alma, como afirma la poeta de fuego. Ser siempre la pregunta, su sombra y su afirmación. Ser que implica el hacer del ser como práctica constante de re(ex)sistencia. En esta sección, pensamos el ser feminista no en abstracto, sino conjugado con la experiencia, esto es, ese ser que habla desde las vísceras y que nos orienta y nos sitúa en diversos lugares de enunciación desde donde deconstruir y reconstruir las militancias, las comunidades, las apuestas, las resistencias y los sueños. Y, de alguna manera, desde ese ser feminista, unas veces vacío de significado y otras veces plagado de significantes, retoñará un poema nuevo con la promesa de seguir adelante a pesar de todo, puesto que sí o sí cada verso será un canto al universo.

Este apartado, memoria de las que tienen el corazón bien puesto en el Sur, es inaugurado por el foto ensayo titulado: “Soy porque somos: la sensibilidad feminista, una sensibilidad inevitable”, de Yury Arenis Olarte Arias quien, situada en un devenir estudiante, en las coordenadas geopolíticas de Ciudad Bolívar (Colombia), pregunta por sus sensibilidades políticas y el dolor que acompaña la investigación, pero también cuestiona las luchas colectivas, los deseos políticos, los juegos múltiples de los afectos que habitan la educación popular y feminista: un ser que abre la posibilidad de construir una “alguien” rebelde fuera y dentro de la universidad. Rebeldía que se plasma, a continuación y una vez más, en las palabras de Amalfi Cerpa Jiménez, con su cuento: “El paso vacío de las horas”, donde ficcionalmente nos habla de un corazón que no cabe en el pecho, una enorme cicatriz, un viaje y la negativa de recibir una vacuna como signo de resistencia frente al control farmacéutico de los cuerpos. También pensando en los cuerpos, *la cuerpa*, continúa Brígida Villafán Tirado con su ensayo testimonial: “Tejer sin patrones”, en donde el oficio de la tejedora se desplaza hacia el oficio de la constructora para, en dos momentos y con varias jornadas de trabajo a cuestas, indagar por el hábitat como una forma de pen-

sar la propia vida viviéndola y repensar la arquitectura como un compromiso con la vida en un territorio, en un lugar y en una comunidad.

En un tenor similar al testimonial, sigue Anahí Vázquez Pérez con su ensayo: “Mientras la pasión me dure: sentipensares de llamarme feminista” en el cual, desde su postura crítica frente a las diversas hegemonías del poder con las que debe lidiar, da cuenta de los debates teórico-políticos que ha generado su paso por una academia con fundamentos eurocéntricos y su proceso de investigación-intervención en una comunidad rural de Chiapas, guiada por la digna rabia encarnada por la diversidad de mujeres que viven en el mundo más allá de nombrarse o no feminista. Como un especie de eco, nombrándose como feminista, sigue Adriana Guadalupe Dávila Trejo con su ensayo: “Palabras sueltas de tinta violeta: breves notas en mi libreta feminista”, en donde reflexiona como investigadora y emprendedora, en medio de harinas, colores y clases virtuales tomadas mientras se cocina, sobre la escucha como punto de inicio de una investigación y su propia metodología creativa de investigación feminista. Investigación y acción política desde una cimarronería inagotable es lo que presenta, a continuación, Bárbara I. Abadía-Rexach en su ensayo: “Resistencia ancestral afropuertorriqueña”, en donde reflexiona la supervivencia como mujer negra y afrodescendiente, su genealogía familiar y en las enfermedades que aquejan a las mujeres de la misma, para pensar a la resiliencia como la adaptación al colonialismo, el sexismo y el racismo y el afrorreparar, el afrosanar, como resistencias antirracistas.

A propósito del ser feminista en pandemia, este apartado cierra con dos apuestas creativas. La primera está conformada por los poemas de Susi Bentzulul, la poeta de fuego, quien presenta su: “*Tsatsal nichimal k’op ta yora’il ach’ chamel*. Poesía rebelde en tiempos de pandemia”. La segunda es el “Dossier” de Atxiri Yareli López Fabila quien comparte sus hermosas ilustraciones.

Soy porque somos: La sensibilidad femisnista, una sensibilidad inevitable

Yury Arenis Olarte Arias¹



Imagen 1
Autoarchivo Somos tres

¹ Mujer bogotana, hermana y tía, apasionada por la educación popular y las pedagogías feministas. Activista, feminista y aprendiz permanente de educadora popular. Candidata a doctora en ciencias humanas y sociales de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá. Magíster en educación, especialista en epistemologías del sur y terapeuta ocupacional. Docente universitaria y soñadora incansable por la construcción de otros mundos posibles.

Recuerdo I: pensar la experiencia



Imagen 2
Ilustración Paula Bonet - <https://www.paulabonet.com/> - Adaptación Propia.

La creación de este fotoensayo nace de corazonar los aprendizajes vividos y escuchados en el diplomado “Sembrar rebeldía. Investigación y acción política desde el sur”, cursado en 2021 en el Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica de la Ciudad de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas.

La experiencia comienza al habitar el recuerdo de un sentimiento de angustia y soledad que se ha apoderado de mí en el transcurso de (per)formarme como doctora en ciencias humanas y sociales en un contexto de pandemia. En qué me metí: “escucho” en mi cabeza una y otra vez recuerdos viejos y nuevos que gritan: “lo que piensas y lo que quieres no existe, no se puede, no importa”, que hacen que se me revuelva el estómago, se me cierre la garganta y me vaya a otros recuerdos, unos que repiten: “no existes, no puedes, no importas”. Será por eso que cursar este doctorado se vuelve cada vez más importante, pues es la forma que encontré para agrietar

y quebrar el orden..., es mi forma de hacer —hacerme y hacernos— existir (en) lo innombrable, lo silenciado, lo invisibilizado.

Recuerdo 2: el dolor se me acuna en la garganta



Imagen 3.
Ilustración Sara Herranz -
<https://www.sara-herranz.com/>
Adaptación Propia

Relevancia visceral

Hace 31 meses sentí un deseo que me arrojó a la experiencia encarnada de devenir estudiante doctoral. Desde entonces me he sentado miles de horas a masticar lo pensado y lo vivido. Han sido tantas que ahora me duele tragar. Pienso que las vísceras me hablan, me quieren ayudar a entender de dónde vienen las o mis sensibilidades políticas. Esa pregunta me mantiene en el devenir estudiante.

Entonces las respuestas vienen fuertes, me estrujan tanto que me hacen vomitar. Me pregunto por qué la búsqueda de respuestas duele tanto.

Quizás porque la inquietud doctoral, que pensaba venía de lo racional, es una inquietud visceral situada años atrás y que me trajo hasta aquí para poder gritar:

“¡Somos la resistencia, somos las nietas del dolor patriarcal y nunca más tendrán la comodidad de nuestro silencio!”.

Recuerdo 3: no fue suicidio fue patriarcado



Imagen 4.
Imagen circulación Facebook - Adaptación Propia

Con el deseo como fuente de conocimiento intento nombrar(me) y comunicar lo vivido y lo aprehendido sobre las sensibilidades políticas. ¿Dónde nacen? ¿Cómo se construyen? ¿Cómo se fortalecen? ¿Cómo se colectivizan? Entonces emprendo un viaje hacia mí misma y desde mi trinchera, en mi cuarto propio; en un adentro-afuera empiezo a rememorar y habitar mis recuerdos. Ahí se construye la imagen mental: no fue suicidio fue patriarcado. Ahora estoy segura, en ese dolor causado por el patriarcado surgen todas mis sensibilidades políticas..., sensibilidades inevitables que surgieron en 1976, 12 años antes de que yo naciera, año en que el patriarcado nos arrebató la vida, nos las arrebató a ellas... La muerte de las abuelas por la violencia feminicida nos heredó un dolor que se acuna y se agranda de generación en generación, un dolor que nos ubica en el lugar de la no existencia...

Recuerdo 4: por eso somos tres

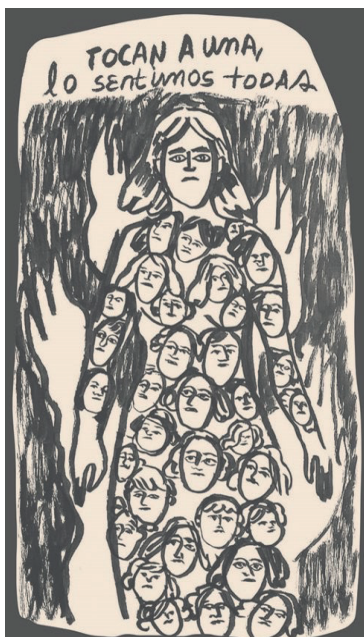


Imagen 5.
Imagen circulación Facebook

Aunque mamá y papá aún no lo comprendan, por eso somos tres... para nombrar lo que desde 1976 se nos ha obligado a callar: no fue depresión, no fue leucemia, fue suicidio, fue feminicidio y lo causó el patriarcado, un patriarcado que durante 12 años, e incluso más, acunó el miedo y el dolor por el abandono y la violencia sexual e hizo que en 1988 pasara lo más temible para una familia boyacense (Boyacá, departamento de Colombia): tener como primogénita a una mujer. Esa es la cultura en la que yo nací, una en la que se cree que tener como primogénita a una mujer es castigo de Dios, ahora imaginen lo que significó tener mujeres gemelas.

Puedo entender la angustia del momento, el patriarcado había arrebatado una y otra vez la vida y el deseo de vivir a las mujeres de mi familia. Ocho años después, en 1996, aferrados mis padres al deseo de tener por fin un hombre como hijo, nació mi hermana menor. Ahora logro comprender, pero durante muchos años no pude, la manera como los afectos traumatizados 20 años atrás volvían y revivían... Ahora me siguen cuando expreso que mis sensibilidades políticas nacieron antes que yo, antes que nosotras, que nos estaban esperando en un deseo inevitable de resignificar el supuesto de negación a la existencia femenina, esa existencia que hemos encarnado desde el nacimiento.



Imagen 6.
Imagen circulación Facebook

Recuerdo 5: la desigualdad me escupió en la cara

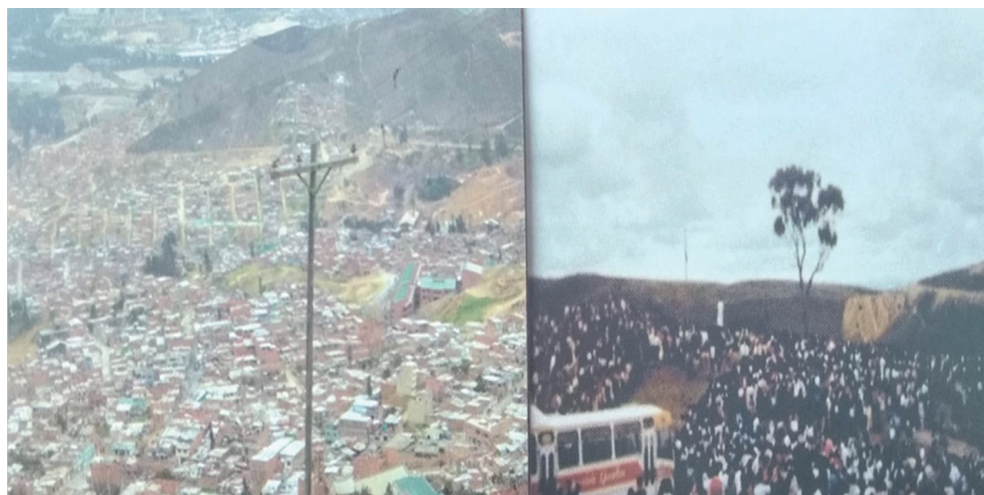


Imagen 7

Fotos Proyecto Memoria Local Ciudad Bolívar Convenio 042 de 2013 – Autoarchivo

Provenimos de una cultura boyacense profundamente patriarcal, y digo “provenimos” porque si bien nuestra familia es del departamento de Boyacá, las tres nacimos y crecimos en Bogotá, la ciudad capital de Colombia. Les cuento que frente a la violencia avasalladora y cruel en la que hemos nacido y crecido millones de colombianos, nacer o crecer en Bogotá es un privilegio. Sin embargo, estas tres mujeres crecimos en esa “otra” capital, la llamada Ciudad Bolívar, territorio construido en su mayoría por población desplazada por la violencia visible, la armada, pero también por miles de mujeres desplazadas por la violencia invisibilizada, la patriarcal.

Crecer en Ciudad Bolívar nos permitió muchas cosas, entre estas, que germinara el deseo de existir y no solo de existir mujer, de existir joven y existir ciudadana. A muy temprana edad la desigualdad encarnada que se vive en Ciudad Bolívar nos escupió en la cara. Miles de lucecitas en la loma (permítanse sentir estas lucecitas: “Lucecitas en la Loma”, <https://www.youtube.com/watch?v=5SetSyDrukU>) me y nos enseñaron lo inevitable de crecer ahí y no crecer en sensibilidades políticas, lucecitas que como fueguitos me y nos encendieron en esas sensibilidades, y cómo no, si al recorrer las montañas de Ciudad Bolívar se nos acunaron dolores, múltiples imágenes calaron en el sentimiento y en el pensamiento y nos fueron impulsando al actuar. Como ejemplo, deseo que ojalá un día puedan conocer el árbol de este recuerdo, para llegar a él hay que caminar una loma, con pre-

caución porque unas mangueras cruzan por el suelo, no queremos dejar sin agua a las casas de lona, lata y madera que han improvisado un acueducto. Eso nos decía el profe de ciencia política del colegio mientras nos resbalábamos por la lluvia en las calles destapadas que nos llevaron a ese árbol, donde escuchamos: “ese es el palo del ahorcado, allí se han suicidado los que se cansaron de luchar, en su mayoría jóvenes como ustedes...”.

Recuerdo 6: la hoguera de las ilusiones

Ahora traten de imaginar cómo miles de jóvenes nos hemos parado y duro en este país (Colombia) para avanzar en la lucha por existir, por romper los metarrelatos de negación de la humanidad que todavía nos ubican en el lugar de la no existencia. En mi experiencia como hija de Ciudad Bolívar puedo compartir que crecer en la llamada “hoguera de las ilusiones” enciende la llama que siembra sensibilidades políticas. Ahora comprendo que vivir, observar y sentir tantas situaciones de opresión y violencia imbricadas nos impulsa a actuar y forja los deseos de cambio. En esta lógica de vida se llena de sentido la frase: “nos quitaron tanto que nos quitaron hasta el miedo” y desde ahí se forja la resistencia, desde ese lugar impuesto de no existencia que acuna sentires, deseos y anhelos para que otras y otros como nosotras puedan existir...

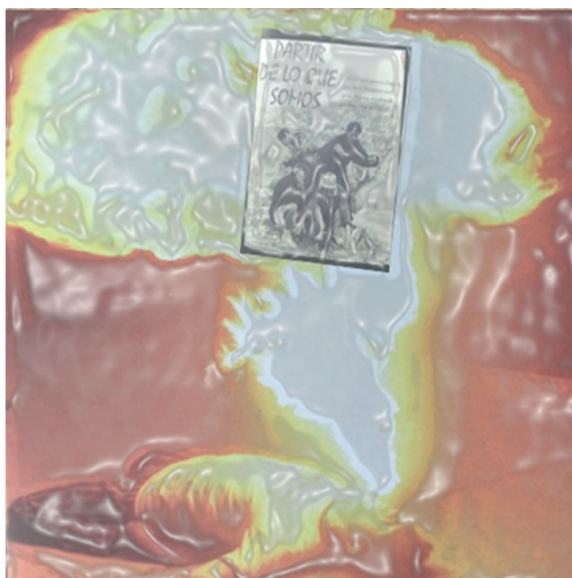


Imagen 8

Fotos Proyecto Memoria Local Ciudad Bolívar Convenio 042 de 2013 – Montaje Propio

Ser. Y cada verso será como un canto al universo
Soy porque somos: La sensibilidad feminista, una sensibilidad inevitable

Recuerdo 7: al calor de las luchas

Las luchas populares históricas en Ciudad Bolívar lideradas por una gran cantidad de mujeres fueron las primeras que abrazaron a otras generaciones; en el calor de la juntanza intergeneracional se encienden las sensibilidades inevitables:



Imagen 11- Imagen circulación Facebook

“¡Seré alguien si somos alguien!”.

Las luchas colectivas por las existencias nos ubican en el campo de los deseos políticos, nos abren al juego múltiple de los afectos y nos llevan a desear la vida que durante años nos han negado. Ahora estamos convencidas de que podemos hacer existir la vida que queremos.

Recuerdo 8: un camino en soledad



Imagen 12. Foto Proyecto Memoria Local Ciudad Bolívar Convenio 042 de 2013 e Imagen circulación Facebook Montaje Propio

Habitar el lugar de “los nadie...”. Una y otra vez nos repitieron: “hay que estudiar para ser alguien”, así que ahora, aferrada al rol de estudiante, pienso: “¡yo que creía que ya era alguien!”. Llevo 28 años apegada a la “posibilidad de ser alguien” al ser estudiante. Recorro mis pensamientos y mis experiencias y me enfrento con el engaño... Mis afectos me recuerdan el contexto educativo y la academia occidental, patriarcal, que intenta destruirme... De forma más dolorosa e indignante, recuerdo múltiples investigaciones universitarias que llegaron a Ciudad Bolívar con el deseo puesto en nuestras experiencias...

nosotras y nosotros fuimos durante décadas la posibilidad más cercana de la academia para interactuar con lo “otro”, con lo “exótico”, con lo políticamente salvaje. Así conocí la academia, en un acto de reproducción del privilegio del saber en función del racismo estructural, que normaliza y legitima formas de existencia desde un supuesto de negación de la humanidad. Entonces, cómo no querer cambiarlo todo.

Recuerdo 9: te regalo la educación popular

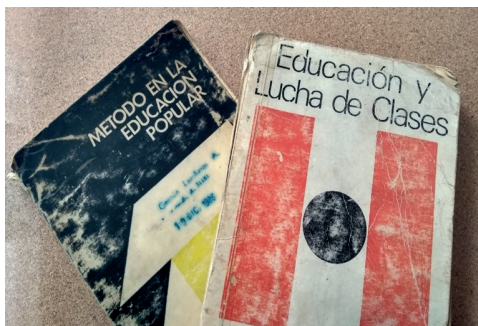


Imagen 13. Autoarchivo

Insisto, crecer en Ciudad Bolívar nos regaló a un grupo amplio de jóvenes muchas cosas, nos ha impulsado a desear y hacer existir mundos para la vida, nos ha permitido crear posibilidades colectivas de cambio, nos ha enseñado a construir y colectivizar sensibilidades políticas.

Y así florecen en muchas y muchos de nosotros sensibilidades inevitables que actualmente y de cara a un paro nacional en Colombia acuerpan la primera, la segunda, la tercera y hasta la sexta línea en las luchas, sensibilidades políticas que fluyen entre líneas y siguen encendiendo los deseos políticos que nos mantienen en resistencia y en reexistencia.

De manera personal les cuento que aquí estamos y seguimos siendo; devengo estudiante-profesora dentro y fuera del contexto universitario, movilizo entre líneas sensibilidades políticas y fortalezco las propias. He aprehendido que lo que nos convierte en “alguien” es la educación popular y feminista. Ese será el camino para sembrar *reveldías* dentro y fuera de la universidad...

sí, *REVeldías* con *R* de revolución, *E* de esperanza y *V* de victoria.



Imagen 14. Imagen Coordinadora de procesos de educación popular en lucha - Autoarchivo

Ser. Y cada verso será como un canto al universo
Soy porque somos: La sensibilidad feminista, una sensibilidad inevitable

Recuerdo 10: construyendo(nos) (en) sensibilidades políticas

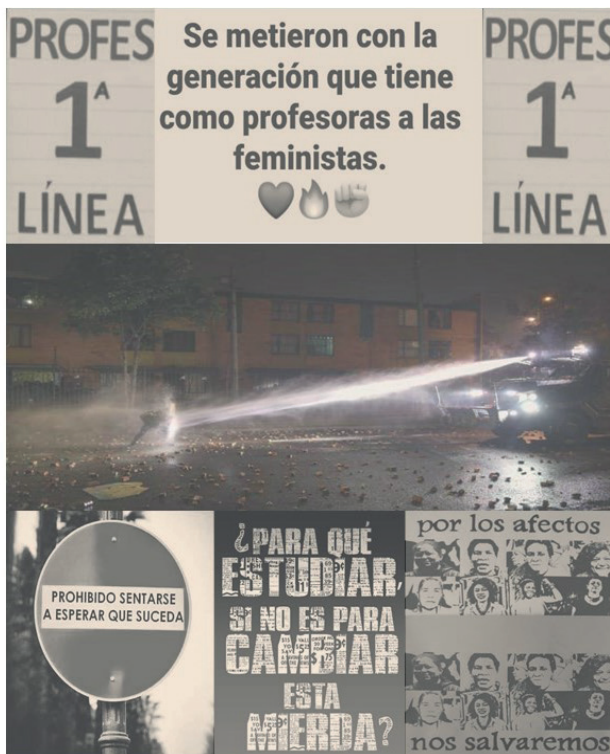


Imagen 15.
Imágenes circulación Facebook - Montaje Propio

Dedicatoria

Este fotoensayo es un regalo a las mujeres de mi vida, en especial a mis hermanas y a muchas otras que en estos tiempos de pandemia se han aferrado a la vida y siguen luchando. Además, es un homenaje póstumo muy sentido a mi amiga, la lideresa social y educadora popular, Luz Dary León Quintero, una de las luces más potentes que nos dio Ciudad Bolívar y que luchó incasablemente por encender sensibilidades políticas en “los nadies”, en nosotras y nosotros los jóvenes. Su vida y sus deseos políticos me tocaron muy de cerca y, ante su inesperada partida a causa de la pandemia, solo quiero decir al mundo:

Un día muchos jóvenes tuvimos la fortuna de cruzarnos en la vida con una mujer maravillosa. Toda persona que tuvo esa fortuna podrá decir: Luzda

nos cambió la vida, la forma de verla, de vivirla, de desear vivir. Mujer guerrera, rebelde y llena de amor que nos convocó a luchar por una vida digna. Recorriendo las montañas de Ciudad Bolívar nos enseñó, a punta de rock y metal, arte, cultura y pedagogía, a defender los derechos humanos y que la juntanza y la empatía política son el camino para cambiar este mundo, son la chispa que nos mantienen en utopía. Tu partida nos inunda de dolor, pero también nos llena de valor. Eso nos enseñaste, a pararnos duro contra toda adversidad. Gracias infinitas por creer en tantas generaciones de jóvenes e impulsarnos a desear vivir. Así que, aquí seguiremos alzando nuestras voces y al calor de los recuerdos a tu lado seguiremos construyendo una vida del tamaño de nuestros deseos.

¡Tus luchas son nuestro legado eterno!

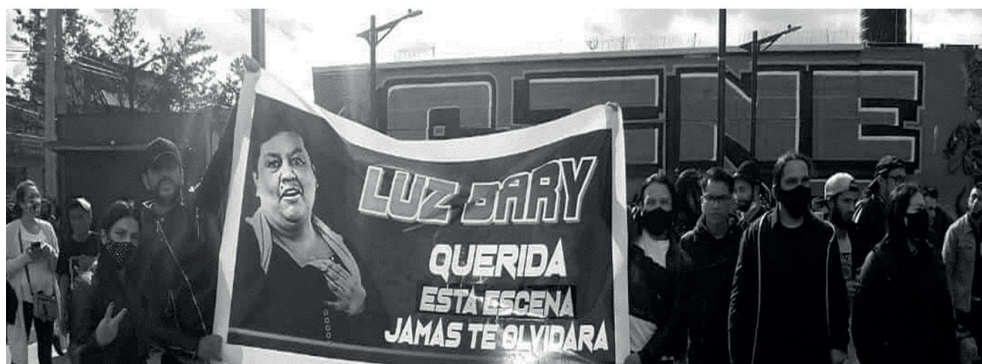


Imagen 16. Imagen circulación Facebook

Activadores del recuerdo

Referencias

- Alape, A. (1995). *Ciudad Bolívar: la hoguera de las ilusiones*. Bogotá: Editorial Planeta.
Canción *Lucecitas en la Loma*, <https://www.youtube.com/watch?v=5SetSyDrukU>.
Ilustradora Paula Bonet, <https://www.paulabonet.com/>.
Ilustradora Sara Herranz, <https://www.sara-herranz.com/>.

El paso vacío de las horas

Amalfi Cerpa Jiménez²

El paso vacío de las horas... así había titulado en su mente, ese no tiempo transcurrido en ese no lugar donde llevaba internada 30 días ¿o eran 45...? ¿Cómo saberlo? Había sido retenida por negarse a dejarse aplicar la vacuna. Su condición médica le había permitido sortear los impases que se le habían presentado durante año y medio de pandemia. Pero, como decía su mamá: “no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague”. Así, un día necesitó viajar y, a último momento, la detuvieron en el aeropuerto porque no contaba con el carnet de vacunación. Les explicó que por sus problemas cardíacos, su médico le había recomendado no vacunarse dado que tenía que dejar de tomar anticoagulantes y antiagregantes plaquetarios durante siete días; tres, antes de la vacuna; el día que se vacunara; y tres, después... Ella había seguido su consejo o, mejor, se había aprovechado de su consejo para mantenerse a salvo de las vacunas; siempre con el argumento de: “estoy en postoperatorio de cirugía de corazón abierto...” y, para que no quedara duda de aquello, se destapaba el pecho y mostraba

² Feminista afrodescendiente, contrahegemónica, militante de la vida, rebelde de siempre y a la izquierda, docente de ciencias sociales del Colegio Rural Pasquilla e integrante del Círculo de Pedagogías Emancipadoras (CIPEM), el Movimiento Expedición Pedagógica Nacional (MEPN) y la Red de Docentes por la Equidad de Género (REDEG). Historiadora y magister en Estudios de Género de la Universidad Nacional de Colombia; además, diseñadora gráfica del Instituto de Artes Visuales de Quito. En este momento, estudiante del doctorado en Estudios e Intervención Feministas, en el Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica (CESMECA), de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas (UNICACH). Hija de mujer negra analfabeta y hombre blanco mestizo alfabetizado hasta el segundo grado de primaria. Hermana de cuatro mujeres y un hombre. Madre de un psicólogo social, que busca enrumbar su destino. Aspirante a abuela hasta cuando la niña así lo decida. Lecto-escri-viviente anónima, amante de los adagios populares y las figuras retóricas, herencia de mi madre. Si a alguien le interesa podrá encontrar los artículos “El aborto: recuerdos y olvidos desde un cuerpo anónimo” en la *Boletina anual* núm. 3 de la Escuela de Estudios de Género de la Universidad Nacional de Colombia del 2014 y una “Defensa de lo indefensible” en la revista *En otras Palabras* del grupo Mujer y Sociedad de la Universidad Nacional de Colombia del 2016.

su cicatriz, sonriendo y atravesando los controles electrónicos justificándose: “el ruido, es por los hilos de titanio que me regalaron de por vida en el Hospital 20 de Noviembre de la Ciudad de México”. Su cicatriz, esa marca en su cuerpo que durante un no tiempo de angustias convirtió en un no lugar o en un lugar ajeno a sí misma; esa que evitaba mirar en el espejo y que comenzaba en la base de su cuello y llegaba hasta la puntita de esternón, pasando entre sus senos con una sinuosidad innecesaria... Esa a la que, cuando pasó la hinchazón, comenzó a querer y volver su más preciada señal de identidad. Esa que la había salvado de tantas inspecciones absurdas en cada aeropuerto, cuando los detectores de metal sonaban, como si fueran maquinillas traga monedas, cada vez que ella los atravesaba. Esa que la enorgullece, por ser marca de sobrevivencia en su guerra por la vida. Esa que consentía cada noche fría, rogándole que no doliera tanto. Su cicatriz, tantas veces salvadora, la había traído hasta este no lugar, ubicado no sabía ella dónde, desde hacía no sabía cuánto. Ahora sabía que la habían trasladado allí porque se seguía negando a vacunarse, aduciendo un dolor insoportable en su preciada cicatriz; ante lo cual, le habían dado todo tipo de analgésicos y como, para mantenerse en su versión de los hechos, seguía quejándose y pidiendo a gritos que le dieran algo para calmar su dolor, alguien creativo de la policía migratoria sugirió que la sedaran y así lo hicieron... Cuando despertó, no sabía cuánto tiempo había pasado y tampoco a dónde la habían llevado. Preguntó a otra persona detenida cuánto llevaba ella ahí y ésta le dijo: “yo llegué, parece que hace 20 días; aunque, no tengo certeza, y, usted, ya estaba aquí...” trató de seguir la conversación; pero, la mujer la miró con tanta animadversión que ella sintió temor de que la agrediera físicamente... Enmudeció. Pasado un rato, esa misma mujer se acercó, fingiendo tropezar con ella y le dejó un papel enrollado entre sus senos. Con disimulo como si se rascara la cicatriz, lo extendió contra el brasier y comenzó a leer: “nos pidieron no tener contacto contigo. Te consideran la jefa de un grupo anti-vacunas. Cuídate, yo he aceptado vacunarme y ahí me he enterado que de nada sirve tu oposición a vacunarte: ya te vacunaron...”

Tejer sin patrones

*Brígida Villafán Tirado*³

“Ese instinto de urbanismo, esa construcción urbana que no sale de la planificación a priori de los profesionales, sino que va creciendo como las plantas en su necesidad de ir produciendo vida, salir de esta captura del objeto de la geometría, del plan para volver a la planta, al cultivo, tiene otro término en arquitectura que es habitar, el habitar como verbo”

Denise Najmanovich

Cuando Tere Garzón, editora de esta obra, me invitó a publicar el presente ensayo me puse a pensar en el proceso de escribir sobre mí y la comunidad en la que vivo en tiempos de pandemia: incertidumbre, confinamiento en casa, momentos de revalorar lo vivido. En ese pensar y gracias a la posibilidad de tener este espacio para colocar mi voz, aprendí y al mismo tiempo dignifiqué mis formas de resistencia, de construir conocimiento de nuevas maneras, de transmitir y acompañar procesos de aprendizaje colectivos con otras mujeres que comparten sus saberes.

La pandemia ha sido un momento muy difícil, pues puso en jaque mi economía familiar; me confinó en casa para acompañar y sostener mi propio sentir y el de mi hijo y, al mismo tiempo, como hacemos las mujeres que enseñamos, el sentir de los chicos y las chicas de nuestros grupos. La estadía en casa y el encierro, algunas veces latentes y expectantes y otras angustiantes, me arrojaron a una búsqueda para llenar y aprovechar los espacios libres que dejaron los trabajos interrumpidos, por-

³ Arquitecta y profesora de la Universidad Autónoma de Querétaro en temas de ciudades inclusivas, ciudades cuidadoras, mujeres en la ciudad y cuidado y defensa de los territorios en el ámbito urbano; con estudios sobre participación y derechos de las infancias en la planeación de las ciudades. He cursado diplomados y seminarios sobre sexualidades humanas, adolescencias, feminismos y masculinidades y actualmente estudio una maestría en Pedagogía del Sujeto y Práctica Educativa en la Universidad Campesina Indígena en Red. Soy madre defensora de una educación crítica y de la crianza con apego.

que pensé que tendría más tiempo para lecturas, cursos, diplomados y seminarios; las muchas posibilidades de formación solidaria y desde casa parecían hacerlo posible, además mis gastos básicos estaban asegurados. Me observo desde un lugar seguro y privilegiado, porque el feminismo ha colocado en mi vida una mirada crítica de autorreflexión constante, y al mismo tiempo noto con angustia que el encierro ha intensificado el trabajo de los cuidados a una doble o triple jornada. Organizo este texto con carácter de testimonio en dos momentos. Ambos surgen de pensarme en las distintas facetas que desempeño como madre, amiga compañera, arquitecta, maestra. Me reconozco profundamente como defensora y cuidadora de territorios, incluidos los míos; me nombro feminista porque decido priorizar la vida que se desarrolla en conjunto, en comunidad, al reconocer la experiencia individual y colectiva como productora de conocimiento y en el intento de pensarme desde un lugar de enunciación que politiza lo cotidiano, de *acuerparme*, de narrarme.

En el primer momento, al pensarme desde mi *cuerpa*, desde mi experiencia — como dice Odette Fajardo (2021)—, profundizo en elementos emocionales y racionales; *corazono* y pongo nombre y rostro a las mujeres que han sido mis cómplices de vida en la proximidad y en la distancia. Me miro, me reconozco, miro mis territorios, los reconozco, miro la historia que preservé, la revivo, la reinterpreto, la narro desde la mujer que soy ahora. Intento responder desde el lugar del que hablo y desde la *cuerpa* que habito. En el segundo momento represento mi comunidad como parte de mi proceso de vida y reflexiono a partir de “los límites de la comunidad y la sororidad”, como invita a hacerlo María José Pérez (2021). Construyo esta parte del texto apoyada en el “Pronunciamiento del Feminismo Comunitario Latinoamericano en la Conferencia de los Pueblos sobre Cambio Climático” (2014), que le dio nombre y forma a muchos procesos de mi vida. “Sentí la incomodidad”, como dice María José Pérez, y la usé como un recurso inagotable, ya que desde muy pequeña me dio fuerza en los diferentes actos de resistencia para salir una y otra vez de los espacios que consideraba familiares. La “incomodidad” aún me da fuerza para volver a mí cada vez que debo dejar un camino para tomar otro. Este texto es resultado de los tiempos de pandemia.

Mi cuerpo-territorio

Dice Ivan Illich que “la mayoría de las lenguas usan el término *vivir* en el sentido de *habitar*. Hacer la pregunta ¿dónde vives? es preguntar en qué lugar tu existencia modela el mundo” (Illich, 2002: 29). ¿Dónde vivo, me pregunto? Hace más de 15 años que estoy en una ciudad a la que migré con poco deseo propio y con la espe-

ranza de dejarla en algún momento. Pasó mucho tiempo para que la sintiera como mi hogar; me vivía como de paso, intentando ser invisible y no ocupar espacios porque algún día volvería a migrar. Nunca como ahora mi existencia ha modelado mi pequeño mundo y comienzo a sentir esta ciudad como mi casa, el lugar desde donde hablo, donde existo.

Las migraciones me enseñaron no solo a sentir el dolor del duelo de dejar un territorio, sino también a disfrutar las huellas que cada uno de esos lugares ha dejado en mí, las que llevo y acompañan mi vida, esas huellas que se acomodan o constituyen mis territorios. Descubrí que da paz a mi corazón mirar un objeto que migró conmigo, practicar quehaceres aprendidos y adoptados, convocar pensares y sentires que se enriquecen con las experiencias compartidas, reconocer algunas sensaciones que mi *cuerpa* necesita (siempre digo que en Querétaro algunos días el aire huele a mar). Comprendí que mi *cuerpa* se vincula con los territorios en los que compartí vida; mi casa está llena de todos ellos, pero siempre hay lugar para más. “La habitación era siempre huella de la vida. Habitar es dejar huella”, dice Saravia Madrigal en su ensayo sobre Ivan Ilich (2004: 1), pues en la *cuerpa* llevo todas esas huellas grabadas y atesoradas como hermosos tatuajes; los adornos que elijo llevar en la piel se expanden hacia mi casa, hacia mi barrio; dice Denis Najmanovich (2020): habitar como verbo.

Habitar como verbo

Desde hace más de 10 años doy clase en la universidad en la carrera de Arquitectura, así que he sido privilegiada de contar con un espacio donde compartir y construir de manera colectiva pensares y sentires sobre nuestro quehacer, donde *senti-pensamos* para construir conocimiento. Nunca ha tenido sentido para mí pensar en lo individual, por ello me identifico con el Colectivo Miradas Críticas del Territorio cuando afirma: “he sido y soy una persona activista, entusiasta, enérgica, que cree en la transformación y el poder que tiene el pensar la vida en común” (2017: 7). No ha sido fácil. Durante todos estos años como profesora, la mayor dificultad ha sido reconocermé como estudiosa del hábitat humano, y productora de conocimiento a partir de las experiencias vividas.

La educación tradicional de la arquitectura, eurocéntrica, patriarcal, científica, como objeto de consumo y de autor, rompe el vínculo entre esta y nuestras formas de vivir, como si no hubiera relación entre ambas. Se enseña que la arquitectura no debe responder a la vida tal como es, porque la privacidad no se ve bien y se tiene que esconder: los trastes sucios, la ropa tendida. La casa moderna responde,

desde lo simbólico hasta lo funcional, a las necesidades del heteropatriarcado, nos ordena, produce una normatividad subjetiva hegemónica. Me pregunto ¿el miedo o el mandato a borrar las huellas del habitar nos está borrando, nos obliga a no mirarnos a nosotras mismas? Nos formamos académicamente para pensar, diseñar, construir el hábitat humano e “intervenir” en él. A propósito, dice Denise Najmanovich que “el problema de la formación en la arquitectura es que se concibe la actividad de los arquitectos y las arquitectas como intervenciones en un espacio vacío” (2020), pero en el espacio vacío nada tiene, así que quizá en ese vacío se pueda intervenir (si el vacío existiera). Entonces, tal vez, la invitación “desde una mirada *cuidadana* es pasar de la intervención a las intervenciones. Construir como *intervención* comunitariamente” (Najmanovich: 2020).

Sigo siendo arquitecta porque deseo contribuir con el buen vivir común y recuperar las intervenciones comunitarias; ir desde lo individual a lo colectivo y de lo colectivo a lo individual; cuestionar y al mismo tiempo repensar el sitio desde donde hacemos teoría; discutir una y otra vez conceptos, renombrar, dudar, buscar herramientas que nos ayuden a mirar críticamente la vinculación de las formas de vida con los territorios, con los cuerpos, con el hábitat. ¿Qué significa habitar como verbo?, se pregunta Najmanovich. ¿Cómo dar a la arquitectura la textura del verbo?

La vida comunitaria ha sido un eje en los últimos años para apropiarme de la arquitectura, para darle forma y sentido a la profesión y acompañar a las y los estudiantes. He decidido confrontar a mis grupos generando experiencias que los muevan en lo profundo, que los hagan conectar emociones con territorios, romper con los aprendizajes que nos desconectan del hábitat, el habitar y la vida compartida, que reprimen el vínculo con nuestros territorios y adormecen nuestras *cuerpas* para no sentir su afectación ni el disfrute. Por ejemplo, en este momento pienso en el diseño de una casa y dejo aflorar los sentires; me abro a los placeres de cada convivencia; *corazono* y brotan sentires e imágenes. Ojalá mi casa entera fuera una linda cocina donde dar de comer y sentarme a compartir con mis amores y mis amoras para romper con el mandato de la casa moderna y apostar por los cuidados colectivos y la vida. Al decirlo, lo siento en la *cuerpa*, que se llena de placer y de vida al imaginarlo, al soñarlo. Me repito, ojalá que mi labor consistiera en lograr que todos y todas en mis grupos de arquitectura contacten con sus cuerpos, que sus emociones reconozcan sus maneras de habitar para que encuentren nuevas formas.

Pensar el hábitat es pensar la propia vida viviéndola; hacer arquitectura es comprometerse con la vida en un territorio, en un lugar y en una comunidad. Y si esto es así también para la investigación acción ya que, al fin y al cabo, no podemos dejar de vivir, de habitar; como dice María Lugones: “hay una ligazón per-

manente entre el pensar y el hacer de las intelectuales orgánicas de las comunidades y organizaciones que teorizan sobre sus propios procesos y la coinvestigación comprometida” (2013: 409), entonces ¿debemos dirigir la intelectualidad orgánica a teorizar sobre nuestro propio vivir y eso solo puede hacerse en coinvestigación comprometida? Por ello nombrar a las mujeres que generan conocimiento a partir de sus vidas, cotidianidad, diálogos y aprendizajes ancestrales como intelectuales orgánicas me hizo dudar sobre si la arquitectura implica o no una intelectualidad orgánica.

¿Cómo existo en comunidad?

Quiero escribir este apartado en primera persona del singular pero también en plural, ya que así ha sido el ir y venir de mí existir en comunidad, además de un deseo, una búsqueda y una construcción constantes. Desde muy joven romaticé la idea de comunidad, al construirla como un espacio donde todos seríamos felices, aceptadas y aceptados, con mucho en común. Han pasado muchos años y sigo en el trabajo cotidiano de repensar y remover aprendizajes que se instauraron en mi *cuerpa* de manera tan profunda que me paralizaban muchas veces, a pesar de lo cual ya anhelaba una vida en común, pertenecer a un grupo en el que hubiera acompañamiento y apoyo.

En ese momento me bastaba con sentirme bien, reconocida y aceptada, a pesar de lo cual me costaba mucho compartir mi espacio, hacer acuerdos o decir con claridad lo que quería. Ahora sé que estos aspectos se aprenden, se construyen y reconstruyen en la práctica y, sobre todo, implican romper con ciertos aprendizajes. Desaprender y aprender formas nuevas no fue fácil. Con el tiempo resignifiqué las primeras experiencias, aunque no sin dificultades, aprendí de ellas y pude mirarme a través de las demás. Resultó fundamental conocerme primero, deconstruir aprendizajes y creencias heredadas, conocer mis límites y tener la capacidad de mirar a las y los demás, con ganas de aprender. Eso me ha llevado mucho tiempo y es un proceso que quizá nunca termine.

Ser madre lejos de la red familiar me ha obligado a deconstruir y a construir nuevas maneras de vivir. Me vi como parte de redes de apoyo mutuo. Con esta experiencia comprendí que a pesar de las diferencias entre nosotras como madres nos unía una condición de vida compartida, lo cual nos permitía ser empáticas y sororas, y eso fue un gran aprendizaje. Así, como comunidad de madres, pudimos tener una mirada más madura de las relaciones. A pesar del reconocimiento y de la aceptación de las diferencias hay vínculos que siguen y otros que ya terminaron.

Eso me ha llevado a cuestionar: ¿en dónde están mis límites? ¿Qué me ha llevado a tomar ciertas decisiones? ¿Cuáles son las diferencias con las otras que se vuelven irreconciliables?

Maternar con apego me llevó a confirmar la necesidad ineludible de construir comunidad; no encontré otra forma sino la de cuidarnos mutuamente. Sin mis amigas hubiera sido imposible maternar como lo hice. Reconocer sus cuidados ha sido fundamental para mantenernos juntas en un proceso amoroso a pesar de las dificultades. Mirar la diversidad de intereses, deseos y expectativas abrió la posibilidad de ver hacia otros lugares. No es necesario compartir todo, decidí que también quería construir otras redes con vínculos distintos, con proyectos diferentes, pero con el tiempo se han ido tejiendo nuestras vidas. He aprendido que conocerme e identificar mis límites, necesidades, deseos y expectativas ha sido fundamental para saber qué voy a colocar en lo común y reconocer que las situaciones de nuestras vidas cambian y nosotras también cambiamos; las decisiones siempre cambian. ¿Cómo construir lo común y al mismo tiempo estar lo suficientemente abiertas a las singularidades? ¿Cómo generar acuerdos congruentes y que al mismo tiempo puedan renegociarse las veces que sea necesario?

En todo este tiempo en el cual he apostado a construir comunidad he decidido compartir mi espacio manteniendo un control suficiente para no sentirme invadida; para mi forma de ser esto ha sido importante y me ha permitido aprender amorosamente; me ha fortalecido al grado de que ahora veo posible soltar el control sabiéndome capaz de construir acuerdos, poner límites y, sobre todo, saberme singular pero al mismo tiempo parte de un todo. Con la comunidad de madres tenemos varios años pensando en un espacio donde compartir la vida y nuestras singularidades pero tejidas en una red que hagamos juntas, con la suficiente apertura para que podamos cambiar de opinión sin que eso implique romper los vínculos; queremos generar acuerdos que sean modificables, mejorables, que nos permitan ser singulares; que cada una tenga sus propios proyectos y al mismo tiempo sea posible tejer una entramada. Tenemos claro que construir comunidad depende de querer y tomar la decisión de hacerla. Pensar la propiedad de una manera distinta ha sido el arranque: un espacio para compartir fuera de los principios de la propiedad privada, horizontal y recíproca.

Cuando tuvimos acceso a un terreno y los primeros encuentros giraron alrededor de cómo lo compartiríamos tomando en cuenta las necesidades y los deseos, los bienes personales y los comunitarios, los acuerdos de, por ejemplo, cómo ampliar la comunidad. Conversar sobre el terreno y la forma de apropiación de cada una nos llevó al reconocimiento del trabajo. El terreno se había comprado con dinero, pero

no queríamos que el dinero y los trabajos que se reconocen como pagables en este sistema fueran nuestra medida, así que decidimos que nos daríamos el tiempo para hacer esa lectura fina sobre lo que cada una de nosotras colocaba en la comunidad, ya fueran aspectos abstractos o concretos; así que escuchar, reconfortar o dar de comer serían tan importantes como poner dinero.

El reconocimiento de las individualidades aporta al florecimiento de todas y de la comunidad con libertad y compromiso; “la comunidad también es un ser en sí misma, con identidad propia” (2014: 244), como dicen las compañeras del feminismo comunitario, pero al mismo tiempo es nosotras. En este tiempo hemos aprendido que entre nosotras existen cariño y afecto pero también los sentimientos hacia la comunidad, la que ya tenemos y la que anhelamos. Hemos nombrado y queremos reconocer el derecho a disentir, darnos el permiso de no estar de acuerdo y el derecho de ser escuchadas y reconocer las diferencias. Hemos pensado mucho en cómo construir una base ética en donde nos preocupemos por nosotras y las otras, por el bienestar y el bien vivir de todas, en corresponsabilidad y compañerismo. Aunque nos reconocemos autónomas, esto no implica desinterés; como dicen las compañeras feministas comunitarias: “La autonomía como principio antipatriarcal se enmarca en el contexto de la antijerarquía, tanto en el sentido concreto como en el sentido simbólico; autonomía no significa desligarse de los otros y las otras, no quiere decir desinteresarse de la comunidad, pero sí constituye un proceso continuo de coherencia consigo misma” (Feminismo comunitario, 2014: 244).

Ahora me reconozco como eterna buscadora de un mejor vivir y también sé que me esfuerzo para contagiar este anhelo con quienes comparto los lugares que habito. Pienso en el croché libre, que tejo sin patrones a partir de lo aprendido en comunidad, pero a mi manera. Cada pieza es singular —color, punto y forma únicos— y se entreteje con el todo de una manera hermosa.

Referencias

- Colectivo Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo. (2017). *Mapeando el cuerpo-territorio. Guía metodológica para mujeres que defienden sus territorios*. Quito: Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo, Red Latinoamericana de Mujeres Defensoras de Derechos Sociales, Instituto de Estudios Ecologistas del Tercer Mundo, CLACSO. Recuperado de <https://miradascriticadelterritoriodesdeelfeminismo.files.wordpress.com/2017/11/mapeando-el-cuerpo-territorio.pdf>.
- Espinosa, Y., Gomez, D., Lugones, M. y Ochoa, K. (2013). Reflexiones pedagógicas en torno al feminismo decolonial: Una conversa en cuatro voces. En C. Walsh

- (coord.). *Pedagogías decoloniales: prácticas insurgentes de resistir, (re)existir y (re)vivir* (pp. 403-441), t. I. Quito: Ediciones Abya-Yala
- Fajardo Montaña, O. (2019). *Performance por la lejana muerte de mi padre: autoetnografía artística y decolonial desde mi cuerpo migrante*. Tesis de doctorado. Valencia: Repositorio de la Universidad Politécnica de Valencia. Recuperado de <https://riUNET.upv.es/handle/10251/118803>.
- Feminismo Comunitario. (2014). Pronunciamiento del feminismo comunitario latinoamericano en la Conferencia de los Pueblos sobre Cambio Climático. En Y. Espinosa Miñoso, D. Gómez Correal, K. Ochoa Muñoz (coords.). *Tejiendo de otro modo: feminismo, epistemología y apuestas descoloniales en Abya Yala* (pp. 425-433). Cauca: Universidad del Cauca.
- Illich, I. (2014). *El mensaje de la choza de Gandhi y otros textos*. Cuernavaca: Universidad Autónoma del Estado de Morelos.
- Najmanovich, D. (2020). Ciudad de los cuidados. En (re!)parar. Ciclo de charlas performáticas para pensar la ciudad, <https://www.youtube.com/watch?v=r74lRBXf6DI>.
- Pérez, M. J. (2021). En los límites de la comunidad y la sororidad. Investigación feminista incómoda (x descolonial), charla del diplomado Sembrar rebeldía. Investigación y acción feminista desde el sur (módulo 1: El territorio de la rebeldía: investigar, accionar, descolonizar). CESMECA-UNICACH, <https://www.facebook.com/Cesmecca/videos/469455547509544>.
- Saravia Madrigal, M. (2004). El significado de habitar. En *Boletín CF+S*, 26, <http://habitat.aq.upm.es/boletin/n26/amsar.html>.

Mientras la pasión me dure: sentipensares de llamarme feminista

Anahí Vázquez Pérez⁴

“Sin una evaluación rigurosa y consistente de qué tipo de futuro deseamos crear, y sin un examen escrupuloso de las expresiones de poder que elegimos incorporar en todas nuestras relaciones, incluidas las más privadas, no estamos progresando, sino meramente relanzando nuestros propios personajes en el mismo drama de siempre”.

Audre Lorde

Actualmente realizo una investigación acción con mujeres de la comunidad Nueva Palestina, ubicada en Jiquipilas, Chiapas, acerca de su trabajo reproductivo y la sostenibilidad de su vida, como parte de mi proceso de intervención en el posgrado en Estudios e Intervención Feminista del Cesmecca-Unicach. El acompañamiento me ha generado un conflicto teórico-político, pues la academia occidental, debido a que sus fundamentos teóricos son eurocéntricos, de una u otra manera es colonizadora. Lo anterior, aunado a las reflexiones en torno a las lecturas académicas con otras compañeras del posgrado, me hace *sentipensar* sobre el hecho de identificarme o no como feminista. En un inicio, cuando daba mis primeros pasos en el posgrado, he de confesar, pensaba que debía ser cuidadosa al no identificarme como feminista en los espacios compartidos, ante el señalamiento y la extrañeza de los que podía ser objeto: “¿cómo cursas un posgrado femi-

⁴ Nieta de doña Zoila Gómez Gonzales, quien hasta en sus últimos días me enseñó a luchar en tiempos de pandemia. Psicóloga por decisión, egresada de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas. Especialista y maestra por decisión y placer en Sexología educativa, manejo y sensibilización de grupos, en el Instituto Mexicano de Sexología. Actualmente decido estudiar por pasión e interés el doctorado en Estudios e Intervención Feminista en CESMECCA-UNICACH. Representante por decisión, y porque mi corazón está en el propósito, de la asociación civil Comunidad en Acción contra la Violencia (CEACVI A.C.).

nista sin nombrarte feminista?”. Al mismo tiempo me parecía contradictorio, porque en el espacio académico muchas veces detrás de la etiqueta “feminista” se esconden el racismo, el clasismo y la discriminación.

Entonces, ¿cómo nombrarme feminista? ¿Cómo asumir esta identidad política desde mi territorio si las herramientas eurocéntricas están ahí y siguen siendo usadas para pensar, sentir y hacer? En efecto, como ya lo he planteado, nombrarme feminista en el espacio académico me provocaba, y aún me provoca, una sensación “rara”, sobre todo al observar que hay un “feministómetro” que determina lo que es o no es ser feminista y critica de manera incisiva las realidades más cotidianas para mí, desde una perspectiva eurocéntrica y blanca. Pensé: “caray, ¿desde dónde vemos las distintas realidades?”. El cuestionamiento de cómo aterrizar las teorías feministas en contextos como los de Chiapas agudizó mi percepción al estar en Nueva Palestina y dio pie a otras preguntas —¿cómo considerar el feminismo en esta comunidad? ¿Podemos hablar de feminismo desde las realidades de las compañeras?— para las que todavía no tengo respuesta.

En el camino he descubierto que algunos aspectos del feminismo sí pueden aplicarse y otros no, tanto en mí como en las compañeras (infiero que a ellas no les hacen sentido la mayoría de las veces). En ese mismo camino también me di cuenta de que identificarnos como feministas no nos exime de conductas coloniales, sino que es necesario cuestionarnos constantemente sobre las estructuras de dominación cotidianas. Por ejemplo, las reflexiones y aportaciones de María José Pérez Sián, en la charla “En los límites de la comunidad y sororidad, investigación feminista incomoda (x colonial)” (2021), hicieron evidente que voy por buen camino cuando pienso que la investigación feminista no es suficiente para explicar lo que observo en Nueva Palestina, que el famoso término de *sororidad* nos lleva a pensar que todas somos iguales y no visibiliza las relaciones de poder que operan de manera intrínseca entre nosotras. A propósito, considero que es necesario desmenuzar tanto el feminismo, desde la perspectiva hegemónica, como todas aquellas categorías que parten de percepciones occidentales, para decir que no todo es así, que no hay una verdad absoluta y que la conciencia no vendrá de afuera hacia dentro, sino de adentro hacia fuera.

Cuando de mujeres rurales se trata creo que hay un estigma y una moral idílica en torno a lo rural; por ejemplo, en mis lecturas por lo general se refieren a las mujeres rurales como “pobres, que necesitan ayuda, sin posibilidades de salir adelante y necesitadas de igualdad”, como si la dinámica comunitaria fuera estática. Y es que la mayoría de los artículos que he leído y que refieren el tema fueron escritos por hombres o por mujeres desde un feminismo hegemónico, muy distante de estas rea-

lidades y en donde se usa la categoría de género sin cuestionar que la misma es colonizadora, que quizá no en todos lados cabe y no tendría por qué ser así (como el caso de la cultura Oyó-Yorubá, de la cual nos habla la feminista nigeriana Oyèrónké Oyèwùmi, 2017). Entonces, como lo refiere Yuderkis Espinosa (2014):

El feminismo blanco-burgués que aspira a la superación de la desigualdad de género o de la dominación y opresión de las mujeres se nos torna ya no solo insostenible, sino un impedimento para una transformación real que trastoque los modos de la organización social comunitaria y el orden histórico-político-económico en su conjunto y que revierta la idea entre lo humano y lo no humano y la episteme de diferenciación jerarquizada entre lo que se considera lo uno y lo otro (2014: 31).

El feminismo eurocéntrico plantea categorías como igualdad de género y las institucionaliza como el fin último del feminismo. En efecto, dicha categoría ha sido tergiversada y usada por el Estado para la manipulación de políticas y procesos sociales que nos mantienen en el mismo círculo vicioso de asociar el género con “lo biológico” (aunque “lo biológico” también ha sido construido). Ante ello, el feminismo descolonial pone una cara contraria; en palabras de Yuderkis Espinosa (2014):

El feminismo descolonial supone retos importantes para el propio feminismo que tienen que ver con la radicalización de la crítica a la noción universal de mujer. La apuesta discute y supone entender la problemática de ‘las mujeres’ de forma compleja y no compartimentada. Propone dejar de percibir homogéneamente al sujeto del feminismo y desmantelar los marcos hegemónicos de interpretación universal de la clasificación de género (2014: 35).

Ante tales cuestionamientos y reflexiones, me dieron mucha luz las posturas de Natalia Cabanillas (2021) sobre la importancia de politizar el campo académico y “hacer honor al futuro”. Comenta la importancia de situarnos en un lugar donde la investigadora establezca relaciones desde el cuerpo: “como lugar y no como esencia; es decir, comprender la relación cuerpo-cuerpo, objeto-objeto, no sujeto-objeto, es mantener el carácter situado de una mirada en donde la relación sujeto-actor-agente llevará a una interpretación conversacional”. La autora hace énfasis en que estas conversaciones entre sujeto-actor-agente no son horizontales, sino que

las permean relaciones de poder que nos permiten ser partícipes de ese encuentro y esto es importante visibilizarlo; de no hacerlo, seguimos reproduciendo los mismos patrones hegemónicos de investigación. Es decir, situarnos implica algo más que describir “estar ahí”, ya que implica además un examen de las relaciones de poder que configuran ese lugar situado desde el cual accionamos. Sobre esto y al considerar que si bien lo descolonial es y ha sido inmensamente clarificador para mí, reflexiono sobre las palabras de María José Pérez (2021), cuando responde a la pregunta ¿según tu experiencia cuales son los límites del feminismo descolonial?:

Como herramienta teórica, el feminismo descolonial [tiene como] uno de los principales aportes [...] poner sobre la mesa cómo se imbrican raza, clase y sexo en sociedades coloniales y en experiencias coloniales específicas como las de la Abya Yala. Pero creo que se está quedando corto porque pareciera que como tenemos las mismas referentes teóricas, únicamente pueden ser estas referentes teóricas y entonces estamos dando vueltas como mordiéndonos un poco la cola y salen muchas investigaciones que se amarran a este cuerpo teórico, pero que no van más allá, y entonces pareciera que ya se está volviendo un lugar cómodo que tu investigación es descolonial porque nombra las mismas referentes pero vamos a llegar a las mismas conclusiones, entonces no sé si es un límite de lo teórico o del uso de la teoría.

Hago referencia a esta opinión de María José Pérez no para descartar el feminismo descolonial, sino para pensar cuál es el camino actual de su cocreación en la vía de qué otras opciones hay para dar explicaciones a las distintas realidades. Además, el sentido que damos a las palabras en el proceso de acompañamiento e investigación depende de los diferentes contextos. Ante ello, pensadoras indígenas como Aura Estela Cumes (2014), quien habla del feminismo eurocéntrico, provocan más cuestionamientos:

Quizás el problema de estas vertientes del feminismo es creer que todas las mujeres tienen las mismas problemáticas, los mismos reclamos y que todas —como género— tienen una lucha exclusivamente contra el patriarcado. A pesar de ello, demeritar estos análisis significa tirar preciosos argumentos, pues, como veremos más adelante, a estas feministas les asiste la razón cuando notamos que efectivamente en nombre del multiculturalismo hay quienes tienden a “esencializar” las identidades de las

mujeres de los pueblos a los que pertenecen (Cumes, 2014 en Espinosa, 2014: 238).

En palabras de Aura Cumes, mujeres blancas, mestizas, afrodescendientes e indígenas viven de diferentes maneras el proceso de colonización:

Si bien las mujeres como género nos vemos subordinadas [de diferentes maneras] frente al patriarcado, [...] las mujeres blancas y mestizas han tenido privilegios en los contextos de colonización y esclavitud. Precisamente esos privilegios permiten evidenciar que ellas han vivido el patriarcado de una forma diferente que las mujeres indígenas y afrodescendientes. En América Latina, en gran medida, las mujeres blancas han tenido con las indígenas y afrodescendientes una relación de matrona-sirvienta, de propietaria-esclava o de señora-muchacha. La historia nos ha hecho desiguales y sería muy desafortunado ocultar esas asimetrías bajo el argumento falaz de la universalidad de una forma de ser mujer, levantando una única bandera de liberación (Cumes, 2014 en Espinosa, 2014: 240).

Estas últimas palabras me hacen cuestionar todavía más lo “feminista”. Por ejemplo, me he dado cuenta de que en reuniones en línea que se consideran feministas, he tenido experiencias en las que se oculta de la cámara a la mujer que realiza el trabajo doméstico de quien está en la clase, lo que se justifica con el argumento de “hay que cuidar la privacidad”, o “yo no tengo a una persona que... alguien que haga los oficios domésticos...” y se queda en silencio, sin nombrar el hecho, sin politizarlo. ¿Qué se oculta? ¿De qué se guarda silencio? ¿De qué hablamos entonces cuando hablamos de feminismos en la academia? ¿Desde dónde hablamos de feminismos contrahegemónicos si seguimos reproduciendo el patrón de opresiones visto desde los privilegios?

Para mí, cuestionar mi “situacionalidad” me ha permitido cocrear nuevas posibilidades de investigar y observar la importancia de acompañar desde la experiencia, desde la posición de sujeta-dialogante —diría Aura Cumes—, visibilizar y cocrear teorías que se acerquen a las realidades que comparto, mantenerme en el ejercicio y la vivencia autorreflexiva y continuar luchando con dignidad y rabia ante todas aquellas injusticias que la diversidad de mujeres vivimos en el mundo, las cuales van más allá de nombrarse o no feminista.

Creo que uno de los mayores retos que tengo en la academia es identificarme como yo quiera, encontrar una postura, reconocer y trabajar mis contradicciones, defender mi escritura y mi sentir, ya que es común que las observaciones que me hacen en los textos que he entregado para la academia afirmen: “el termino sentir es vago”, o pregunten: “en qué validas tu sentir”, como si el sentir tuviera que sustentarse con una teoría fundada por alguien que ni nos conoce. ¿Cómo se puede sentir lo mismo dos veces? ¿Cómo se puede vivir algo dos veces de la misma manera? “Sembrar rebeldía” se trata de ello, de no buscar ser validadas, sino de cultivar nuestros propios procesos con nuestras propias semillas en coconstrucción con compañeras. Como diría mi abuela: “mientras la pasión me dure, continuamos”.

Referencias

- Cabanillas, N. (2021) Trabajo académico, feminismo y blanquitud, charla del diplomado Sembrar rebeldía. Investigación y acción feminista desde el sur (módulo I: El territorio de la rebeldía: investigar, accionar, descolonizar). CESMECA-UNICACH, <https://www.facebook.com/444570738887467/videos/2280765182092604>
- Espinosa Miñoso, Y., Gómez Correal, D. y Ochoa Muñoz, K. (2014). *Tejiendo de otro modo: Feminismo, epistemología y apuestas descoloniales en Abya Yala*. Cauca: Universidad del Cauca.
- Leigh Star, S. (2009). Sadomasochism: Not About Condemnation. An Interview whit Audre Lorde. En R. P. Byrd, J. Betsch Cole y B. Guy-Shetftall. *I Am your Sister Collected and Unpublished* (pp. 50-56). New York: Oxford University Press.
- Pérez, M. J. (2021). En los límites de la comunidad y la sororidad. Investigación feminista incómoda (x descolonial), charla del diplomado Sembrar rebeldía. Investigación y acción feminista desde el sur (módulo I: El territorio de la rebeldía: investigar, accionar, descolonizar). CESMECA-UNICACH, <https://www.facebook.com/Cesmeca/videos/469455547509544>.
- Prats, A. (trad.) (2020). Entrevista con Audre Lorde-Audre lorde y Susan Leigh Star [traducción]. En *Dworkinista mujeres y existencia lesbiana*. Recuperado de <https://dworkinista.wordpress.com/2020/11/22/entrevista-con-audre-lorde-audre-lorde-y-susan-leigh-star-traduccion/>.

Palabras sueltas de tinta violeta: breves notas en mi libreta feminista

Adriana Guadalupe Dávila Trejo⁵

¿Quieres un café?

Cada vez que me reúno con mis amigas a beber café se ponen sobre la mesa alegrías, angustias, sorpresas, resoluciones, chismes, noticias. A mí, muchas de las veces, me toca callar y escuchar con respeto, porque en ocasiones los temas que se mencionan no me corresponden o los desconozco; tomo notas en mi mente porque segura estoy de que esas experiencias un día serán aprendizaje. Hay otros momentos de las reuniones cuando el espacio y la palabra me pertenecen, entonces hago una pausa y pregunto si entendí bien para aportar, desde ese entendimiento, un comentario tal vez simple o muy elaborado. Llegar al momento en que mi cabeza construye algo que sea de utilidad toma su tiempo. Ahora comprendo que aplico esa dinámica en los espacios académicos. Tomar café es en realidad un pretexto para invitar a disfrutar estas palabras, para que me acompañen en la distancia, para que me sientan cerca, para activar la escucha y la reflexión desde lo escrito, lo dicho y lo compartido, para invitarlas a leerme desde el norte con el corazón bien puesto en el sur.

⁵ Licenciada en Antropología por la Escuela Nacional de Antropología e Historia, Unidad Chihuahua. Maestra en Antropología por la UNAM (Escuela Nacional de Estudios Superiores en Morelia, Michoacán). Actualmente cursa el Doctorado en Antropología en la UNAM. Ha participado en proyectos relacionados con el desarrollo artístico, cultural y participativo de infancias y juventudes en instituciones como la Secretaría de Cultura del Estado de Chihuahua, el Instituto Chihuahuense de la Juventud y el Fondo de Población de las Naciones Unidas. Es miembro de la Red Nacional de Jóvenes Investigadores (Renaji) desde el 2017. Sus principales líneas de investigación incluyen juventudes, hip hop, escena musical, feminismos, sensorialidades.

Me presento

Creo que esto de anteponerse a una investigación y decir quiénes somos, o desde dónde escribimos, es un ejercicio que nos da libertad. Así podemos compartir puntos de vista más cercanos, reales, que nos ayuden a conectar con las otras a un nivel personal y recordarnos que, además de intentar ser buenas investigadoras, somos y seguiremos siendo humanas de aquí hasta que el próximo meteoro caiga en la tierra.

Soy Adriana Dávila, chihuahuense, estudiante, mujer soltera de la periferia al sur de la Ciudad de México, hermana mayor. A un paso de los 30 años, sostengo un gran cono de nieve como niña emocionada. No soy hippie, solo elegí tres veces con determinación (licenciatura, maestría y ahora doctorado) explorar los rumbos de la antropología. Desde hace cuatro años procuro aproximarme a temas del rap, o sea, a la escena musical del rap y sus diversas expresiones. También le echo un ojo a la historia, a los inicios del movimiento hiphop y las demandas políticas que cubría en aquellos tiempos, así como sus críticas y campos de acción en la actualidad.

Soy antropóloga, pero también emprendedora. Las harinas y los colores tienen ya una historia en mí, por lo que en tiempos de pandemia me refugié en el horno; ahora puedo presumir de un menú de repostería pequeño pero variado que me hace llegar a más personas comelonas, como yo.⁶ En cada compra o pedido me compar-ten chismes, intenciones o sorpresas; ese compartir es el objetivo que cada pastel, paquete de galletas y cuernitos rellenos de chocolate cumplen una vez que salen de mi horno y llegan a su destino. Así, a veces escribo desde la cocina, durante los 25 minutos en los que se esponja el pastel, en la media hora que el betún alcanza cierta temperatura o el pastel se enfría. Escribo desde la novedad del doctorado, puesto que apenas estoy en los primeros semestres; desde la incomodidad de estar en casa de mis padres porque, a raíz de la pandemia, decidimos estar cerca, para cuidarnos. Escribo con el reciente proceso de salud, enfermedad y muerte que enfrentamos junto a mi tía abuela, diagnosticada con cáncer en el paladar a finales del año pasado, en el 2020.⁷ Fue un golpe tremendo para la familia, sobre todo para mi mamá, puesto que gran parte de su vida la pasó con nosotras. Mi tía estuvo bajo el cuidado

⁶ “Adi Dessert Boutique” es mi nombre de repostera, el cual Liz y Abel se dieron el tiempo de crear por mí y conmigo. Las redes sociales son mi mejor herramienta de alcance (Facebook: @AdiDessertBoutiqueCuu e Instagram: Adi Dessert Boutique).

⁷ La primera vez que redacté lo vivido con mi tía, ella aún vivía. Hacer estas correcciones, al hablar en tiempo pasado, me demolió; me hizo ver la vida en pausas, a destiempo.

de mi abuela durante décadas hasta que falleció. Así que, como parte de la sucesión familiar, mi tía se quedó en casa.

Entre la confusión, el sentimiento de culpa, algunas visitas al centro de oncología, nuevas formas de estar en casa, de acondicionar espacios, repartir cuidados, investigar causas y consecuencias de cada alimento que ella consumía... se nos iba la vida. Ante el estrés y las dudas, buscar momentos para hablar con las amigas y compartir emociones se volvió una necesidad, así teníamos un poco de luz y dejábamos de cuestionarnos si lo que hacíamos o no hacíamos estaba bien o mal. En cada curso, seminario o clases que tomaba en línea, estaba a medias; cuidaba de mi tía de lejos o de cerca mientras comía; procuraba que mis tiempos de lectura fueran cortos o durante la noche para lograr momentos de concentración. Aun así, pocas veces me funcionaba. Cada día era una aventura distinta, de buscar nuevas maneras de dar la batalla. De esa manera llegué con mi familia a la tarde de un sábado, cuando atestiguamos cómo mi tía se hizo una con el universo en entera calma.

Después de aquellos meses trepada en una montaña rusa de emociones, el duelo continúa pero intento estar aquí; un poco más pausada, pero aquí. Trato de convertir este texto en un ejercicio de redacción y reflexión que libere parte de lo que he consultado y anotado en lo que va del doctorado en modalidad virtual. Curioso es descubrirnos en esos espacios en los que podemos ser “multipresenciales”: Zoom, correo electrónico, Facebook, el portal de noticias favorito y WhatsApp.⁸ Tan cerca y tan lejos de la cocina, de mi cama. Poner atención a la clase ya no es única opción porque las distracciones están a la orden. Días inciertos, cifras alarmantes de contagios en la ciudad, gel antibacterial en el bolso para cualquier emergencia y contacto: el super, el parque, el café, la tienda de ropa, el tianguis, la tiendita de la esquinilla son espacios que ya no nos corresponden.

Vivir en pandemia, en este gran momento histórico, se convirtió en una competencia para demostrar quién tenía los datos más verídicos, las fuentes más confiables. Pero después de la primera aplicación de la vacuna, en las afueras de la ciudad de México, los eventos sociales sin sana distancia aumentaron. Porque, con vacuna, ¿el cubrebocas para qué? Concentrarse con tal telón de fondo resultó complicado y nada motivante. Sin embargo, la búsqueda de clases, cursos, charlas, diplomados no podía parar. A pesar de que iniciar un doctorado implica tener ideas concretas debido al anteproyecto, siempre viene bien buscar materiales que nutran nuestras primeras nociones. Por lo anterior, acá dejaré algunas notas que refuerzan mi mirada feminista, esa que se vive emocionada por construirse fuerte,

⁸ ¿Soy la única que hace eso? Ojalá que no.

crítica y sensible. Que sean pues mis primeros pasos hacia el diseño de la estructura de mi investigación.

Somos voz, somos fuerza⁹

Mi actual proyecto de investigación, al que todavía coloreo con trazos cada vez más delimitados, surgió cuando escuchaba con atención canciones de jóvenes raperas feministas mexicanas. A inicios del 2018 se me invitó a participar en el Repositorio de Audio conformado por el proyecto de Poéticas Sonoras y me tocó la fortuna de trabajar con Obeja negra, rapera, feminista, mujer fronteriza, activista, gestora, productora. Con su conocimiento, Obeja reunió una colección de piezas musicales para catalogar y subir a la plataforma del proyecto. Mi trabajo consistió en escuchar y vincular conceptos, problemáticas o temas en cada canción. Y mi escucha se rompió. En el acto de oír para captar información me sentí identificada con esas voces, con esas narrativas, con esas demandas, con esa rabia, esa tristeza, esos cuestionamientos al Estado y la violencia patriarcal. El ejercicio me hizo pensar la escucha no solo como objeto de análisis, sino también como herramienta metodológica que pudiera implementarse en el estudio de la música y entretener con las teorías críticas desde el feminismo. De modo que al plantear, al buscar la ruta teórica y metodológica, he recuperado varios puntos de vista que, creo, me sirven para enfocar mi trabajo doctoral. Los comparto a continuación.

Quebres en mi oído, en mi lectura y redacción

Problematizar el quehacer de las raperas, no solo desde la música sino desde la gestión y el activismo, me hace ver que la escucha es un elemento presente en ellas. Mediante la escucha conectan con más mujeres raperas y no raperas a partir de experiencias cotidianas que las acercan y establecen un diálogo para entender cómo las estructuras de poder se fortalecen con la complicidad del Estado y de las instituciones.

Al iniciar el primer semestre del doctorado, busqué pistas para acrecentar mis ideas. Por eso ahora soy fan de inscribirme en cursos y diplomados que me llenen de bibliografía en los temas de interés. Las notas que tengo en mis libretas para pensar

⁹Título de una canción interpretada por Mare Advertencia Lirika, Obeja Negra, Malva y Aps, que es una de las primeras que escuché en la colección musical que creamos en conjunto Obeja Negra y yo. Se escucha en el siguiente enlace: <https://soundcloud.com/mare-advertencia-lirika/somos-fuerza-mp3>.

mi proyecto me llegaron como una tremenda cascada de agua fresca. Y es que, más allá de las referencias teóricas que usaré o la manera en cómo las haré dialogar, me surgen cuestionamientos propios que me hacen pensar desde dónde, para qué y con quienes voy a sumar-crear conocimiento.

La reflexión de Donna Haraway (1995) respecto al conocimiento situado, vigente hasta el día de hoy, me cruza el pensamiento sobre la manera como quiero llevar a buen término mi investigación: por una parte enuncio mi intención de crear conocimientos locales y deconstruir las maneras de articular teorías y, por la otra, tengo presente las formas de implementar la objetividad feminista. Esto se traduce en ser responsable, en la práctica, de las relaciones e interconexiones con las sujetas de estudio con las que trabajaré. Lo anterior se conecta directamente con lo expuesto por Sandra Harding en su texto “¿Existe el método feminista?” (1987),¹⁰ acerca de que somos sujetas de estudio pero también de producción de conocimiento. En el sistema patriarcal en el que estamos inmersas, se siente la urgente necesidad de articular investigaciones que no solo hablen de mujeres, sino de explotar y comprender los discursos, los impactos y las rutas de acción que las mujeres llevamos a cabo en los espacios que ocupamos: escuela, familia, trabajo, espacios públicos, etcétera. Esto me lleva a escribir, desde ya, que no por hacer investigación con raperas feministas significa que soy feminista. Más bien debo ser crítica y posicionarme. Aquí está una de mis primeras y más grandes tareas: reconocer que esta investigación también será un largo camino hacia el feminismo desde mi persona, de entenderlo desde su historia como movimiento social y llevarlo en cada acción cotidiana. Tener esto claro, dialogarlo a la par del crecimiento de mi proyecto, me ayudará a ser flexible y seguir en constante definición.

Natalia Cabanillas (2021), con su charla “Asimetrías, blanquitud y acciones afirmativas en la investigación y docencia feminista”, expuesta en el diplomado “Sembrar rebeldía. Investigación y acción feminista desde el sur”, llamó mi atención por el tema de la blanquitud, los feminismos y la academia. De su intervención rescato la pregunta: ¿a quién hacemos existir en nuestros textos? La academia es una estructura en la que constantemente se refieren los mismos autores y se retoman las mismas teorías; se critica e incluso se racializan discursos y prácticas cuando no vienen desde el privilegio de la blanquitud. Natalia nos da pistas para identificar y hacer evidentes las prácticas extractivistas, de robo de conocimiento a personas o grupos subalternos, que ya hemos naturalizado. Ante esto, su propuesta es restau-

¹⁰ En: Harding, S. (1987). ¿Is there a feminist method? En *Feminism and Methodology*. Bloomington/Indianapolis: Indiana University Press.

rar la reciprocidad y promovernos en colectivo. Lo anterior va de la mano con cuestionar de manera constante nuestros privilegios, observar con atención las plataformas desde las cuáles intentamos entrar a nuevos campos de producción de conocimiento y acción política. En otras palabras, la responsabilidad ética debe ir a la par de los postulados y los posicionamientos políticos.

Las notas y reflexiones de Concepción Suárez, estudiante del doctorado en Estudios e Intervención Feminista del Cesmeca-Unicach, quien también participó en el diplomado, fueron vientos fuertes para mí. En lo personal, disfruté mucho escuchar de su viva voz y experiencia las razones por las cuales el conocimiento no académico es igualmente válido que el académico. Cuando comencé a valorar las canciones hechas por mujeres raperas tuve que construir una defensa ante los cuestionamientos de por qué elegía esas canciones, por qué las mujeres raperas. Considero que el *modus operandi* de la academia es agotador, pues nos exige filtrar una y otra vez las fuentes que consultamos. Y Concepción pone énfasis en repensar ese andamiaje teórico; más bien nos alienta a reconocer los procesos y formas en que se construye el conocimiento, a romper lo impuesto, a “indisciplinar” las ciencias sociales. En su propuesta nos habla de la experiencia, por eso esta aparece como categoría transversal en mi proyecto.

Para introducirme en el tema de la experiencia como concepto de análisis feminista consulté a Ana María Bach (2010), quien hace una suma de perspectivas y revisiones del concepto apoyada en diversas disciplinas. Justo eso nutre la experiencia, puesto que compartir testimonios y fragmentos de vida dota a las mujeres de lecciones aprendidas, pero también se conforma una conciencia de acción política ante los espacios masculinizados. Vuelvo a Sandra Harding (1987) cuando reflexiono sobre cómo entender la presencia y el accionar de las mujeres a partir de sus propias experiencias. Sentirse apoyadas, acuerpadas e identificadas en la cotidianidad permite que desarrollen trabajo en conjunto, se reconozcan desde la colectividad y accionen a partir de (y sobre) la agenda feminista en México.

Las ideas primerizas de mi proyecto ayudan a que me centre en este aspecto, el de la experiencia. Las formas de organización de las jóvenes raperas con otras mujeres me permite entenderlas así, en colectivos y en dos niveles: 1) se funden bajo el nombre de Batallones Femeninos y realizan actividades diversas;¹¹ 2) se reconocen como raperas y se unen a otras mujeres artistas, académicas, músicas, docentes o poetas que están atentas y dispuestas a acompañar causas o eventos de

¹¹ Batallones Femeninos es un colectivo de mujeres raperas que tiene poco más de una década de trabajo. Comenzó originalmente en Ciudad Juárez, Chihuahua, con mujeres jóvenes raperas de aquella ciudad fronteriza. El alcance y la potencia del colectivo se han transformado y ahora pertenecen a él más mujeres raperas de otras regiones del país.

relevancia para el país: manifestaciones, el 24A, el 8M, el antigrito y el 25 de noviembre, entre otras. Y esta diversidad hace que se enuncien maneras de ser y hacer desde el feminismo. Como lo expuso Ana María Castro (2019) en su trabajo de investigación sobre artivismo en Colombia: hay complejidad en los colectivos, por ello sus actividades son de distinta índole y conjuntan prácticas desde lo artístico y lo político. Las raperas que hablan desde México cada vez están más encaminadas a hacer explícitas en sus letras denuncias vigentes como la violencia de género, la defensa de los derechos humanos y el papel del Estado frente a los feminicidios. Me queda, pues, la tarea de ahondar en los aspectos mencionados, ya que constituyen un parteaguas para la participación y el quehacer en estos mundos de las prácticas artísticas feministas de las raperas que se definen desde la música, el feminismo y el activismo.

Esto apenas comienza, pero aquí cierro

Estas notas son un recordatorio constante de que hacer investigación conlleva tiempo, ética, responsabilidad y postura crítica. Ya no hay espacio para la neutralidad ni para alejarnos de los objetos de estudio. El mundo que vivimos, el país que habitamos, nos exige dar la cara, alzar la voz, pero también entender desde distintas experiencias el suelo epistemológico donde estamos paradas.

Mi manera de aprehender la información es lenta. Confío en que estas notas y todas las que guardo en mis libretas serán un buen punto de partida para mi investigación, la cual me llena al mismo tiempo de miedo y emoción al saber que mejora, que puedo encaminarme hacia la acción conjunta con mujeres raperas poderosas, abrazadas de la palabra. Situar me y ser crítica también desde las metodologías que elijo me da pie para cuestionar desde qué posición escribo, para quién y cuáles son las intenciones que debo sembrar en el andar de rebeldía.

Referencias

- Bach, A. M. (2010). *Las voces de la experiencia: el viraje de la filosofía feminista*. Buenos Aires: Biblios.
- Cabanillas, N. (2021). Trabajo académico, feminismo y blanquitud, charla del diplomado Sembrar rebeldía. Investigación y acción feminista desde el sur (módulo I: El territorio de la rebeldía: investigar, accionar, descolonizar). CESMECA-UNICACH, <https://www.facebook.com/444570738887467/videos/2280765182092604> (consultado el 15 de agosto del 2021).

- Castro, Ana María (2021) La acción política del movimiento feminista a partir del arte como práctica política, charla del diplomado Sembrar rebeldía. Investigación y acción feminista desde el sur. CESMECA-UNICACH, <https://www.facebook.com/444570738887467/videos/753346568708554> (consultado el 15 de agosto del 2021).
- Castro, Ana María (2019). La acción política del movimiento feminista a partir del arte como práctica política. Una mirada desde Colombia. En *Activismos feministas jóvenes*. Buenos Aires: CLACSO.
- Haraway, D. (1995). Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial. En *Ciencia cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza* (313-346). Madrid: Cátedra.
- Suárez Aguilar, C. (2021). Pensamiento y acción política de mujeres indígenas, charla del diplomado Sembrar rebeldía. Investigación y acción feminista desde el sur. CESMECA-UNICACH.

Resistencia ancestral afropuertorriqueña

*Bárbara I. Abadía-Rexach*¹²

Aprovecho estas líneas para reflexionar sobre experiencias vinculadas con mi existencia y supervivencia, y que a la par me llevan a responder a la pregunta sobre qué hacer para seguir dando visibilidad a las luchas de las mujeres negras y afrodescendientes.

Soy una mujer visiblemente negra, de 40 años, que nació y se crió en un país que no conoce otra historia que la de ser colonia, primero de España, después —y hasta el día de hoy— de los Estados Unidos. Lo recalco porque ese contexto es clave para entenderme como mujer negra y puertorriqueña en el continente americano.

Muy a mi pesar, todavía desconozco las historias de gran parte de mi ascendencia. Una de mis tatarabuelas por el lado materno, Paula Corsí, fue una mujer española que tuvo hijas e hijos visiblemente negros. Mi bisabuela Teodora Corsí-Guzmán tuvo hijas e hijos visiblemente negros. Era alcohólica. Sobrevivió el asesinato de uno de sus hijos en la cárcel, a quien habían detenido por el delito de estar ebrio en la calle. Teodora murió joven. Su hija María Virginia, mi adorada abuela, alias “Prin”, a sus 88 años sigue dándome lecciones de supervivencia. A ella le debo el regalo que más aprecié durante 30 años de mi vida y que más he extrañado y necesitado otros 11 años más: mi mamá, Olga Esther, quien falleció a sus 59 años de cáncer de colon con metástasis al hígado. Sus muertes las asocio con el genocidio negro que nos mata día a día desde el supuesto racismo sutil, los microrracismos y la ineficacia médica. Eso de que las mujeres negras están predispuestas a padecer

¹² Bárbara I. Abadía-Rexach es lideresa antirracista, afropuertorriqueña y afro cimarrona. Posee un doctorado en Antropología Social por The University of Texas at Austin. Se desempeña como profesora de afrolatinidades en el Latina/Latino Studies Department, College of Ethnic Studies, San Francisco State University.

ciertas condiciones de salud no se puede despachar como un asunto puramente genético o cultural fortuito.

Del lado paterno conozco mucho menos, pero sé que el apellido Abadía nos lo legó el infame gobernador (1731-1743) español y esclavista, Matías Abadía. Las mujeres de ese lado, cuando menos, experimentaron violencias sexistas.

El 26 de julio de 1977 nació mi hermana Somary Abadía-Pagán. Ya se cumplieron 44 años de su nacimiento y 16 de que pasó a otro plano. Somary fue producto de una relación extramarital de mi padre, veterano de la Guerra de Vietnam. La madre de Somary, una mujer negra, era alcohólica y tuvo un embarazo no atendido que le provocó la muerte a una de las niñas que llevaba en el vientre, eran mellizas. La sobreviviente, Somary, nació con perlesía cerebral. El día de su cumpleaños 28, el 26 de julio del 2005, me tocó elegir su ataúd y comprarle el vestido con el que sería sepultada. Al pensar en mi hermana tampoco puedo obviar cómo opera la racialización y el trato diferenciado por la tonalidad de la piel y la clase social.

Hace un año compartí públicamente cómo descubrí que un diagnóstico de gastritis crónica se vinculaba con una depresión. En el proceso, otro hallazgo revelador fue enterarme de que las amigas y conocidas que me brindaron apoyo también habían experimentado mis síntomas y dolencias en algún momento de sus vidas o habían aprendido a vivir con ello. En ese momento reafirmé que el cáncer de colon que sobrevivió mi abuela Prin en 1998, y que no pudo sobrevivir mi madre en el 2010, tenía que ver no solo con lo que consumimos, sino también con cómo se nos ha hecho creer que debemos ser fuertes, aguantar sin quejarnos y ser resilientes.

Recientemente en un foro sobre resiliencia en Puerto Rico después del huracán María, varios terremotos y en plena pandemia, con una junta de control fiscal impuesta por el Congreso de los Estados Unidos a la colonia puertorriqueña, expresé lo siguiente, que merece la pena compartir aquí:

Aquella niña y joven tímida e introvertida que llenaba libretas con pensamientos, listas y sueños es hoy la mujer rotundamente negra que investiga para desaprender e intercambiar conocimientos, y escribe para denunciar, liberar, afroreparar(me) y afrosanar(me).

Creo que dejé de ser resiliente al animarme a seguir escribiendo aun cuando sabía la ansiedad que me provoca compartir lo que escribo con gente desconocida y resiliente.

El trabajo académico y de escritura de opinión lo combino con el activismo antirracista que se construye desde Colectivo Ilé. Desde el 2018 soy

miembra de Ilé y he tenido la oportunidad de facilitar talleres de educación antirracista, de organizar procesos comunitarios y de crear espacios de afirmación de la negritud. Tal es el caso del programa radial NEGRAS, que produzco y comodero semanalmente desde julio del 2019. Cuando escribí la propuesta para ese programa, el nombre fue lo primero que me vino a la mente. Sin duda, un programa de radio en Cadena Radio Universidad de Puerto Rico puede llamarse NEGRAS gracias al cimarronaje histórico de nuestras abolicionistas y ancestras y a los trabajos de Marie Ramos Rosado y Yolanda Arroyo Pizarro, entre otras miembras de una afrosororidad cimarrona boricua. Hace una década era impensable nombrar un espacio mediático con ese nombre.

La supervivencia de un colectivo antirracista y decolonial y de un programa radial que privilegia exclusivamente las voces y afrosaberes de mujeres negras y afrodescendientes es un logro en Puerto Rico. Gestar proyectos y tejer redes de afrosororidad en un país que rechaza la existencia del racismo antinegro es de por sí un ejemplo antónimo a la resiliencia.

Como no hay escenarios perfectos para ser académica de la comunicación, antropóloga afrocimarrona y afrofeminista y lideresa antirracista, una tiene que ser todo lo contrario a resiliente. Sí, se vale ser vulnerable, honesta, hartarse, cuestionar, desaprender, llorar, frustrarse... Pero, sobre todo, hay que ser consciente de que el trabajo antirracista es urgente y necesario. En la lucha hay que asegurarse de no reproducir patrones de opresión enraizados en un Puerto Rico —o en un continente americano— que nos ha negado nuestra historia y que nos ha reducido la humanidad. Ese es uno de los retos que sumo a la devaluación de mi trabajo. Se vale no quedarse en silencio.

¿Resiliente? ¡No, desobediente y parejera!

Hoy, ante la enorme responsabilidad que llevo sobre los hombros como comunicadora, antropóloga-activista antirracista, cimarrona y afrofeminista, procuro afrosanar las violencias raciales que sobrevivieron mis ancestras. Busco afrosanar las heridas heredadas. Hoy evito somatizar los traumas de la esclavización. Me permito celebrar y celebrarme porque si hubiese sido resiliente no estaría aquí expresándome desde mi ser y mi piel. Tengo la certeza de que no se puede ser resiliente para luchar contra el racismo antinegro que nos hipersexualiza, nos demo-

Ser. Y cada verso será como un canto al universo

Resistencia ancestral afropuertorriqueña

niza, nos criminaliza y nos deshumaniza. No se puede ser resiliente si se es antirracista. Soy una negra desobediente y parejera...

Me reconforta pensar que ellas —mi tatarabuela Paula, mi bisabuela Teodora, mi abuela Prin, mi madre Olga, mi hermana Somary y otras tantas mujeres negras de mi vida— no dejaron ni dejan de resistir y batallar ante un sistema sexista y racista que las colocó y nos sigue arrinconando en un estado de intensa vulnerabilidad. Pensarlas de acuerdo a las memorias que me comparte mi abuela Prin me permite entender cómo opera la memoria celular y la carencia que tuvieron ellas de afrosanación. No han sido resilientes porque no se han adaptado a las perturbaciones del colonialismo, del sexismo ni del racismo; han resistido desde sus afromaternidades, desde lo estético, desde el liderato y lo político de su cimarronería inagotable. A ellas y a las que se reunieron en República Dominicana en 1992 les debo estar presente, existir y sobrevivir... Ubuntu.

Tsatsal nichimal k'op ta yora'il ach'chamel ***Poesía rebelde en tiempos de pandemia***

Susi Bentzulul¹³

Vul o'onton

Ta jip ka'i ta yalobaltik li vul o'ontonale
mu xa jk'an jk'el k'uyelan cht'olanan yut jna,
mu xa jk'an chbajanan sjepelul at o'ontonal ta jsat.
¿K'uyelan ta jbul lok'el li vokolil ta jbek'tale?

Mu jk'an jk'el jbek'tal ta yalobaltik,
Mu jk'an chixanav ta ch'ayemal o'ontonal,
Mu xa jk'an chk'ai li ts'ijetale.

¿Mi chkuch ku'un li' bajalune?
¿mi mu'yuk ta xjik'av ta yayel jsat li jvaechtake?
¿Mi xjelav ta stekel jch'ulel li xi'ele?
¿Mi pajesbilun chikom ta ak'obal o mi chijatav batel
ta jsa'el sjepeluk pat o'ontonal?

¹³ Susi Bentzulul es poeta maya tsotsil de San Juan Chamula, Chiapas. Licenciada en Lengua y Cultura por la Universidad Intercultural de Chiapas. Es Maestra en Estudios e Intervención Feminista del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica (CESMECA). Actualmente asiste al taller de poesía del maestro Óscar Oliva organizado por la Coordinación Nacional de Literatura. Ha asistido a talleres de literatura tales como el Programa Internacional de Escritura de la Universidad de Iowa (EE.UU.), de la Unidad de Escritores Mayas-Zoques (Unemaz), del Centro Estatal de Lenguas, Arte y Literatura Indígenas (CELALI) y del Centro cultural del Carmen con el maestro Javier Molina. Obtuvo la beca de Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para las Culturas y las Artes, emisión 2019-2020. Ha publicado en libros colectivos, como *Snichimal vayuchil* ("Sueño florido"), *Uni tsebetik* ("Mujercitas") y la *Antología de jóvenes creadores*, y en diversos medios electrónicos como el *Círculo de poesía*, el suplemento *Ojarasca* del periódico *La Jornada*, la revista *Punto de partida* de la UNAM, revista *Bajo otros cielos*, revista *Duvalier* y Revista *Estrépito y granuja*.

Ser. Y cada verso será como un canto al universo

Tsatsal nichimal k'op ta yora'il ach' chamel

Poesía rebelde en tiempos de pandemia

Desesperación

Quisiera arrojar al baldío mi desesperación,
dejar de ver cómo las paredes de mi cuarto se agrietan,
dejar de sentir pedazos de soledad caer sobre mi rostro.
Pero ¿cómo arrancar el dolor de mi cuerpo?

No quiero ver mi cuerpo hundido en el abismo,
no quiero seguir las huellas del olvido,
no quiero sentir más el silencio.

Pero ¿acaso podré soportar más este encierro?
¿Mis sueños no terminarán ahogándose con mi llanto?
¿Será que el miedo atravesará mi alma?
¿Me quedaré suspendida en las madrugadas o intentaré huir desesperadamente
buscando trozos de esperanza?

Ta stojolal jyaya

Ta stojolal jyaya yu'un la sta' svokol la stik'ik ta chukel, ch'abal smul.

Ch'ayem ta o'ontonal tey ta chukebal chil svokol, yayijem svaechtak, yayijem abi chmal
ch'ich'el xchi'uk chjik'av abek'tal ta ya'yel sat.

Ta jk'elot, li jch'ulel ta xlaj ta ak'obal. Ta jk'an chits'ibaj, pe chak'emik juju chol ni-
chimal k'op, chbajanan li nichimal k'opetik chbajanan ta jk'obtak.

¡Toj vokol alel a lo'il! ¡Toj vokol ta ilel asat yu'un noj ta yayel asat, — ti mu jk'an
xch'ay ta jol ko'onton— mu jk'an ta jlok'es ta jbek'tal, yu'un k'un'k'un xch'ay batel ta
nopbenal.

Chukulot ta yorail vokolil, chi-ok' k'alal ta jkus yayel asat. Ta jkalbe jba jtuk ti
ta jkoles li stuch'emal syayijemal abi, ta jts'iba avaechtak ta nopbenal, yu'un mu
xch'ay ta jol li avokole.

A mi abuela

A mi abuela Manuela, detenida injustamente

Olvidada en esa celda humillante, con los sueños mutilados, tu nombre se desangra y
tu cuerpo se ahoga en lágrimas.

Te miro y mi alma se hunde en la noche resquebrajada. Intento escribir, pero los versos se agrietan, las estrofas se caen a pedazos y el poema se me derrumba entre los dedos.

¡Qué difícil contar tu historia! ¡Cómo me duele tu rostro lleno de llanto, ese rostro que no puedo —no quiero— arrancar de mi pecho, y que poco a poco se va diluyendo en el olvido!

Encerrada entre estas horas inmóviles, lloro al secar tu llanto. Y me juro a mí misma que curaré las llagas de tu nombre escribiendo tus sueños en la memoria.

At o'ontonal

Ta jk'el jme' ta sjal at o'ntonal,
ju'une ta jt'unbe svokolil
yu'un ta jtitun.

Ta jk'el jyayatak ta xanavik ta at o'ntonal,
ti yav yokike chmutij batel ta xokolal.
Ti sna'elike te xmukmun ta ach'el
xchi'uk chmutij batel sayijemal sbek'talik ta jnopben.

Ta jpat xokon ta xkilbe snak'obal li jtote
chamemik sbek' sat, mu xojtikinun
k'ajomal cha'i li ke'e.

Li jmukomtake sk'ejojik vokolil
te chpajum ta ye'ik.
Chukbilik ta snak'obal lajelal,
chmal ch'ich'el sbek' satik.

Soledad

Miro a mi madre bordar la tristeza
mientras intento descifrar sus sufrimientos
para deshilarlos.

Miro a mis abuelas caminar hacia la soledad,
sus pasos se hunden en el vacío,

Ser. Y cada verso será como un canto al universo
Tsatsal nichimal k'op ta yora'il ach' chame!
Poesía rebelde en tiempos de pandemia

sus recuerdos flotan en un charco de lodo
y sus cuerpos llagados se hunden en mi memoria.

Al otro lado veo la silueta de mi padre,
sus ojos muertos no conocen mi rostro,
solo escucha mi voz entre su oscuridad.

Mis hermanitas guardan dolorosos secretos
que se fermentan en sus bocas.
Atadas bajo la sombra de la desesperación,
sus ojos se desangran.

Skoj ti antsunkutike

Skoj ti antsunkutike
—skoj la ti antsunkutike—,
ta yayijesik jbek'talkutik,
ta xtuch'ik li jvaechtike
xchi'uk ta smukik li jbitike.

Xkajajet ta uk'um jbek'taltik yu'un chamem:
chk'a'anan jbek'taltik ta yab k'a'ep,
ch'ayem ta osilaltik,
nak'bil ta ch'enetik.

Chabtaotik kuts'kalaltik.
Xvulvunik ta ak'obal ta sk'anik chisutesotik,
ta ts'ijilal xmut'ij slo'ilik.

Vo'otike,
Ch'ayemotik ta o'ontonal,
vuchemik ya'yel li ja'biletike,
mak'bil yech'omal ketik.

Por ser mujeres
Por ser mujeres

—por el simple hecho de ser mujeres—,
descuartizan nuestros cuerpos,
mutilan nuestros sueños
y entierran nuestros nombres.

Somos cadáveres a la deriva de un canal:
cuerpos pudriéndose en bolsas de basura,
en terrenos baldíos,
en fosas clandestinas.

Nuestros familiares gritan nuestros nombres.
Suplican a la noche que se apiade y nos devuelva,
pero el silencio ahoga sus ruegos.

Y nosotras
seguimos siendo despojos de olvido,
años ampollados,
voces silenciadas.

Oy ta ko'onton¹⁴

Mukul ta ko'onton
sjepelul jvokol;
tey mukul sjepelul ta yutil jbek'tal
k'un'k'un chk'a' li jkuxlejale.

Mukul ta jbek'tal li vokolile.
Ta jots' ka'i,
tanij ta stekel jbakiltak,
ta smilun.

Sna'inoj ts'ijilal yanal ke,
tanijem ta sjunul ke
xchi'uk chak'emik ta jujuts'uj jbek'tal.

¹⁴ Poema publicado de manera original en revista en Punto en Línea UNAM, núm. 94, agosto-septiembre 2021.

Ser. ʁ cada verso será como un canto al universo
Tsatsal nichimal k'op ta yora'il achi' chame!
Poesía rebelde en tiempos de pandemia

Li ke'e, li ko'ontone, li jbek'tale:
stekel noj ta lajelal,
noj ta ep satetik ti ya'yijemik
noj ta at o'ontonal
ta sjepelul vokolil
xchi'uk ch'ayel ta o'ontonal.

Tengo en el pecho

Tengo enterrado en el pecho
pedazos de mi pasado;
pedazos arrojados en lo más hondo de mis entrañas
que lentamente pudren mi presente.

Tengo sepultado en el cuerpo restos de dolor.
Quiero exhumarlos,
pero se aferran a mis huesos,
me carcomen.

El silencio habita en mis labios,
inunda mi boca
y agrieta cada centímetro de mi piel.

Mi boca, mi pecho, mi cuerpo:
todo de mí está infestado de muerte,
de rostros agonizantes,
de innumerables tristezas,
de escombros,
de olvido.

Ta jmuk li jvokole

Ta jmuk li jvokol li ak'obal li'e,
ta jbul lok'el ta jch'ulel
xchi'uk ta jmuk komel ta voljee.

Ta jmuk li jvokol li ak'obal li'e:
svokol jme' xchi'uk jyayatak.
Ta jmuk ta ach'elaltik.

Ta jmuk li jvokol li ak'obal li'e
yu'un mu jk'an yayijem chkom li jch'ulele
yu'un vuchem ya'yel juju chol nichimal k'opetik
xchi'uk tuch'em nichimal k'opetik.

Yu'un mi sakub osil
chvok'talel yan nichimal k'op
yu'un juju chol nichimal k'op ja' sk'ejimol osil banamil.

Voy a enterrar mi dolor

Esta noche voy a enterrar mi dolor,
arrancarlo de mis entrañas
y hundirlo en el pasado.

Esta noche voy a enterrar mi dolor:
el dolor de mi madre y de mis abuelas.
Lo voy a sepultar en el espeso lodo.

Esta noche voy a enterrar mi dolor
para no desgarrar más mi alma
con versos llagados
y estrofas mutiladas.

Y al amanecer
retoñará un poema nuevo
y cada verso será como un canto al universo.

Dossier

Atsiry Yareli López Fabila

Instagram: [@atxiiri](#)

Soy mujer, prieta, de raíces indígenas y campesinas. Si trazará mi árbol genealógico sería una nopalera. Me gusta dibujar, bailar y llorar. Nací en la Ciudad de México pero nunca me he sentido parte de la ciudad porque he tenido que migrar hacia otros lugares. Actualmente vivo en el Sureste mexicano, en la ciudad de San Cristóbal de las Casas, Chiapas. Estudié Biología en la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco y, posteriormente, realicé la maestría en Desarrollo Rural en El Colegio de la Frontera Sur donde actualmente hago el el doctorado en Ciencias en Ecología y Desarrollo.

Dibujar y crear han estado siempre presentes en mí como una necesidad latente pero contenida por lo que, en mi caso, la ilustración representa un acto de apropiación y un puente para narrarme. Además del acto creativo, ilustrar ha sido una búsqueda, una excavación hacia mi centro y una reconciliación conmigo. Inspirada en las palabras de Gloria Anzaldúa, este proceso ha consistido en “buscar la musa que se encuentra dentro de mí misma. Ha sido buscar la voz enterrada debajo de mí, para desenterrarla”. Lo que busco transmitir con mi trabajo tienen como inspiración mi historia de vida, las narrativas sobre los cuerpos, el contacto con las emociones, la naturaleza y la inconformidad.

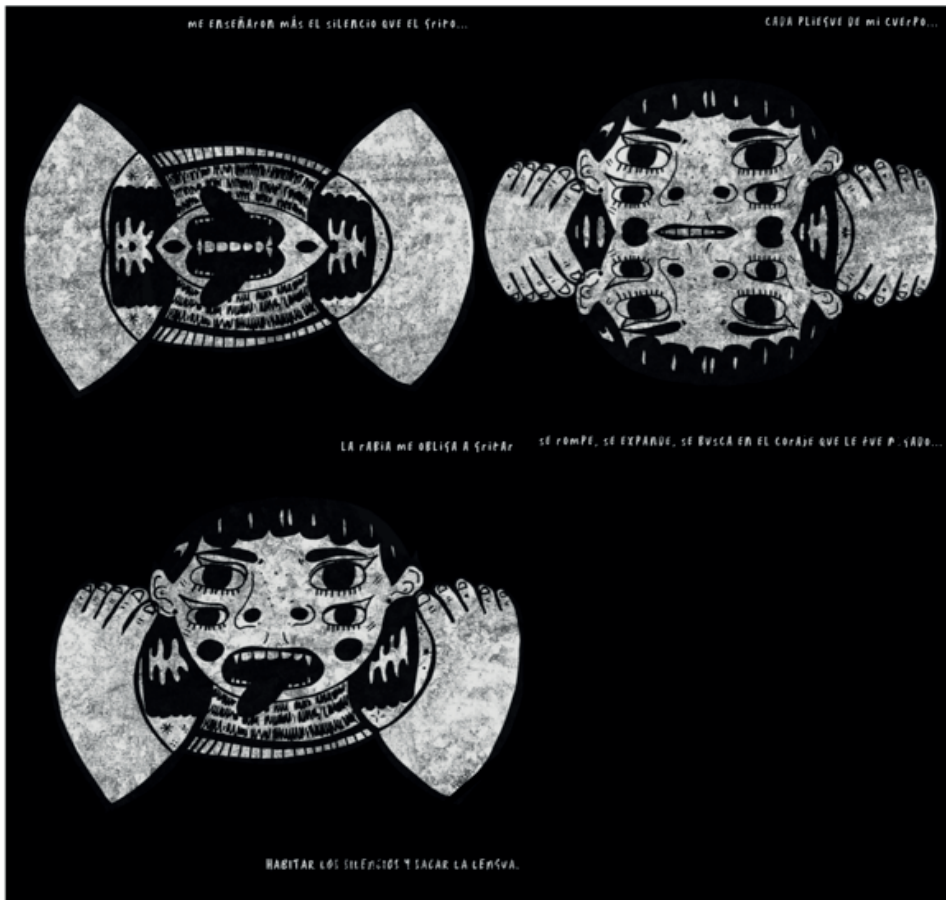
Me entusiasma participar en proyectos colectivos de creación que busquen contar historias de resistencia y transformación. Algunos trabajos recientes son la participación en el proyecto de investigación *Nocturnario fronterizo* a través de una ilustración y diseño infográfico para difusión de información sobre violencia de género, economía informal y mujeres trabajadoras; la realización de la portada para el libro *Fronteras y cuerpos contra el Capital. Insurgencias feministas y populares en Abya Yala* de la Editorial El Colectivo y Bajo Tierra Ediciones. En el contexto de la pandemia

Ser. Y cada verso será como un canto al universo

Dossier

por COVID-19 participé en tres procesos muy valiosos, uno de ellos fue la elaboración de ilustraciones para el *Manual de Co-cuidados para mujeres privadas de su libertad* de la organización Mujeres Transformando Mundos, la realización del mural *Existimos* de la serie murales por la disidencia con el Colectivo Chuvajetik en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas y mi participación como ilustradora del cuento para infancias trans *Pan de mía* de la autora Lía García.

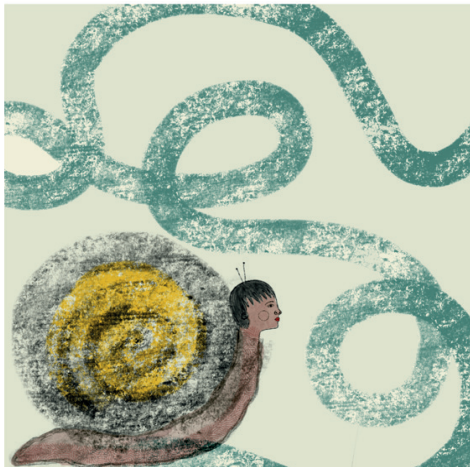
Sacar la lengua



Agosto 2019.

Tú qué sabes de ser cangrejo si no sabes
andar a cuestas,
Ser tu propio caparazón,
hacerte madriguera,
enterrarte suavemente,
sentir a arena caliente...
regresar
y mirar
retroceder, pero avanzar
a tu manera
con tu memoria
con tu historia.

Noviembre, 2021



Caracola

No me interesa su tiempo,
No quiero ir a su ritmo,
Me declaro en contra de los relojes,
No pienso en competir,
Ni tampoco quiero ser famosa.
Ser un caracol.

Noviembre, 2020

Ser. Y cada verso será como un canto al universo

Dossier

Piel



Octubre 2021

HACER

*Volver a pasar por el corazón y
transitar por el dolor*

Pero no iba a ser una tarea sencilla: había que recordar, es decir, “volver a pasar por el corazón” y transitar por el dolor

Noemí Melgarejo

Hacer feminismo, feminismos, en tiempos de pandemia, no es una tarea sencilla porque implica recordar, como afirma Noemí, es decir: volver a pasar por el corazón y transitar por el dolor. Hacer desde el corazón, hacer desde el dolor y abrir una ventana a la esperanza o tirar la puerta para que la fuerza de las sobrevivientes entre y salga con completa libertad. En este apartado pensamos la acción política anudada, en particular, al ejercicio producir conocimiento crítico y útil para las luchas, sus ires y venires, sus obstáculos y retos, sus nexos con la creatividad, las calles y la normatividad. Aquí hacer se resume en transitar, caminar, avanzar, retroceder e ir en círculos.

Este apartado, memoria de las que son guiadas por las jacarandas, abre con la crónica: “Caminos del 8m en la Ciudad de México”, de Dacia Espinosa, con fotos de Dafne Sandoval y Karen Reséndiz, a través de la cual se retrata aquel memorable 8 de marzo del 2020, cuando las calles de Ciudad de México se llenaron de miles de mujeres quienes salieron a protestar con y a pesar de la pandemia. Con y a pesar del mundo académico, continúa Eliana Francésca Arévalo Delgado con su ensayo: “Yonos otras las indisciplinadas en la frontera: reflexiones sobre la rebeldía como un acto político dentro de la academia”, donde narra sus apuestas por una desobediencia artística y el optimismo que son condición de posibilidad de su hacer académico en donde apuesta por la creación de comunidades feministas anticoloniales, antirracistas y antipatriarcales. Desobediencia que también impulsa a Noemí Melgarejo cuando, en su ensayo: “Irse en floro”: dolor, investigación y relevancia visceral”, narra la experiencia de verse obligada por las condiciones institucionales a estudiar con su agresor y su decisión de avanzar en un camino de sanación que incluye desarrollar una tesis de grado sobre esta problemática, en primera persona, escrita desde la dignidad y las múltiples jornadas de trabajo impuestas por la pandemia.

Desde ese mismo contexto, Amalfi Cerpa Jiménez nos vuelve a acompañar, pero esta vez para reflexionar sobre la escuela y su tradición androcentrista de producción y validación de conocimientos, en su ensayo: “En nuestros propios términos. Disputa cotidiana por categorías, conceptos y palabras para nombrar, comprender y transformar —hacia la emancipación— la realidad social desde un femi-

nismo contrahegemónico”. Desde una sorna dubitativa, su experiencia como docente y sus apuestas feministas, Amalfi reseña las disputas que implica pensar la escuela no como un espacio de aprendizaje para la vida, sino el espacio de la vida misma. La escuela como la vida misma también se convierte en una apuesta ecofeminista situada, como lo explica Norma Iris Cacho Niño, en su ensayo: “Caminar los feminismos anclados en los territorios: escuela ecofeminista mujeres defendiendo el territorio cuerpo-tierra”. Aquí Norma da cuenta de una apuesta de producción de conocimiento desde el ecofeminismo crítico y la formación política popular que aporta al poder personal y colectivo de las mujeres indígenas, rurales y trabajadoras precarias y que se consolida con la Escuela Ecofeminista: Mujeres defendiendo el Territorio Cuerpo-Tierra, un proceso formativo secuencial, continuo y permanente. La producción de conocimiento como apuesta política también es tema que trata Ayelen Amigo en su ensayo: “‘Ahora que estamos juntas’. De la investigación participativa a la investigación militante”, donde en medio de la hiperproductividad a la que nos lanza la pandemia piensa la coinvestigación participativa feminista en tanto apuesta decolonial y de trabajo con niñas y adolescentes feministas desafiando a los mecanismos de control propios del adultocentrismo y el patriarcado.

Este apartado cierra, con broche de oro, con el ensayo de Teresa Díaz Torres: “Entre la trama y la urdimbre. Pensamientos sobre la potencia política del bordado”, donde la maga bordadora medita sobre lo que implica para una investigadora feminista bordar, habitando un tiempo de mujeres y construyendo el bordado como un archivo tanto personal como colectivo, un lugar de acción y un espacio de enunciación; en suma, como la potencia política del hacer creativo.

Caminos del 8M en la Ciudad de México

*Dacia Espinosa*¹⁵

Seguramente recuerdas aquel 8 de marzo del 2020 cuando las calles se pintaron de morado y las flores de las grandes jacarandas guiaban tu camino y el de muchas otras en una vista área que impactaba, que parecía irreal, increíble en la Ciudad de México... Recuerdas el eco de las voces y la imposibilidad de acercarte al monumento a la Revolución porque los cuerpos de miles de mujeres se apretujaban con cada paso que dieras hacia delante; los brazos se rozaban sin querer, las miradas se cruzaban tranquilamente y la emoción se contenía porque, si bien estabas rodeada y te sentías protegida en ese momento, no podías olvidar por qué decidiste participar en la marcha del Día Internacional de la Mujer en México: vives luchando para sentírte libre y segura, alzas la voz por las que ya no están y exiges que tus derechos sean respetados.

Hace un año el metro estaba lleno de mujeres jóvenes, niñas, adultas, todas con expresiones distintas, algunas en grupos, eufóricas o con la mayor seriedad posible; otras con los audífonos puestos para distraerse de lo que llevaban guardado desde hace tiempo. Pero de forma peculiar, en conjunto, coloreaban los vagones. Algunas caminaban largas distancias sobre avenidas principales para encontrarse con sus colectivas, familias, colegas, hermanas..., otras corrían con la pañoleta verde, otras más recogían su cabello alborotado o trataban de responder los mensajes que recibían en sus teléfonos. Lo recuerdas como si se tratara de un proyector antiguo entre imágenes entrecortadas: pares de ojos con pieles tan diferentes y únicas, carteles llenos de dolor, fotos de quienes desaparecieron,

¹⁵ Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco (UAM-X). Colaboradora del blog *La raíz transgresora*.

colectivas en unísono, una mujer con pestañas despampanantes en tonos violeta a quien sientes que conoces desde niña.

Foto 1



(Dafne Sandoval, 2020)

Pero en ese momento dejas de recordar porque sientes los rayos del sol cubrir tu cara mientras esperas que comience la marcha. Te acomodas el cubrebocas porque el sudor comienza a incomodar; ves a tu alrededor y no eres la única que pensó en que el cubrebocas morado quedaría muy bien para la marcha de este año; detalles irrelevantes pero que forman parte de ti y así te sientes más cómoda. El coronavirus no detuvo a quienes quisieron salir a manifestarse: comienzan a reunirse más jóvenes con pancartas enormes; se preparan mientras dejan secar la tela entintada en el suelo. Otras tantas dicen que la marcha no será igual a la de hace un año porque “estamos muy dispersas”... pero piensas que no está mal, sí, hay más distancia entre nosotras pero los objetivos siguen presentes: la búsqueda de justicia ante los miles de feminicidios en el país, las violaciones cometidas, la desigualdad salarial, esa larga lista esparcida en las pancartas y escrita en la piel de varias manifestantes.

“¡No-ten-drán-la-co-mo-di-dad-de-nues-tro-si-len-cio-nun-ca-más!”, escuchas tras de ti, así, de manera muy pausada mientras escriben en una cartulina y te causa emoción porque aquellas pequeñas están con su mamá y te imaginas miles de

escenarios en los que muchas más se unen para seguir alzando la voz por todas. Te das cuenta de que salen varias colectivas de forma organizada y comienzas a caminar, primero dudosa porque no sabes si unirse a un grupo más grande, irte atrás y poder andar a tu ritmo o sacar la pesada cámara de tu mochila para desempolvarla y apartarte un poco para contemplar y fotografiar para la posteridad el mar de rostros desde las orillas y ver desde arriba cómo esa unión causará impacto.

Dejas de preocuparte y sin darte cuenta preparas a tu compañera de marchas, la aseguras a tu mano y, mientras coreas junto con las chicas que caminan a tu lado, lanzas algunas capturas al aire para “probar la luz”, así, un tanto chueca; te paras de repente para hacer foto del cartel de la chica de adelante pero te cuesta porque está muy cerca; te frenas por completo, cierras un ojo, tratas de ponerte lo más firme posible, alguien se te cruza y así lo vas intentando en tu andar, batallando porque quisieras poder dividirte para tomar la mayor cantidad de fotos posible y al mismo tiempo gritar con todas tus fuerzas: “¡vivas se las llevaron, vivas las queremos! ¡No que no, sí que sí, ya volvimos a salir!”; junto a esas otras voces desgarradoras llenas de energía que te acompañan.

Foto 2



(Dafne Sandoval, 2020)

Te desvías del camino para alcanzar los bloques que van al frente de la marcha, aquellos en los que distingues a los familiares de las víctimas, que cuelgan en su pecho la foto de las mujeres y las niñas por las que luchan, aquellos que llegan a ser protagonistas de videos para dar a conocer su historia. Llaman tu atención las filas de granaderas y los policías que salen de una de las calles aledañas a la Alameda Central, lo que te hace querer regresar y grabar cómo trotan para no romper su formación con el cruce de las mujeres. Te asomas un poco más y después de observar un rato distingues incontables camiones azul marino, los que llevaron hasta ahí a las granaderas y policías, que desfilan y bloquean la vista de las entradas de los pequeños restaurantes sobre la calle Dr. Mora. Eran grupos muy grandes; te preguntas por qué tanta policía si ya han resguardado sus sagrados monumentos detrás de esos altos muros metálicos.

Te das cuenta de que el bloque que querías alcanzar ya va más lejos; sigues caminando y te detienes para observar las largas paredes metálicas que pareciera quieren esconder a las miles que estamos aquí, separar, encapsular y alejar las demandas. Ese muro que parece infinito representa para nosotras el que se ignoren aquellas voces que quieren justicia, que quieren ser escuchadas para poder tener paz y crear un futuro mejor para las niñas y las mujeres de todos los rincones del país. Cada zancada que das a lo largo de las altas barreras azules es el lienzo que dibuja la rabia y el duelo, ese duelo que también se manifiesta en la impresión grisácea y desgastada de los letreros de “se busca”, de aquellas a quienes les arrebataron la vida.

Foto 3



(Karen Reséndiz, 2020)

El andar de las mujeres en varias direcciones te hace fijar la atención y mirar a todos lados; concentrarte en sus recorridos te muestra que muchas jóvenes se cruzan en zigzag, algunas se sientan en la banqueta y otras reparten volantes para concientizar sobre el feminicidio en el país. Los espacios enormes entre las colectivas que marchan permiten que los comerciantes se cuelen y vendan paliacates, pañuelos, banderas y también están los típicos carritos improvisados para preparar refrescos o vender botellas de agua. Observas un trío de amigas que aprovechan la dispersión para hacer representaciones y ofrendas que expresan el dolor por la partida de sus hermanas. Empleados de oficinas y tiendas de los alrededores caminan entre las manifestantes platicando de las pintas y, a pesar de estar cansados al salir de sus trabajos, se quedan a observar atónitos a las mujeres.

Foto 4



(Dacia Espinosa, 2021)

Llegando a Eje Central en tu camino por la calle de Madero te detienes un rato y grabas el transcurrir de las personas; observas la llegada de más mujeres por las calles de alrededor; te quedas varios minutos ahí viendo como grupos muy pequeños lanzan consignas: “¡amiga, hermana, si te pega no te ama!” “¡Hay que abortar, hay que abortar, hay que abortar este sistema patriarcal!”. Sigues las pisadas de las demás dirigiéndote hacia el zócalo capitalino. Pasos adelante la avenida 5 de Mayo se vuelve testigo de las voces que no aceptan que quienes gobiernen el país guar-

den silencio, las invisibilicen y no actúen en contra de la violencia: “¡López Obrador es un macho opresor!”, decenas de mujeres le reclaman. “Cuídanos como a tus pinches monumentos”, se leía en los postes. “¡Ningún violador será gobernador!”, cansadas de que los actos violentos se normalicen en nuestro país. “¡Aleeeeeerta, aleeeeeerta! Alerta, alerta, alerta que camina, la lucha feminista por América Latina”, se te queda la consigna en la mente y permanece mientras te diriges hacia Palacio Nacional.

Las voces inundan las calles y a pesar de no ser tanta su fuerza, la emoción que se siente al escuchar las consignas es tan inmensa que parece desbordar los muros y llegar a los rincones más alejados; pierdes la cuenta de las calles precisamente porque te taparon la vista y te encuentras con una mujer sentada con un enorme violonchelo y un pequeño público que la graba desde diferentes ángulos, con tantos celulares que cubren aún más su rostro. Los aplausos y las personas que caminan para dejarle una moneda sobre su pañoleta en el suelo terminan con el breve concierto de la violonchelista. Debes seguir. Caminas y caminas hacia delante lo más que puedes para recabar los mayores detalles posibles; te encuentras con un bloque de familiares de víctimas; una mujer con un chaleco rosa y un altavoz va muy lentamente cerca de una camioneta blanca con unas bocinas que hacen retumbar los vidrios de los ocultos locales: “¡ahora que estamos juntas, ahora que si nos ven abajo el patriarcado se va a caer, se va a caer!”. Casi se entrecorta su voz tal vez por el esfuerzo de gritar, pero aun así no podrán silenciarla... Ves sus canas y su mirada cansada mientras te acomodas para caminar de espaldas con dificultad por tus botas pesadas.

Cuando por fin distingues la Catedral Metropolitana es momento de prepararte mentalmente para lo que te cuesta trabajo apreciar pero ya te imaginas qué es: esos muros se tienen que caer; seguramente aquí llegaron las decenas de granaderas, que están muy cerca. ¿Dónde más sino para proteger el lugar del presidente? Varios hombres un tanto agresivos, que parecen estar en condiciones de calle, hostigan a las jóvenes que ven solas; casi te pasa a ti pero te alejas lo más rápido que puedes. Te acercas a capturar los discursos de las madres que exigen justicia por sus hijas. Reconoces a una señora que vive en el edificio de la CNDH, hoy refugio “okupa”. Intentas recordar su nombre y se te olvida de nuevo cuando escuchas parte de su historia: “Compañeras, mi lucha inició el 2 de noviembre del 2017, cuando mi hija de siete años fue abusada sexualmente por un hombre de 43 años; llevo tres años y cuatro meses buscando justicia por mi hija. Fue porque hice una denuncia que el mismo abusador, después de un año, me golpeó y nos sacó de nuestra casa; vivimos tres meses en una camioneta, vivimos tres años en la calle...”, hace una pausa para conte-

ner el llanto por las emociones encontradas que la están atormentando. Enseguida las voces le responden: “¡no estás sola! ¡no estás sola!” y claman justicia para su hija.

Foto 5



(Dacia Espinosa, 2021)

Las mujeres están en círculo e intentan sacar fotografías. Encuentras semblantes cansados debido a las horas de caminata bajo el sol; mujeres exhaustas de gritar que quieren un alto a la violencia; algunas solo necesitan sentarse unos minutos para continuar entregándose a este día. Miras hacia delante y ya no te sorprendes tanto; muchas lo sentíamos y, si pudiéramos tener esa fuerza física, también estaríamos ahí. Es una lucha entre gritos, palos y patadas contra las barreras de aquel muro metálico que la noche anterior fue escenario de los nombres de mujeres asesinadas y esa noche proyecta datos sobre un problema que se evade y que hace temblar a las instituciones: “entre enero y febrero del 2021 se han registrado 142 víctimas de feminicidio en el país” (Barragán, 2021), “México feminicida”, así se comenta en otras naciones, así aparece en las noticias de diferentes partes del mundo.

Ni siquiera te lo esperas, pero el gas lacrimógeno que lanzan las policías comienza a hacerte llorar y te pica la garganta. No puedes ni abrir los ojos un momento porque lagrimean; maldices, les gritas y te llenas de rabia porque estás enojada, porque hay días en que te saturas entre tanto número —nos volvimos cifras—, nuevos rostros por día; en tu entorno está naturalizada la violencia; quieres que pare,

quieres dejar de compartir desaparecidas y todo eso te da vueltas en la cabeza mientras retrocedes por los ataques.

Foto 6



(Dafne Sandoval, 2020)

Muchas no podemos permanecer por la molestia en los ojos y en la garganta, pero hay quienes siguen ahí con fuerza... A otras mujeres, sus hermanas las suben a ambulancias. No puedes grabarlas, las jóvenes te gritan que no lo hagas; algunas más tienen los ojos hinchados y te agradecen el pañuelo que les ofreces mientras se les pasa el ardor y sentadas en el piso esperan sentirse mejor. Termina cuando el cielo se oscurece y todas se van... ¿Y el muro? ¿qué nos quisieron decir con ese muro...? ¿Qué va a pasar con aquellos nombres que se escribieron ahí y los que se siguen acumulando?

Referencias

Barragán, A. (2021). Una asesinada tras otra: días crueles de marzo. *El País*. México, <https://elpais.com/mexico/2021-04-05/una-asesinada-tras-otra-dias-cruelles-de-marzo.html>.

Yo-Nos otras las disciplinas en la frontera: Reflexiones sobre la rebeldía como un acto político dentro de la academia

*Eliana Francésca Arévalo Delgado*¹⁶

“Que otros sean lo normal”.
Susy Shock (Buenos Aires)

La rebeldía es un concepto sobre el que he reflexionado desde que empecé mis estudios del máster en Género y Diversidad en agosto del 2019 en la ciudad de Oviedo, España, lugar a donde llegué con la intención de vivir una experiencia de formación más organizada sobre el feminismo, ciudad libre de las violencias machistas y económicas que caracterizan nuestras localidades del sur global. La sola idea de habitar espacios sin experimentar en el cuerpo ni en las emociones las diversas formas de sucesos intimidantes como acosos callejeros, intentos de robos o de secuestros e incluso abuso sexual era como un bálsamo para mí. Así fue como a partir de la idea romantizada de que esas violencias no se vivían en Europa tal como las vivimos en nuestros territorios del sur, resultado de buenas experiencias personales durante viajes de vacaciones, emprendí el proyecto de una mudanza hacia territorios que supuestamente eran menos hostiles.

¹⁶ Poeta, performancera e investigadora transfeminista descolonial. Originaria de la selva amazónica. Aplica las teorías de género, queer, trans y descolonial al arte de acción y la poesía. Ha realizado producciones artísticas interdisciplinarias integrando el teatro físico y el teatro aplicado con la danza, la literatura y la plástica. Participó en la creación de colectivas de activismo transfeminista en Argentina y Perú. En Oviedo (España) ha formado parte de la compañía de teatro La Ruxidera y del laboratorio de creación de obra escénica a partir de la capacidad de menstruar. Escribió poemarios inéditos y ha utilizado el proceso creativo como forma de sanación. Actualmente realiza el doctorado en Género y Diversidad en la Universidad de Oviedo en la línea de investigación de los estudios culturales, intersecciones y culturas y teorías contemporáneas.

En este texto quiero hablar del significado de *rebeldía*. Al hacer una búsqueda en la red encontré definiciones que hacen referencia al desacato ante lo que “debe ser” y a la aplicación de puniciones desde una postura judeo-cristiana y legal relacionadas con el castigo, el destierro, el rechazo y el intento de corrección. *Rebeldía*: “cualidad de rebelde”; ejemplo: “su rebeldía fue castigada con el destierro”, “acción propia de un rebelde”, dice el diccionario. Según el DRAE, rebelde es la persona “que se rebela contra el poder o la autoridad. Dicho de una persona que, por no comparecer en el juicio, después de una llamada en forma, o por tener incumplida alguna orden o intimación del juez, es declarada por este en rebeldía. Como adjetivo se trata de una [persona, animal] que es difícil de educar, dirigir o controlar porque no obedece a lo que se le manda, como por ejemplo un niño rebelde”. En la enciclopedia libre *Wikipedia*, la rebeldía “es un tipo de comportamiento humano caracterizado por la resistencia o el desafío a la autoridad, la desobediencia de una orden o el incumplimiento de una obligación sea o no justa la causa”.

Frases como las que atribuyen la rebeldía al comportamiento de un animal, o en el caso del adjetivo *rebelde*, atribuido por el DRAE a toda persona que es “difícil de educar, dirigir o controlar”, son, por un lado, especistas porque atribuyen comportamientos humanos a los animales y porque dejan implícita una jerarquía en la que estos no pueden ejercer ningún tipo de resistencia. Por otro lado, dicha jerarquía se observa al utilizar palabras como *controlar* o *dirigir*, ya que implican la naturalización del sometimiento de un ser vivo sobre otro. El “destierro” aplicado a modo de sanción ante un acto de rebeldía a quien desobedezca la norma impuesta dentro del clan o a quien no pertenezca al grupo de personas catalogadas como “normales o merecedoras” de pertenecer a esa comunidad, marca una estrecha relación con la construcción de las normas o leyes y las consecuentes sanciones que ciertos grupos humanos han impuesto en las sociedades. La intención de dichas normas y leyes es establecer un orden que permita cierto tipo de convivencia que favorezca a la mayoría de los miembros de una comunidad en detrimento de otros, a quienes se les aplicará una separación, exilio o desarraigo en ámbitos físicos, morales y emocionales. Llama mi atención la relación estrecha entre rebeldía y destierro, cuya concatenación se establece a partir de un hecho y una consecuencia y también se vincula con las desobediencias sexo-generéricas y el consecuente exilio social dentro de un grupo humano y con la construcción de las otredades como subjetividades extrañas y ajenas a ciertas comunidades, en este caso de raíz occidental, y los territorios colonizados.

En mi exploración conceptual busqué algunos sinónimos de rebeldía y encontré *insumisión, desobediencia, indocilidad, indomabilidad, desacato, insubordinación, inconfor-*

mismo; ejemplo: “era una artista que mostraba su rebeldía en todas sus facetas”; o bien, *rebelión, sublevación, levantamiento, insurrección, sedición*; ejemplo: “los campesinos de Vilcabamba realizaron un levantamiento como denuncia por la contaminación de las aguas en la zona, por parte de las empresas mineras instaladas en su territorio”. Desacato, insubordinación e inconformismo son comportamientos atribuidos a personas que ponen en tensión ciertas normas o que rompen con el contrato social histórico, el cual, por cierto, fue elaborado en una sociedad iluminista europea conformada únicamente por varones (siglo XVIII) y con acuerdos que excluían a las mujeres. Rebelión, levantamiento, insurrección se relacionan con respuestas a ciertas imposiciones que involucran la acción, el hacer, la intención de construir nuevas formas de relacionarse y de habitar el mundo, estrechamente vinculadas con los temas que abordo en mi actual trabajo de investigación.

Como escribí al inicio, mi decisión de hacer la maestría en Europa, en España, se debió a la necesidad de “descansar” del agotamiento físico y emocional que las violencias machistas y la criminalidad generaron en mí, con una sensación permanente de vulnerabilidad y de inseguridad llevadas en el cuerpo. Precisaba alejarme por un tiempo, quitarme la mochila, aliviar el peso del cuerpo; necesitaba un respiro de esa violencia vivida en mis territorios (Argentina, Perú) que tanto me ha afectado: eso que llaman “migrar como acto de supervivencia” y que millones de mujeres y de disidencias hacemos para habitar un mundo de una manera más amigable con nosotras. Por eso me mudé a una ciudad pequeña, conocida como una de las más limpias y organizadas de España, para empezar el máster en Género y Diversidad, sueño que perseguía desde hacía tiempo por el deseo de organizar los conocimientos eclécticos y los intereses sobre el feminismo y el habitar de las desobediencias sexo-genéricas.

Al iniciar las clases empecé a sentir en las espaldas la pisada de un elefante blanco. Ese animal enorme y hermoso con grandes extremidades, de cuerpo pesado y que a veces se mueve lento es la metáfora que encontré para la burocracia y la institucionalización que sostiene los estados civilizatorios de los países europeos y, en este caso particular, de España y la ciudad donde me encontraba. “Ah, es de aquí de donde viene todo ese universo de los papeles y requisitos”, me dije. La burocracia académica tiene una trompa enorme que envuelve y atrapa con formalismos y exigencias protocolares; si no se entienden y se aprenden rápido, pueden estrangular. Me surgieron dudas sobre si mi decisión había sido la correcta. Habitar durante un tiempo en la formalidad y la estructura jerárquica de la universidad me desilusionó enormemente luego de una larga experiencia laboral, activista y creativa de años fuera de ese tipo de institución. Ya sé que era lo que tanto había

deseado, pero los sentimientos encontrados habitaban en mí. Una maestría en Género y Diversidad, que debía ser habitada por feministas de todas las generaciones, donde mi activismo tomaría forma a través de conceptos teóricos, se encontraba dentro de una estructura monolítica en la que me tocaba habitar.

En este escenario empecé a pensar en la necesidad de cierta indisciplina y desobediencia ante las estructuras que obstaculizaban profundizar en temas vitales para colectivos subalternizados. Mi disconformidad innata, como el corazón latente de mi interior que acompaña a mi otro corazón pero bombea diferente, empezó a hacer un ruido perturbador que afectaba mis estudios. Y si bien considero que el desorden, la improvisación, el caos del que siempre me he quejado y padecido en mis territorios de origen no se relacionan con la rebeldía tal como la entiendo, tampoco me sentía cómoda en este nuevo pero limitado espacio en el que me tocaba moverme y donde la posibilidad de explorar procesos creativos estaba limitada, ya que debía entregarme a un trabajo formal para la supervivencia.

Luego de dar vueltas al tema y con la suerte de tener una directora de trabajo de fin de máster, y ahora de tesis doctoral, que conoce y habita este mundo académico y burocrático desde hace mucho tiempo y que además apoya mis exploraciones con más concesiones de las que creo tienen otras directoras, decidí indagar temáticas relacionadas con las desobediencias sexo-genéricas dentro del arte de acción. Por un lado, porque son temas por lo que siento un profundo interés personal y, por otro, porque encuentro una estrecha relación entre la rebeldía y el destierro con la desobediencia y la migración, conceptos que desarrollo adelante. Para ello opté por realizar un estudio comparativo de obras de teatro y de *performance art* creadas en Argentina y España, con la intención de construir un puente imaginario sobre el Atlántico al introducir una conexión de nuevos mapas de corporalidades-territorios entre artistas subversivas de ambos países y continentes, con la rebeldía como inspiración y como eje de mi trabajo. En ese sentido, la extrañeza travesti, trans, cuir se expresa en el *performance art* —creación artística disidente y marginal por excelencia dentro de lo que llaman mundo de las artes— con subjetividades indisciplinadas y desobedientes que habitan en una frontera de género y sexual y además rompen las normas establecidas en un contexto contemporáneo de intolerancias y ataques a toda subjetividad que se mueva fuera de las normas o que habite en espacios liminales.

De este modo rebeldía y destierro vuelven a escena, pero esta vez con conceptos relacionados como la desobediencia y la migración. La desobediencia se da, como ya lo mencioné, mediante prácticas y habitares del devenir identitario tra-

vesti, trans y cuir. En el caso de la migración, esta se da como acción y respuesta que implican movimiento, desplazamiento de un grupo humano, de las normas y las reglas de juego y, en mi experiencia vital, como movimiento hacia otro lugar para la supervivencia física y emocional. Estos temas me han acompañado desde la infancia, a modo de satélite; los relaciono con procesos internos de mi experiencia vital y de relevancia visceral (Restrepo, 2008), al estar siempre en constante movimiento migratorio y haber presenciado y vivido prácticas de opresión y de discriminación como niña, adolescente y mujer migrante.

Si bien es cierto que las migraciones históricas que viví se realizaron en contextos de ciertos privilegios, la conciencia de ser extranjera y de no pertenecer a los lugares habitados generó en mí, desde muy pequeña, una profunda sensación de extrañeza y soledad que se convirtió en sensibilidad y empatía con otras formas de extrañezas de las subjetividades, como son las personas travestis,¹⁷ travas, trans y cuir.¹⁸ El vínculo se profundizó por mi cercanía y familiaridad con miembros de estos colectivos desde edad temprana. Por ello, como mujer con una historia de constante migración desde mis primeros años de vida, me siento identificada con la rebeldía y la desobediencia y con el habitar en ciertos destierros, extrañezas y otredades. Considero que incluso dentro de mi binarismo y heterosexualidad actual, no sé si permanente, vivo una constante construcción identitaria o de desidentidad, encarnada en la experiencia de habitar en las fronteras y de rechazar mandatos y normas impuestas a las que me rebelo constantemente. Esto me coloca en ese *neplanta* que Gloria Anzaldúa (1984) toma del *náhuatl* para definir el habitar “en medio” de dos lugares al mismo tiempo, de permanecer entre fronteras, sensación intrínseca a la condición de migrante y de las subjetividades desobedientes.

Ya hablé del *performance art* como (in)disciplina artística disidente que aborda temas políticos, sociales y culturales con un enfoque ubicado en el margen, muchas veces fuera de los circuitos tradicionales, especialmente en los territorios del sur, ya que en España las instituciones culturales la han usado y hoy en día se ven acciones en salas de museos. Mi elección de esta práctica artística y de algunas de sus creadoras como sujetas de estudio se vincula con mi experiencia personal. Desde inicios del año 2000 empecé a explorar y a crear de manera intuitiva, con

¹⁷ Esta colectiva se reapropió las palabras *travesti* y *trava* y las hizo representativas de las identidades no normativas en Argentina, las cuales prefieren no utilizar los conceptos trans o queer debido a una postura política y generadora de una epistemología del sur propia.

¹⁸ *Cuir* se usa como desviación fonética españolizada. Proviene de *queer*, término anglosajón asignado a lo “raro” y utilizado para nombrar de forma denigrante a los homosexuales en Estados Unidos de América. Los colectivos sajones y los territorios de Abya Yala les dieron una reinterpretación descolonial.

distintas plataformas, acciones artísticas que integraban el teatro físico, la danza contemporánea y todo movimiento corporal con la escritura (poesía y relato corto) y con las artes plásticas (escultura y pintura); empecé a hilar obras en Argentina que denunciaban opresiones y violencias vividas como mujer, migrante y siempre extranjera.

No intento colocar con fórceps mi percepción y experiencia encarnada de la extrañeza tal como las experimentan las vivencias travestis, trans y cuirs; sin embargo, observo que al haber vivido en constante desplazamiento interno y luego hacia otros países, mi presencia en cada lugar ha sido habitar como extraña. Pues bien, desde esa experiencia realizo la investigación:

Vivo en otro lugar del tiempo.

Estar presente

es un ejercicio osado.

La niña mira el misterio

desde un papel con brillo.

Fermo parte del contexto

mientras mi vida

está en otro lado.

(Autoría propia, 2010)

Participar en el diplomado “Sembrar rebeldía. Investigación y acción política desde el Sur” (2021) y escuchar y leer textos de académicas comprometidas con la investigación-acción en los territorios de Abya Yala han generado en mí ciertas inquietudes respecto a la metodología de trabajo de mi tesis doctoral y mi postura política para insertar la acción feminista a lo largo de mi proceso investigativo. Despertó la conciencia, en proceso de elaboración, del sentido feminista desobediente y lo articuló con un proceso de (des)adaptación a mi nuevo hábitat en territorio español. Astrid Yulieth Cuero Montenegro refiere “la construcción de un feminismo desde la experiencia [...] que parte de las luchas y prácticas de resistencia de las mujeres empobrecidas, racializadas” (2019: 22). La desobediencia, por medio de la rebeldía puesta en acción, enriquece desde sus perspectivas el enfoque de la investigación sobre los colectivos travestis, trans y cuirs, desobediencias que viven múltiples formas de opresión en nuestros territorios del sur global y de España.

Desobediencias en red

*No quiero ser un señor, tampoco quiero ser dama,
yo quiero ser otra cosa, ser lo que me dé la gana.
El cambio empieza en los niños en la escuela,
hay que educar, no quiero salita rosa
quiero salita de trans*
Susy Shock, Poemario Trans Pirado, 2011.

La puesta en escena de realidades específicas de estos colectivos mediante la creación de obras teatrales y de performances hace visible una forma de conocimiento desde el contexto situado (sus propias experiencias vitales), del uso de sus archivos personales para la creación de dramaturgia y de generación de epistemología desde el proceso creativo. Su visibilización fuera de los espacios específicos en los que se presentan pone en tensión una realidad atravesada por las imposiciones del discurso colonial de “exotización” de las identidades que ellas y ellos deconstruyen desde el sur del sur, luego de cinco siglos de intento de exterminio. El trabajo teatral a partir de la experiencia travesti de Claudia Ruiz, mujer travesti, trans creadora y directora del grupo teatral Siete Colores Diversidad (Argentina), cuyas obras de teatro narran historias del devenir travesti inspiradas en sus propias vidas, muestra y reivindica la existencia de este colectivo. Otra referencia de la práctica desobediente en escena es el trabajo de Effy Beth (Argentina, 1989-2014), mujer trans y performer que realizó diversas acciones en las que mostró los procesos de su transformación física para acompañar su transitar hacia la identidad femenina. Uno de sus performances más recordados fue aquel donde extrajo su propia sangre para utilizarla como si fuera la menstruación que toda mujer cis experimenta cada mes durante el sangrado menstrual. Lo hizo debido a diversas críticas de personas que le dijeron que aunque se operara y se vistiera como mujer nunca llegaría a serlo porque no era una “biomujer”, al carecer de útero y ovarios.

Desde la década de 1990, diversos intelectuales transexuales del norte global empezaron a teorizar y crear discursos en primera persona a partir de su devenir trans*. Autoras como Susan Stryker y Sandy Stone, entre otras, se inspiraron en las propuestas de algunas intelectuales del sur, como la teoría chicana de Anzaldúa, para crear teorías sobre las subjetividades *queer*, que estaban siendo negadas en ese entonces. En la actualidad, teóricas como Marlene Wayar (2018)¹⁹ y la póstuma

¹⁹ Creadora y directora de la primera revista travesti *El Teje* y del libro *Travesti, una teoría lo suficientemente buena*. Compañera de Lohana Berkins y Diana Sacayán, travestis con fuerte acción política en Argentina, asesinadas por

Lohana Berkins, hacen lo mismo en nuestros territorios del sur. Inspiradas y en diálogo con ellas, protagonistas que construyen teoría desde su experiencia encarnada y en voz propia dentro de la academia, pero con metodologías subversivas y poco tradicionales respecto de las acostumbradas en el campo de las investigaciones, estas creadoras y creadores de conocimiento producen saberes desde la escritura de ficción, de la poesía, de la producción de dispositivos culturales en internet y de otras expresiones artísticas; desarrollan proyectos a pesar de la falta de oportunidades y de acceso a la educación que padecen la gran mayoría de ellas.

No pretendo tomar ventaja de mis privilegios al haber recibido educación, vivir en Europa y, aunque vivo otro tipo de opresiones, estar en una situación privilegiada para generar conocimiento, más cómoda que la de las compañeras travestis. No pretendo beneficiarme ni quitar la capacidad de agencia de estos colectivos (Espinoza, 2009:47). Desde este lugar abordo el presente trabajo investigativo, desde la humildad, desde la construcción de alianzas estratégicas con otros colectivos y desde las distintas construcciones teóricas y creaciones que las subjetividades realizan y aportan a los demás colectivos. La investigación feminista implica romper con moldes establecidos y contruidos desde la mirada patriarcal, enquistadas en los modos del quehacer académico. Una forma de hacerlo es el trabajo investigativo sororo, en red, ético y rebelde.

Por ello me identifico con la propuesta de la compañera Concepción Suarez Aguilar (2021), explicada en una de las charlas del diplomado, de construir alianzas y relaciones equitativas con un mismo nivel de reconocimiento sobre las aportaciones de las sujetas de estudio, en este caso las artistas, quienes generan conocimiento a través de sus obras y con quienes estoy en el proceso de hilvanar micropolíticas (Antivilo, 2021) a partir del accionar académico y activista. Lo anterior surge de un marco ético y de una postura política y teórica que está en sintonía con los feminismos negros, indígenas, antirracistas, descoloniales y transfeministas, los que consideran fundamental comprender la simultaneidad de opresiones que operan desde la codependencia de los sistemas de poder, de clase, raza y sexismo, y actúan desde la imbricación de estas más allá del género. Esto es un factor importante en el horizonte de sentido que he venido dibujando aquí si se considera el proceso de biologización que vive parte del feminismo al interior de la propia academia en España, y que como efecto derrame toma fuerza en territorios del Abya Yala.

su condición de personas travestis y en cuya lucha construyeron una epistemología travesti que Wayar, entre otras, continúan trabajando.

Hasta aquí *sentipienso* que lo que escribo es éticamente correcto, es sororo, está lleno de buenas intenciones. Sin embargo, me pregunto, ¿en un contexto mundial pospandemia que ha potenciado las ideas extremistas de la derecha, que ha empobrecido a las personas, que nos ha atravesado psicológica y emocionalmente, cómo podemos activar y poner en marcha estas estrategias de acción conjunta? El papel lo soporta todo, dicen por ahí. El camino a un infierno terrenal y real está hecho de buenas intenciones, por lo que querer no alcanza. Entonces, ¿cómo se ejecuta el accionar desobediente? Se sabe que es necesaria la rebeldía. Por lo pronto, he encontrado respuestas en las formas metodológicas y en los enfoques que las compañeras, profesoras y académicas compartieron durante las charlas y a través de sus trabajos escritos, en los que proporcionan algunas herramientas con ejemplos concretos sobre sus investigaciones, como Ochy Curiel y su tesis sobre la situación de la comunidad haitiana en República Dominicana (2019). Por mi parte, asumo el compromiso político de utilizar herramientas metodológicas y seleccionar temas de investigación y formas de abordarlos comprometidos con la transformación social, un modo de actuar en un contexto donde la academia europea blanca me exige la formalidad propia de este *cistema*.²⁰

Considero que la política del goce, recomendada por Julia Antivilo (2021), es una práctica fundamental durante el proceso investigativo y de exploración de las acciones propuestas por las productoras de conocimiento que he elegido para el corpus teórico de mi tesis. Marlene Wayar, por ejemplo, propone la desobediencia en el “devenir identitario” de ser travesti. “Que otros sean lo normal”, dice ante el *cistema* que se impone desde el ordenamiento patriarcal, inspirada en el poema de Susy Shock. Reivindica su derecho a ser un monstruo y, desde esa reivindicación, yo también reconozco la necesidad de habitar desde la no normatividad y elijo que otros sean lo normal.

Me apropio de la práctica del goce para habitar la investigación, para el autocuidado vital y para la producción de conocimiento en un contexto de cierto privilegio. Mi reflexión y postura del goce intenta poner en tensión las exigencias de productividad propias del sistema capitalista, la imposición de ser funcionales en tiempos y formas que imponen las reglas neoliberales. Soy consciente de que las prácticas de eficiencia y de máximo rendimiento se enraízan en un modelo de socialización en el que las subjetividades femeninas y feminizadas aprendimos y aprendemos constantemente que debemos agradecer, que solo sirve lo que nos cuesta sacri-

²⁰ Utilizo la *c* en referencia al prefijo latino *cis*: “de este lado”, para hacer referencia a quienes no traspasan los marcos genéricos binarios asignados al nacer.

ficio y tortura, que lo que no duele no vale la pena y otras creencias construidas desde la perspectiva judeo-cristiana e instaladas en un inconsciente colectivo colonial, al que pongo en cuestionamiento y que intento deconstruir y transformar, pero sobre todo, del que quiero liberarme.

Ante estas prácticas agotadoras y alienantes, insisto en el goce, en el autocuidado y en la construcción de vínculos sororos en un ámbito de extrema soledad como es la investigación, situación que se acentúa con el paso al formato virtual en tiempos de escasa socialización dentro de la universidad. Insisto en la necesidad de construir alianzas con otras colectivas. Sé que es una tarea difícil y agotadora debido a los tiempos que vivimos de prácticas individualistas y encarnadas en nuestras subjetividades, pues cada día los medios de (in)comunicación las transmiten como parte de un proceso de domesticación. En este contexto, las posturas irreverentes de un feminismo desacralizado que rompa con mandatos del feminismo hegemónico son fundamentales. Valores como la sororidad, la acción colectiva y comunitaria del tiempo de nuestras ancestas deben reincorporarse a las prácticas cotidianas. Repito, cuesta articularlas, lo experimento en este lado del mundo donde en las clases o en los encuentros de café o de “cañas” todo es posible, pero al momento de llevar las ideas a la acción, las compañeras se encuentran cansadas, tienen miedo de romper ciertas reglas y, sobre todo, temen salir de la norma. Vuelvo sobre el elefante blanco que somete las mentes y los sentires de todas, entre ellas mis compañeras europeas, ante el poder de lo institucional, de lo normado, cuya larga lista de enunciaciones de civismo nos somete incluso a informar y pedir permiso para hacer una manifestación. Me sorprendí de este hecho cuando en marzo del 2020 me enteré de que había que pedir permiso a la policía para realizar las acciones del 8M. Este hecho ejemplifica que las armas del patriarcado tienen nuestras emociones y accionar colonizados, por eso el goce se convierte en un acto revolucionario.

La importancia de hilvanar nuevos diálogos

Natalia Cabanillas (2015) me llevó a replantear las voces con las que quiero dialogar en mi investigación para generar conocimiento localizado y me hizo ver cómo este se puede encontrar a partir del vínculo intersubjetivo con generadoras de conocimiento fuera de la academia si se escucha la multiplicidad de voces autorizadas desde su conocimiento situado. Su trabajo de tesis la llevó a dialogar con las mujeres activistas negras con las que convivió durante la realización de su investigación en África, por eso escucharla y leerla me llevó a reflexionar sobre la necesi-

dad de visibilizar las voces autorizadas por su experiencia encarnada, que han construido un camino y saberes desde los márgenes.

Revisar bibliografía de creadores de conocimiento desobedientes me permitió iniciar el diálogo e incluir las voces de Abya Yala que indagan en las distintas formas de construcción de las identidades sexo-genéricas fuera de la matriz hegemónica y posicionadas en un hacer intelectual antirracista, antifascista y anticapitalista. La prolífica María Galindo (Bolivia) es una de ellas. Artista radical y activista de la colectiva Mujeres Creando, trabaja la genealogía de las disidencias sexo-genéricas de Abya Yala desde antes de la invasión española en los territorios que corresponden con los andes bolivianos. Con sus aportes —pruebas lingüísticas, arqueológicas, crónicas, jurídicas y eclesiales encontradas en esas zonas— desarma los discursos de la academia respecto a las teorías de género sobre la diversidad sexo-genérica como producto de las posturas neoliberales.

En el libro *Transfeminismo o Barbarie* (2020), de varios autores, Galindo profundiza en la genealogía transprecolombina para dar cuenta de que de norte a sur ya habitaban las diversidades identitarias y que el binarismo genérico fue introducido en Abya Yala como parte de un proyecto colonial articulado por medio de los procesos de evangelización. Con un análisis de las matrices de opresión existentes en el sometimiento hacia las comunidades indígenas, la autora abre la discusión sobre la forma en las que esas matrices se han instalado en las estructuras socioculturales y permanecen en las comunidades andinas de Bolivia, experiencia que se puede extrapolar a otras comunidades colonizadas en Latinoamérica. Galindo reivindica la alianza de “indias, putas y lesbianas” desde Mujeres Creando y articula su conocimiento político, literario y filosófico con prácticas y saberes subalternos al realizar acciones artísticas indisciplinadas fuera de los espacios tradicionales y llevándolas a la calle. Desde una postura de permanente crítica y anarquismo punk, cuestiona la lucha feminista con innumerables performances que ha realizado con grafitis pintados en las calles de La Paz, así como con intervenciones en canales de televisión durante la emisión de programas en vivo y en directo como forma de protesta ante manifestaciones misóginas por parte de ciertas figuras reconocidas de los medios de comunicación de Bolivia. La forma en la que articula sus obras artísticas sobre las “otredades” al crear nexos con la raza (indígena), el género (putas, lesbianas, travestis y personas no binarias) y la clase genera tensión permanente con el concepto de lo normal e intenta descolonizar lo extraño o raro mediante sus obras, tal como lo realizan las performanceras argentinas y españolas que forman parte de mi investigación.

El trabajo de la performancera mexicana Odette Fajardo (2019), presentado en una de las charlas del diplomado, utiliza la experiencia de duelo ante la muerte de su padre y el *performance art* para generar epistemología y gestionar el dolor. Su propuesta me permitió profundizar en los aspectos teóricos y sensoriales sobre mi propia investigación. Ella realiza acciones y exploraciones autoetnográficas desde un enfoque feminista; su obra transmite la potencia propia del saber encarnado, del conocimiento situado y ofrece, desde la acción artística, un poder de reverberación que saca del protagonismo el saber racional e intelectual como único modo de construir saberes.

Las prácticas escénicas y las acciones artísticas desobedientes que forman el corpus de mi investigación exponen una variedad de propuestas que rompen con la norma sexo-genérica a través de sus devenires desidentitarios (Bevacqua, 2020). Mi propuesta, que incluye el uso del *performance art* como herramienta y como elemento de análisis, se convierte en otra acción rebelde que me permite dialogar con las obras elegidas y con sus creadoras, autoras de una práctica disidente que tira abajo la cuarta pared, con la aparición de cuerpos irreverentes y de voces que rompen con la norma del *cistema*. El uso del cuerpo y de la experiencia encarnada como una vía de conocimiento como la que exploró Effy Beth con la extracción de su sangre y de su transformación en su corta vida son ejemplo, así como lo es el trabajo de Fajardo y la experiencia dolorosa ante la muerte de un ser querido.

Unidas para desarticular nuestro inconsciente colonial

Confío en la posibilidad de tejer redes en estos espacios académicos del Sur y de hacer realidad la posibilidad de sostenernos incluso en la distancia; de acompañarnos y de compartir nuestros saberes como forma de llevar adelante la victoria de la V de la *rebeldía*, que creo que nos ha inspirado a todas. Ojalá que permanezca encendida como la llama de la antorcha de las olimpiadas y mantenga caliente nuestros corazones y nuestros sentidos, dándonos la energía para continuar con esta experiencia y con la construcción de conocimiento en comunidad.

Elijo ser optimista como compromiso político; creo que no tengo o tenemos opción. No me refiero al optimismo vaciado de contenido que se ha construido desde improntas neoliberales. Hago referencia al optimismo consciente, político, ético y vinculado con la creación de comunidades feministas anticoloniales, antirracistas y antipatriarcales. Hablo del cuidado y del autocuidado, así como del cariño y del buen trato como alimentos para el cuerpo y los sentimientos. Estoy convencida de que desde este posicionamiento y del hacer cotidiano podemos despojarnos del in-

dividualismo neoliberal que estructura el inconsciente social de todas las personas, incluso de nosotras, ya que llevamos dentro lo que Suely Rolnik (2020) define como el inconsciente colonial-capitalista al referirse a la política del inconsciente dominante en este régimen neoliberal que ataca permanentemente nuestra fuerza vital de creación y de cooperación por medio de distintos dispositivos culturales.

Las acciones artísticas se presentan como alternativa de resistencia y de enorme transformación al promover el movimiento de nuestras pulsiones vitales, de activarlas y de llevar la construcción de saberes creativos a la acción y reflexión. Activar nuestra experiencia sensorial nos permite tramar nuevas redes y diálogos que de algún modo hackean al poder. Y esto es algo que no podemos hacer en soledad. Si bien podemos reflexionar desde nuestras propias subjetividades y experiencias encarnadas, actuar en comunidad rompe con el molde del individualismo neoliberal. Si en el proceso de construirlo aprendemos a construir las micropolíticas sororas, podremos ser más constantes en la reapropiación de nuestra potencia, claro, sin perder de vista que hay momentos en los que toca acompañar y sostener entre todas, como red, a una sola compañera. De este modo, junto con la reflexión y el hacer colectivo, podremos transformar la micropolítica específica del capitalismo que, en palabras de la psicoanalista brasileña, se repite como una melodía constante en nuestra mente y crea esa sensación de malestar, de tristeza y de soledad que solo podemos lidiar a través de un hacer en comunidad.

Con frecuencia escuchamos, o por lo menos yo escucho, un discurso individualista en el que se habla de que el cambio es personal, de que no podemos hacernos cargo del sentir de los demás. Hasta cierto punto es cierto, sin embargo, si no se da la transformación colectiva, es poco lo que podemos lograr individualmente. Hablo de un hacer colectivo yo que la mayor parte del tiempo he transitado sola, como la otra, la nueva y la extranjera en los espacios, acostumbrada a habitarlos desde esa etiqueta, adoptándola y naturalizándola en corporeidad y subjetividad. Y desde ese habitar estoy convencida de la necesidad y posibilidad de construir esos hábitats entre otredades, algo que nos han enseñado a través del trabajo político e ideológico las colectivas travestis argentinas por ejemplo, quienes desde su exilio social construyen epistemología, intervienen en los cambios jurídicos y culturales en una sociedad que todavía transita colonizada y adormecida por el binarismo y el sistema heterosexual.

Quiero finalizar con unas líneas de profundo agradecimiento por la oportunidad de formar parte del diplomado y a las compañeras, además de las docentes, con las que tuve la suerte de compartir tiempo en un espacio virtual y de quienes he aprendido mucho. Albergó la esperanza de que a partir del encuentro inicial

podamos tejer entre todas una red sobre la que podamos saltar sin miedo, con optimismo y siempre desde la *reVeldía*.

Referencias

- Antivilo, J. (5 abril del 2021). Mi cuarto propio en la investigación feminista, charla del diplomado Sembrar rebeldía. Investigación y acción feminista desde el sur. CESMECA-UNICACH. México, <https://nl-nl.facebook.com/Cesmeca/videos/diplomado-sembrar-rebeld%C3%ADa/900910917417647/>.
- Bevacqua, G. (2020). *Deformances. Destellos de una cartografía teatral desobediente*. Buenos Aires: Libretto.
- Cabanillas, N. (23 de marzo del 2021) Feminismo y blanquitud, charla del diplomado Sembrar rebeldía. Investigación y acción feminista desde el sur. CESMECA-UNICACH. México, <https://nl-nl.facebook.com/login/?next=https%3A%2F%2Fnl-nl.facebook.com%2FCesmeca%2Fvideos%2Fdiplomado-sembrar-rebeld%25C3%25ADa-investigaci%25C3%25B3n-y-acci%25C3%25B3n-feminista-desde-el-sur%2F168631708409600%2F>.
- Cuero Montenegro, A. Y. (2019) ¿Es posible una intervención feminista descolonial? Una reflexión desde la experiencia y la práctica política antirracista. En *MILLCAYAC- Revista Digital de Ciencias Sociales*, VI(10), 21-40.
- Fajardo, O. (2021). Mi práctica performática: una autoetnografía anticolonial, charla del diplomado Sembrar rebeldía. Investigación y acción feminista desde el sur. CESMECA-UNICACH, <https://nl-nl.facebook.com/Cesmeca/videos/diplomado-sembrar-rebeld%C3%ADa-investigaci%C3%B3n-y-acci%C3%B3n-feminista-desde-el-sur/138978041521970/>.
- Wayar, M. (2018). *Travesti, una teoría lo suficientemente buena*. Buenos Aires: Muchas Nueces.
- Restrepo, E. (3 de de julio del 2008). What does it mean to do cultural studies in Colombia today? Ponencia presentada en Crossroads Seventh International Cultural Studies Conference University of the West Indies, Kingston.
- Rolnik, S. (2020). Decolonizar el inconsciente. Una conversación sobre micropolítica. Cuerpo académico de las Artes Escénicas de la UMSNH. México, <https://www.youtube.com/watch?v=KOL6-mSVNuI>.

“Irse en floró”:²¹
Dolor, investigación y relevancia visceral

Noemí Melgarejo²²

Es hora de apurarse, de dejar que cada poro de mi cuerpo diga lo que tiene que decir
Mariela Dreyfus

*Una mirada desde la alcantarilla
puede ser una visión del mundo
la rebelión consiste en mirar una rosa
hasta pulverizarse los ojos*
Alejandra Pizarnik

Abril del 2019. Tengo tanta rabia en el cuerpo que no sé cómo canalizarla. Después de tres años de traumas, postergaciones y procesos personales, parece que el miedo ha sido desplazado por la furia, mi furia. Me entero de que Lobo, un excompañero de clases que me acosó sexualmente, será ponente de una conferencia en la universidad que estudiamos. Un recuerdo desagradable se materializa en mi memoria: el momento en que abandoné casi un semestre completo en el último año de la carrera porque no quería verle la cara.

²¹ En Perú la frase “irse en floró” significa decir mucho sobre algún tema. Aunque es un término jocoso, tiene una connotación más negativa que positiva, ya que las mentiras se pueden camuflar ante tanto palabreo. Aquí me apropio del término y le doy la vuelta al usarlo con el sentido de “florear” y construir sentidos desde una perspectiva feminista.

²² Noemí Melgarejo es bachillera en Comunicación Social por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Lima, Perú).

A los pocos meses de su agresión, quise atenuar el impacto de sus acciones con una negociación: le pedí que no compartiésemos clases porque su presencia me afectaba, pero él se negó a hacerlo. Jamás me confrontó, sino que mandó a terceros a que me dijeran que yo no podía moverlo de ahí porque él se había ganado un lugar en dicho centro de estudios. Fue el colmo del descaro. Estaba desesperada pero no iba a rendirme fácilmente, así que acudí a instancias administrativas de mi facultad, expuse mi caso y solicité ayuda. Me dijeron que siguiera el procedimiento formal y que enviara un oficio a la secretaría académica. Lo hice, pero nadie me respondió. Era un documento más que se perdía en el engranaje burocrático, un papel cuyo contenido no era lo suficientemente importante para llegar a su destinatario y obtener una respuesta favorable. La sentencia estaba firmada: tenía que llevar un año académico junto a la persona que me acosó.

Tal panorama me agobiaba y desconcertaba. Compartir clases con Lobo me quitaba la poca paz que tenía. En cierto modo él tenía razón con lo que decía, ya que también había hecho méritos para estudiar en esa universidad pública. La diferencia era que yo no lo había acosado sexualmente y tampoco le había mandado fotos íntimas sin su consentimiento. Así que yo no tenía por qué hacerme a un lado, él tenía que hacerlo. El agresor era él, no yo. Pese a que mi reclamo era legítimo, su prepotencia y cinismo pudieron más. Lo veía en todos lados: asistía puntualmente a clases, participaba activamente en trabajos grupales y ejercía liderazgos. Aguanté el primer semestre, pero no tuve fuerzas para continuar. Renuncié a mi lugar de enunciación y producción de conocimientos a mitad de año. No tuve otra opción.

Vuelvo al póster de su conferencia publicado en redes sociales y los recuerdos todavía golpean mi memoria. Pero ya no tengo 23 años ni ganas de ser empática con él, mucho menos de llegar a un acuerdo. “Si no te quieres largar, lo haremos entre todas”, pienso en voz alta. La arenga feminista: “tocan a una, tocan a todas” retumba desde mi interior y se convierte en mi estandarte.

Hace unos años me sentí desprotegida por los órganos administrativos de mi facultad, ya que nadie hizo nada para evitar mi revictimización. Soporté meses interminables viendo la cara de Lobo y cómo sus amigos se burlaban de mi denuncia por acoso sexual. Incluso vociferaban que él me iba a denunciar por difamación, ya que había dañado su buen nombre y honor. Sin embargo, ahora es diferente: hay vida recorrida y procesos transitados. Además, no estoy sola, tengo una pequeña red de contención que me apoya más allá de lo moral. Entonces decido hablar y también actuar: hacer una denuncia pública en redes sociales y por la vía legal, y desarrollar mi tesis de grado sobre esta problemática.

Lamentablemente, las cosas no salieron como esperaba en el ámbito legal y ese proceso significó un fuerte desgaste psicológico, físico y emocional. Mi salud mental se vio afectada durante el 2019 y, cuando pensaba que las cosas podrían mejorar el 2020, la crisis sanitaria global ocasionada por la COVID-19 fue crucial para replantear prioridades. Definitivamente, impulsar el desarrollo de mi tesis no solo era un proyecto académico para obtener un título profesional, sino también parte de un proceso personal de sanación, ya que la temática principal se relacionaba con mi denuncia por violencia sexual en el ámbito universitario.

La COVID-19 nos golpeó fuerte, pero no nos afectó por igual. Pese al confinamiento obligatorio decretado por el Gobierno para evitar contagios, algunas tuvimos la suerte de llevarnos el trabajo a la casa. Esto implicó el aumento de todo tipo de responsabilidades y la casa pasó de ser un espacio habitado a ser un depósito de frustraciones, dolores y pesares. Una tenía que hacer, deshacer y resolver dentro de esas cuatro paredes. Al igual que muchas otras mujeres investigadoras, no solo tenía que "echar a andar" mi propia vida en medio del encierro, sino desarrollar mi tesis y, sobre todo, mantener vivo el deseo de investigar, de no abortar una vez más el proyecto académico. Pero no iba a ser una tarea sencilla: había que recordar, es decir, "volver a pasar por el corazón" y transitar por el dolor.

Así que el año pasado, a mitad de pandemia, decidí que mi tema de investigación debía tomar impulso a partir de mi experiencia personal, dada la "relevancia visceral"²³ que tenía en mi vida. De modo que puse manos a la obra: preparé un resumen y solicité un asesor de tesis. Cómo va la producción de este trabajo en el 2021 es otro cantar. Si bien en un primer momento no tenía claridad sobre la metodología ni la forma como iba a plantear la problemática de mi tesis, el diplomado "Sembrar rebeldía. Investigación y acción feminista desde el sur" (Cesmecha-Unicach, 2021) me brindó herramientas, ideas e insumos para empezar mi texto desde una perspectiva de investigación feminista.

En ese sentido, plantear una investigación feminista supone un cambio en el "deber ser" académico, ya que va más allá de la estructura convencional de plantear hipótesis, cruzar datos y obtener conclusiones. Se trata de investigar sobre aquello que nos afecta, nos duele y nos hace rabiar; de repensar las afectaciones y politizarlas en el ámbito académico; de hablarlo hasta cansarnos, de "irnos en floró". Lo personal es político y teórico. Eso pretendo: plantear mi in-

²³ Este término es mencionado por el antropólogo Eduardo Restrepo en un texto de Grossberg (2009), donde el autor resalta la importancia de oponerse a las imposiciones de la academia por aislar las propias pasiones en nombre de una objetividad intelectual. Conuerdo con esta premisa y me alegra saber que una investigación desde las vísceras es posible. Lo que siento sí es para tanto.

vestigación como práctica política y no simplemente como trabajo final para obtener la licenciatura.

En la búsqueda de bibliografía me topé con la propuesta de la investigadora y artista Odette Fajardo (2019), quien plantea la importancia de explorar y problematizar el lugar de enunciación, es decir, desde dónde ocurren estas afectaciones. Por ello propone una mirada distinta en el desarrollo de un marco metodológico: la autoetnografía, mediante la cual “el investigador tiene el privilegio y la responsabilidad de ser sujeto y objeto”. Esta metodología encarnada rompe con los postulados académicos de tradición colonialista y hace que la investigación se torne propia, inclusiva y horizontal.

La investigadora Marcela Fernández (2021) también propone algo similar: una epistemología indisciplinada que priorice la experiencia de las mujeres como fuente de conocimiento, le dé validez al conocimiento situado y fomente la objetividad feminista dentro de la investigación. Es decir, una metodología que no se rija según los cánones academicistas u objetivos, sino que nos haga existir en nuestra dimensión humana y política. Somos sujetas que investigamos, pero también podemos ser nuestro propio objeto de estudio.

Los planteamientos de las dos autoras resuenan fuerte en mí, ya que, como investigadora en ebullición, estoy harta de que el sistema académico obligue a los tesisistas a usar a los mismos referentes teóricos gastados e inoportunos solo por mantener las sacrosantas “teorías clásicas”. Existe un apego tóxico a lo clásico a pesar de que los contextos temáticos actuales son muy distintos y de que las metodologías utilizadas aporten poco o nada a la investigación.

Recuerdo que la primera vez que planteé mi tema de investigación a mi asesor de tesis me dijo que le parecía interesante, pero se puso serio cuando le pregunté si podía tomar mi experiencia como base para enunciar. “No, no sería objetivo”, me dijo. En ese tiempo no se lo refuté, solo asentí. Sin embargo, ahora sé que tengo la experiencia, el conocimiento y la agencia para investigar desde la indisciplinada, para sugerir e incluso crear categorías metodológicas.

Voy a dar la pelea para que mi experiencia personal se considere lo suficientemente relevante como investigación, pues como indican Odette Fajardo (2021) y Marcela Fernández (2021), no hay una forma única o correcta de hacer teoría. Además, narrarnos a nosotras mismas, “irnos en flor” con las tripas expuestas, es una construcción contrahegemónica de sentidos. Sí se puede, sí es suficiente y sí se va a transformar.

Referencias

- Fajardo, O. (2019). *Performance por la lejana muerte de mi padre: autoetnografía artística y descolonial desde mi cuerpo migrante*. Tesis de doctorado. Universitat Politècnica de València.
- Fernández, M. (2021). *Una metodología militante: "Parar para pensar"*, en *LiminaR. Estudios Sociales y Humanísticos*, vol. XIX, núm. 1, enero-junio, pp. 17-29.
- Grossberg, L. (2009). *El corazón de los estudios culturales: contextualidad, construccionismo y complejidad*, en *Tabula Rasa*, núm. 10, enero-junio, Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca, pp. 13-48.

***En nuestros propios términos.
Disputa cotidiana por categorías, conceptos y palabras
para nombrar, comprender y transformar —hacia la
emancipación— la realidad social desde un feminismo
contrahegemónico***

Amalfi Cerpa Jiménez

*El viejo mundo muere; el nuevo, tarda en aparecer
y, en ese claroscuro, surgen los monstruos [...].*

Antonio Gramsci

*No. No aceptes lo habitual como cosa natural.
Porque en tiempos de desorden, de confusión organizada,
de humanidad deshumanizada, nada debe parecer natural.*

Nada debe parecer[nos] imposible de cambiar.

Bertolt Brecht

El presente texto es resultado de mi participación en dos *webinarios*: el primero, “La educación se transforma por los derechos y la igualdad de niñas y mujeres”, charla virtual organizada por la Secretaría de Educación de Bogotá y la Red de Docentes por la Equidad de Género (REDEG), el 5 de marzo del 2021,²⁴ el segundo, “Las educaciones populares en los géneros y feminismos”, espacio de reflexión pedagógica de la Plataforma Movilización Social por la Educación, al que fui invitada por mi compañera del Movimiento Expedición Pedagógica Nacional (MEPN), Stella Cárdenas, el 6 de marzo del 2021.²⁵ Apalabrar en voz alta, dos veces seguidas, algunas de las inquietudes de mi cotidianidad docente, hace imposible ocultar la molestia que me causa tener que defender nuestro derecho a ser parte de

²⁴ Véase la página de Facebook: <https://www.facebook.com/Educacionbogota/videos/462936614840246>.

²⁵ Véase el video en YouTube: <https://www.youtube.com/watch?v=GDlpIynZKoM>.

lo simbólico y simbolizado en el lenguaje, de ahí cierto tono de sorna dubitativa que me acompaña en este escrito.

En mi experiencia en la escuela, como docente, he sentido que los derechos de las mujeres se viven con muchas contradicciones y paradojas; hemos avanzado tanto y a la vez tan poco. Aparentemente vivimos en sociedades con derechos, pero nos siguen matando por ser mujeres; claro, antes de matarnos nos humillan, nos acosan laboral y sexualmente, nos menosprecian, silencian nuestras voces y nos excluyen de lo simbólico. Así, parece terrible decir “todas y todos” y todavía se prefiere la palabra *hombre* para referirse a la humanidad, pero jamás se usaría *mujer* en un sentido similar. Por si eso no fuera suficiente, en el gremio encontramos compañeros “muy evolucionados” que afirman que hablar de feminicidios es atizar el odio contra los hombres, porque “la verdad es que la cantidad de hombres que mueren es mayor que el número de mujeres, por lo cual se puede afirmar que hay masculinocidios” y, rematan en tono perentorio, “si fueran verdaderas feministas, lo aceptarían”.

La descalificación es una constante; sin embargo, la vida es más dialéctica que la dialéctica y en la escuela también encontramos afectos y solidaridades en nuestras luchas cotidianas por otros mundos posibles. Hay estudiantes que nos impulsan a seguir, que se sorprenden al entender cómo se *multitransseccionan* las discriminaciones, no solo las de sexo-género, como la misoginia naturalizada, sino también el racismo, el etarismo (por adultocentrismo o por viejismo), el clasismo y otras *geodiscriminaciones* que se hacen patentes en los cuerpos de mujeres (niñas, jóvenes y adultas) y otras personas ubicadas, sin importar sus preferencias sexuales, en el lugar de lo feminizado, de lo “pordebajado”, de lo aplazado... un lugar que, sin embargo, se ha convertido en parte de nuestras fortalezas: el cuidado y el autocuidado, para mí, elementos fundamentales de lo que Amaia Pérez (2004, 2017) denomina “sostenibilidad de la vida”, vida que debería estar en el centro de los procesos de enseñanza-aprendizaje.

Pienso y siento que al ubicar lo feminizado, lo “pordebajado”, lo aplazado, en el centro de la educación, quizá podamos ayudar a romper con la tradición androcentrista de producción y validación de conocimientos. Esa que se declara objetiva científicamente y neutral políticamente, pero que en realidad no es ni lo uno ni lo otro, pues sirve a la naturalización del sistema heteropatriarcal que tantas desdichas ha prodigado a la humanidad entera y a la mujeres y personas feminizadas, racializadas, empobrecidas, *geodiscriminadas*, en particular. Quizá podamos aportar a la comprensión de que la apuesta feminista de “lo personal es político” es fundamental para desaprender cotidianamente la naturalización del machismo, como parte de la construcción de una vida que merezca la pena ser vivida. Es por esto

que quienes apostamos por la educación como praxis política ponemos nuestras *cuerpas acuerpándonos* para que el proceso educativo sea dialógico y, cada vez más, en defensa de la vida.

De esta manera, tal vez comprendamos que luchamos para lograr que la escuela no sea un espacio de aprendizaje para la vida, sino que se convierta en la vida misma; que vamos a la escuela a saber cómo sentirnos cada día mejores seres humanos, personas respetuosas de las diferencias pero contrarias, profundamente contrarias, a discriminaciones e injusticias; cuidadoras de nuestros entornos, complejas, contradictorias, empáticas, respetuosas, responsables, solidarias. De ahí mis cuestionamientos a que el 8 de marzo se haya transformado en el día del género o de la mujer para que hombres, en general, maltratadores de todos los pelambres, puedan regalar flores y chocolates, lo que ha despojado a la fecha de su sentido de conmemoración de las luchas de mujeres trabajadoras. También mi pregunta a Freire: “¿y las opimidas, mi querido Paulinho, y las oprimidas?”, ante su afirmación, de que

[...] la pedagogía del oprimido, como pedagogía humanista y liberadora, tendrá, pues, dos momentos distintos aunque interrelacionados. El primero, en el cual los oprimidos van descubriendo el mundo de la opresión y se van comprometiendo, en la praxis, con su transformación y, el segundo, en que una vez transformada la realidad opresora, esta pedagogía deja de ser del oprimido y pasa a ser la pedagogía de los hombres en proceso de permanente liberación (Freire, 2005: 55).

Yo, que me cuento entre esas últimas, siento la necesidad de expresar que hablo-escrivo desde el espacio-tiempo de mi *cuerpa*, como eterna aprehendiente-enseñante, en permanente *code(re)construcción*, dado que estoy convencida, gracias a la herencia dicharachera de mi mamá, de que “quien nada tiene que aprender, poco tiene para enseñar”. Hablo-escrivo desde mi participación en el Círculo de Pedagogías Emancipadoras (CIPEM), en el Movimiento Expedición Pedagógica Nacional (MEPN) y en la Red de Docentes por la Equidad de Género (REDEG), motivándome y tratando de motivar a otras maestras a responsabilizarnos del liderazgo de nuestra profesión feminizada, mediante la reflexión y la sistematización de nuestras prácticas, para transformarlas en experiencias militantes, pedagógicas y feministas. En esas tres redes docentes siempre encuentro una compañera con la cual contar, aunque no nos veamos muy seguido.

Cada red tiene sus particularidades: el CIPEM es el abrazo pedagógico semanal, de cada sábado en la noche; el MEPN es una expedición colectiva a través de las ex-

perencias de otrxs docentes en las distintas regiones de Colombia, con lo cual hemos convertido el viaje en formas y lógicas distintas de investigación, construcción y validación de conocimientos y saberes. Por su parte, la REDEG es un espacio colectivo integrado por docentes de instituciones educativas distritales oficiales, en donde buscamos contribuir con transformaciones curriculares y de prácticas pedagógicas que posibiliten la implementación de la política pública de mujeres y de equidad de género en la educación en Bogotá, D.C.

Como integrante de esas y otras redes docentes, dada mi historia de vida (hija de mujer negra, afrodescendiente, analfabeta, dicharachera y creativa), formación académica y apuesta política, feminista, de defensa de la educación pública, uno de los empeños permanentes de mi praxis es cómo —desde nuestra cotidianidad— agrietamos la institucionalidad hegemónica para lograr la emancipación social, personal y colectiva; tratando de entender cómo hacer que la sostenibilidad de la vida sea un asunto entendido y acordado entre las personas de nuestros entornos cercanos, cómo romper con la naturalización de la feminización de los cuidados, cómo cuidarnos y cuidar el entorno ambiental y social, cómo hacernos entender que quien diga no tener tiempo de participar en las actividades para sostener la vida —y sí puede hacerlo— tampoco debería tener tiempo para comer.

En ese sentido, me refiero al tiempo como un invento humano que alcanza para lo que cada persona defina como prioritario. Y, como solo tenemos este tiempo, nuestro tiempo, considero que debemos hacer la apuesta para la construcción y validación de conocimientos y saberes desde otros sentires, fuera de la lógica heteropatriarcal androcéntrica que finge objetividad científica y neutralidad política. No debemos olvidar que “el patriarcado es un juez / que nos juzga por nacer / y nuestro castigo / es la violencia que no ves [...]”;²⁶ no obstante esa realidad, “nos sembraron miedo / nos crecieron, alas [...]”.²⁷ Nuestra apuesta va más allá de ese fingimiento neutro-objetivista y se enmarca en los saberes populares que siempre están en disputa, como lo están los conceptos. Y no es una disputa inocente, es política. Por ejemplo, la palabra *ñera(o)*, de *compañera(o)*, ha sido denostada como sinó-

²⁶ Performance *Un violador en tu camino*, del grupo LASTESIS, un colectivo interdisciplinario de mujeres chilenas —integrado por Sibila Sotomayor y Daffne Valdés, de artes escénicas; Paula Cometa Stange, de diseño e historia, y Lea Cáceres, de diseño de vestuario— que popularizan categorías, conceptos y apuestas políticas feministas como parte de sus investigaciones académicas y militancia de lucha.

²⁷ *Canción sin miedo*, compuesta por Vivir Quintana, con arreglos vocales de Paz Court, cantada por la compositora Mon Laferte junto con el colectivo El Palomar (véase en https://www.youtube.com/watch?v=_J_V4WFPTzo), “grupo itinerante de más de 60 cantautoras de diferentes partes de Latinoamérica radicadas en [Ciudad de México]”, en “El palomar: el colectivo de más de 60 cantautoras”, *TimeOut*, <https://www.timeoutmexico.mx/ciudad-de-mexico/musica/el-palomar-el-colectivo-de-mas-de-60-cantautoras>.

nimo de *gamín*²⁸ para indicar desprecio en un país de eufemismos despreciativos donde mediante el lenguaje se practica una carnicería verbal al llamar “desechables” a ciertas personas; país donde además la élite se da el lujo de “catalogarnos” en estratos, sin ningún pudor, como mercancías de alguna, poca o ninguna, monta según sean los intereses. ¡Ni qué decir de la carnicería material! Uso el ejemplo de *ñera(o)* porque el menosprecio que implica tiene que ver con que *compañera(o)* es un término que se usa entre personas que se consideran de izquierda, políticamente hablando. La denostación presente “popularizada” con esta y otras palabras hace parte del entramado de construcción simbólica discriminatorio y profundamente injusto, muy común y naturalizado en la cotidianidad del lenguaje.

Así, en tiempo de confinamiento por pandemia, o sin éste, lo simbólico del lenguaje construye realidades tanto como las realidades construyen los lenguajes. La comunicación dialógica, esa a la que Freire daba tanta relevancia, es parte fundamental de la disputa en lo simbólico, lo imaginario y lo real. La lucha por otros mundos posibles se da en todos los espacios de la vida. El feminismo se ha transformado en feminismos y no es cosa menor. La educación popular se pluraliza no por moda, sino por un esfuerzo de inclusión de la diversidad que nos atraviesa. La educación popular entra en la escuela formal como manera de horadar —en lo cotidiano— la institucionalidad burguesa, capitalista, misógina, heteropatriarcal, racista, etarista, *geodiscriminadora*, que se reproduce en esa misma intitucionalidad.

La educación popular, a la que me refiero, apoya y se apoya en los feminismos y en categorías como la de *género*, en esa inevitable *multitransseccionalidad* de opresiones a las que nos enfrentamos las mayorías que producimos las riquezas materiales e inmateriales en una lucha constante por nuestro derecho a disfrutarlas. Los planteamientos de Paulo Freire son objeto de disputa porque la institucionalidad dominante busca, de muchas maneras, “apropiárselos” para vaciarlos de sentido, como ha hecho y hace con la categoría de género y otras construidas por muchas feministas. Freire, en sus planteamientos, prácticas y praxis, como apuestas políticas, muestra que solo en la cotidianidad y en colectivo podremos romper con el sistema capitalista, misógino, heteropatriarcal, racista, etarista, *geodiscriminador*. Para ello es imprescindible la apuesta pedagógica como política de vida contra la necropolítica de la élite hegemónica y como proceso de enseñanza-aprendizaje simultáneo de lucha contra discriminaciones e injusticias que esa élite y sus áulicos cometen con-

²⁸En Colombia esta palabra es a su vez otro despreciativo usado para referirse a las personas que viven en las calles, a quienes se les considera ladronas, holgazanas, sin oficio.

tra las mayorías trabajadoras, al birlarnos y esquilmar nos nuestro derecho al disfrute de una vida digna.

En esa disputa hay coincidencias y distancias entre lo que Freire plantea y las ideas, prácticas, praxis y experiencias feministas que comparto, lo que lleva a contextualizar los procesos de enseñanza-aprendizaje dentro y fuera de la escuela. Esa escuela que “no es para la vida sino que es la vida misma”, en el sentido “freiriano” de la pedagogía como apuesta política que incluye claramente lo que se es, se siente y se piensa, no para postergar la vivencia, sino para hacerla realidad en el día a día escolar y tratar en ella eso que nos convoca: sueños y angustias, luchas contra las injusticias, risas y tristezas... todo aquello que nos conmueve hasta las lágrimas.

En consecuencia, mi mayor homenaje a Freire es no convertirlo en un mito, algo a lo que él claramente se opuso en vida —convertirse en mito—, con la idea de que la mejor manera de seguirlo es la creación a partir de sus propuestas, según sea el contexto en el que se desarrollen los procesos educativos, como apuestas emancipadoras que son. De esta forma entiendo a Freire y su pedagogía de la pregunta, de la indignación, de la esperanza, de la autonomía, del diálogo constante, que no esquiva los conflictos propios de la vida, sino que busca entenderlos para resolverlos, para lograr la educación como práctica de libertad. Se trata de una pedagogía del oprimido que entiende la opresión, pero, ante todo, que lucha para aportar a la emancipación social, en lo particular y colectivo, sin anacronismo y sin dogmatismos.

Es decir, si bien las apuestas de Freire estuvieron marcadas por ideales católicos, impulsores e impulsados por la llamada teología de la liberación, es mi responsabilidad cuestionar cuánto de emancipación pero también de conservadurismo y soporte de este sistema injusto se cuelan en dichas enseñanzas religiosas, adobadas con ideas marxistas, más allá de la voluntad de quienes las impulsan. Entender, por ejemplo, que para mí no es que el sistema instala en las creencias cristianas el binarismo dualista excluyente heterosexista, sino que esas creencias impuestas desde la colonización europea hacen parte del soporte de ese sistema dominante que coloca lo masculino y masculinizado en el lugar de lo preponderante, y lo femenino y feminizado en el lugar de lo deleznable, con todas las consecuencias que implica para nuestros cuerpos, para nuestras *cuerpas*, para nuestras vidas.

Por lo antes dicho, aunque echo en falta la mención del feminismo —como politización de lo femenino y/o feminizado— en alguien tan comprometido como Freire entiendo por qué sucede. No niego que hay vasos comunicantes entre sus postulados y los de algunos feminismos y feministas, pero problematizo el hecho de que haya reflexionado tan poco sobre las oprimidas, casi siempre en condiciones de desventaja frente a opresoras, opresores y oprimidos. De ahí la necesaria disputa

por los términos y sentidos de las categorías, más allá de sus significantes y significados, con los que nominamos las realidades sociales, porque, como afirmaba Freire: “la ideología dominante no solo opaca la realidad sino que también nos vuelve miopes para [que no podamos] ver[la] claramente[...]” (2002: 12). Dicha miopía lleva a algunas personas a confundir categorías, conceptos, palabras y términos con la realidad que nominan, o a reemplazar la lucha por la emancipación con un catálogo de estas y estos. Tal disputa es necesaria porque, incluso en las apuestas de liberación y en el ejercicio de nuestras libertades, mucho del *leitmotiv* de los dominadores, que nos inoculan desde que nacemos, puede estar presente.

Lo anterior acontece, por ejemplo, con el mito religioso judeo-cristiano impuesto como dogma inmutable desde la colonización europea y hecho carne en la mayoría de la sociedad, aunque haya adaptaciones “progresistas” como la “teología de la liberación”, que, al igual que “feministas católicas”, son contradicciones irresolubles en la teoría pero entendibles en la práctica, al darles otros sentidos, significados y significantes. Ambas están en tensión con el deber ser feminista en abstracto, dado que en principio el feminismo, para ser tal, está obligado a romper con la *teológica* dominante, en la cual, así sea a contrapelo, entran la “teología de la liberación” y las “feministas católicas”, que al mismo tiempo hacen parte de los movimientos sociales no dominantes. De ahí la importancia de la contextualización como parte de esa disputa entre lo hegemónico y lo contrahegemónico emancipador.

Algo similar, aunque en sentido contrario, ocurre con categorías como *género*, cuya conceptualización supuso un avance en las luchas feministas, pero hace ya algún tiempo se somete a debate porque, en el proceso de nominar una realidad social y dar paso a su transformación, ha sido objeto de disputa con la institucionalidad dominante y esta se las ha ido apropiando para vaciarla de su sentido político emancipador. Algunas feministas pensamos que, por ejemplo, al llegar a las universidades la categoría *género* sirvió para “ocultar” bajo el tapete a las mujeres, como concepto problemático, en tanto reclamantes de derechos como sujetas políticas sociales, más allá de que la categoría *mujeres* también es problemática, cuando no se contextualiza y no se ve que en su interior hay diferencias y relaciones de poder que no siempre son bien entendidas.

Las mujeres no están todas y en todas partes sometidas a las mismas discriminaciones e injusticias, así compartan en forma general las referentes a sexo-género, como construcciones sociales. Es decir, no puede concebirse de la misma manera a una mujer blanca, capitalista, académica en los Estados Unidos, que a una mujer negra y otra indígena, habitantes de una barriada popular en nuestros países, con familia extendida u otras personas de su comunidad de origen carentes de servicios

básicos, que luchan contra el capitalismo como forma de sobrevivencia, desempleadas o con trabajos informales como domésticas en la casa de otra mujer mestiza, quien sí pudo estudiar, está empleada y vive en un conjunto residencial de clase media. Es posible que todas sean feministas y cuando se dice “huelga de mujeres”, la entiendan, sientan y decidan de distinta manera, no solo porque las opresiones sean distintas, sino porque su conciencia política de la realidad particular y colectiva es distinta. Por ejemplo, la primera seguramente no es anticapitalista, ni antirracista y para ella estarán bien las reformas que se le hagan a este sistema como maquillaje de la realidad. Es probable que tenga una empleada, inmigrante e ilegal a la que explota sin miramientos y a quien, posiblemente, echará a la calle cuando envejezca y ya no rinda todo lo que ella como patrona espera; algo similar puede hacer la mujer de clase media empleadora de la indígena o de la negra. A esto es a lo que me refiero con *geodiscriminación*, no tanto por su localización geográfica sino por la geopolítica o geolocalización discriminatoria específica en el cuerpo o la *cuerpa* de determinadas personas, en especial ciertas mujeres.

Feminismo o incluso *feminismos*, son conceptos en disputa entre la élite dominante y quienes luchamos por la emancipación, aunque no todas hagamos parte consciente del bloque contrahegemónico, como mayoría social, en él nos encontramos feministas descoloniales y feministas separatistas, aceptemos o no la lucha en mixtura. No se trata de pluralizar para incluir, se trata de la apuesta política que motiva el hecho de la disputa conceptual como parte de la lucha por la emancipación. El lenguaje incluyente no es cosa menor, no es una bobería de quienes no entendemos la búsqueda constante de la economía de esfuerzos. Entendemos tanto de economía que sugerimos economizar palabras a quienes les parezca muy jarto decir “todas y todos” y decir “todas” y ya. La feminización del lenguaje hace parte de las disputas políticas por romper con la normatividad obligatoria que invisibiliza simbólicamente a las mujeres y a otras personas feminizadas, con graves consecuencias para nuestra vida material e inmaterial.

La educación popular se cruza con muchas de las prácticas, praxis, experiencias y apuestas políticas feministas. Decía Freire que “la tarea de enseñar es una tarea profesional que exige amorosidad, creatividad, competencia científica, pero rechaza la estrechez científicista que exige la capacidad de luchar por la libertad sin la cual la propia tarea perece [...]”, (2002: 9). Ser feminista es una manera de asumir mi labor pedagógica, una forma extrema de amar este planeta, condensada en mi apuesta política por aprender enseñando y enseñar aprendiendo a saber cómo sentirnos cada día mejores seres humanos. Esa es, para mí, la meta principal

de la educación emancipadora. Es mi manera de luchar contra la socialización de culpas y las pérdidas, que hacen las élites dominantes, mientras privatizan y disfrutan las ganancias materiales e inmateriales de nuestro trabajo. La educación pública es una ganancia social, de ahí el afán privatizador de esas élites gobernantes, que desafortunadamente cuentan con el respaldo consciente o inconsciente de no pocas personas de los sectores populares y de muchas y muchos docentes estatales.

La pandemia ha hecho imposible seguir ocultando esta injusta realidad social y ha develado la necesidad urgente de construir nuevas relaciones de poder. Cuando empezó, justo estábamos en un repunte y proceso de visibilización, aunque forzada, de las luchas feministas y de otros sectores sociales en todo el continente; entonces desnudó al sistema en su absurda lógica de sobreexplotación de la naturaleza y de la humanidad, de sobrevaloración de la vida de las élites y desprecio por las personas de los sectores populares, quienes han revalorado la escuela pública, vilipendiada y saqueada, como espacio de afectos que se extrañan, de relaciones difíciles que nos construyen como personas.

Es innegable que la labor docente ha debido recuperar su sentido pedagógico como acción política que dignifica la vida. No importan las dificultades, muchas y muchos docentes hemos apostado por seguir aportando a la emancipación; desde nuestras trincheras educativas —colectivas, redes, equipos—, hemos procurado acompañarnos y debatir sobre la mejor manera de salir del cumplimiento de la educación tradicional para integrar las enseñanzas-aprendizajes de la educación popular y las pedagogías críticas y resignificar el sentido de la educación pública como trinchera de lucha contra tanta ignominia social. Pero tales reflexiones pedagógicas tienen sentidos y consecuencias distintas dentro de nuestro gremio feminizado. Con el confinamiento por la pandemia, por ejemplo, muchas maestras se han visto sometidas a una sobrecarga de trabajo académico y, aunque algo similar sucede a compañeros docentes, ellas “deben” asumir las labores de cuidados, las cuales se agravan y aumentan las dificultades “normales” de la convivencia cotidiana, porque, en general, “se discute con quien se vive”, más aún cuando las parejas son “luz pa’ la calle y oscuridad pa’ la casa”. Ellos también son profes, muy amables, muy queridos con todas y todos, pero educados en la lógica formal e informal que nos enseña que el trabajo hecho por ellos, aún en casa, merece respeto, mientras que el de ellas es una extensión más de “sus obligaciones” de cuidado, con el agravante de ser culpadas si se procuran autocuidados. En la situación descrita, realidad de muchas, desafortunadamente reflexión de pocas, hay harto por desaprender y no es fácil para las personas involucradas; sin embargo, es más difícil para ellas porque

sus labores están en el lugar de lo aplazable, de lo cuestionable, de lo delegable, de lo deleznable, sobre todo si se salen del *deber-ser-mujer*: cuidadosas y cuidadoras, cariñosas, abnegadas, dóciles, sumisas, aguantadoras, calladas, conformes.

El confinamiento ha agravado la violencia contra mujeres, niñas, niños, jóvenes y demás seres colocados en el lugar de lo feminizado, en especial, contra aquellas y aquellos que conviven con personas maltratadoras, en su mayoría hombres. Los feminicidios se han disparado en casi todos los lugares del mundo, especialmente en nuestros países. Cuando las feministas decimos *feminicidios* no negamos que los hombres también sean asesinados, sino que afirmamos que a las mujeres se nos mata por misoginia, por considerar que nuestros cuerpos son siempre propiedad de alguien: del *pater noster*, del *pater familias*. De ahí viene el concepto de patriarcado, de ahí mi afirmación de que en este sistema hegemónico, sobre la *bio-lógica* de discriminación se impone una *teo-lógica* que es más difícil de desenmascarar.

Cuando alguien que tiene un capital cultural afirma que las feministas odiamos a los hombres y negamos que hay “masculinocidios” o “que los verdaderos feminismos —entre los que él o ella se incluyen— aceptan que los hay” queda claro que la disputa conceptual no es un problema de invención de conceptos sino de realidad social. A los hombres no los matamos las mujeres, ni otros hombres, por ser hombres; mientras que sí hay hombres que a las mujeres nos matan por ser mujeres, de donde se deduce que no existe el masculinocidio, y que hablar de éste agrava los prejuicios de género. La misoginia disimulada no logra esconder el hecho flagrante de que, en general, en esta sociedad, si una mujer ve un grupo de hombres, posiblemente, como dijo una estudiante del Colegio Rural Pasquilla, “debe cambiarse de andén” o “persignarse si es creyente y arrancar a correr, lo sea o no”, digo yo.

Se hace entonces necesario participar desde nuestra cotidianidad en la disputa por categorías, conceptos y palabras para —en nuestros propios términos— nombrar, comprender y transformar la realidad hacia la emancipación social, individual y colectiva. Esto como parte de nuestras apuestas para la construcción de otros mundos posibles, de respeto, responsabilidad y solidaridad, donde se rompa con la colonialidad en todos los aspectos de nuestras vidas, como parte de la vida del planeta y donde, en mi paráfrasis de Yayo Herrero (2013), pasemos del egocentrismo a la *ecointerdependencia* de la vida para, sin soslayar su complejidad, aportar a su sostenibilidad, comprensión y transformación, cotidiana e integral.

La vida de la que he venido hablando en todo este texto es una en la que no se nos robe, ni le robemos a nadie, el presente en nombre de un futuro prefabricado e hipotecado por el mercado, afincado en la añoranza de un pasado ficticio construido bajo la lógica del vencedor. Donde, al contrario, tomemos las enseñanzas de

nuestras ancestras (originarias de Abya-Yala y las que fueron traídas a la fuerza desde África) para que —como plantea la tradición aymara— las enseñanzas-aprendizajes del pasado sean el horizonte, para bien vivir un presente digno con la mochila llena de añoranzas futuras, repletas de esperanzas colectivas. Quizá así logremos no desfallecer en la apuesta de agrietar la institucionalidad hegemónica porque, para esta feminista contrahegemónica, militante de la vida, nuestra vida, itodo es político, hasta con quien se acuesta una y, sobre todo, con quién se levanta! en el amplio sentido del levantamiento, ino solo en lo sexo-genérico-afectivo!

Referencias

- Freire, P. (2002). *Cartas a quien pretende enseñar*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Freire, P. (2005). *Pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI Editores.
- Herrero, Y. (2013). Miradas ecofeministas para transitar a un mundo justo y sostenible. *Revista de Economía Crítica*, 16, 278-307.
- Pérez, A. (2004). Estrategias feministas de deconstrucción del objeto de estudio de la economía. *Foro Interno*, 4, 87-117.
- Pérez, A. (2017). *Subversión feminista de la economía*. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=vFw_Po0bVcQ.

Caminar los feminismos anclados en los territorios: Escuela Ecofeminista Mujeres defendiendo el Territorio Cuerpo-Tierra

*Norma Iris Cacho Niño*²⁹

En junio del 2005 llegué al estado de Chiapas, en el sureste mexicano, motivada por encontrar caminos en mi recién iniciada vida profesional. Había concluido la licenciatura en Etnología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia un tanto ávida, pero a la vez confusa sobre las posibilidades de mi desarrollo profesional. La única certeza que tenía en ese momento era que no quería construir un camino profesional en la academia. Entonces comencé el recorrido por organizaciones de la sociedad civil enfocadas en investigación, acción y organización con comunidades indígenas, rurales y, posteriormente, con colectivos de mujeres organizadas en la defensa de sus territorios y sus derechos laborales.

En el año 2008, junto con una querida amiga y colega, Angélica Schenerock, comenzamos a imaginar un espacio para desarrollar propuestas de formación y organización popular con mujeres indígenas y rurales que confluían en procesos de defensa del agua y del territorio. Después de nuestro paso por organizaciones civi-

²⁹Etnóloga y educadora popular feminista, con experiencia en metodologías participativas, de formación política, sistematización de procesos sociales y acompañamiento comunitario. Ha colaborado con diversas organizaciones civiles en el campo de los derechos humanos, en trabajos de investigación y formación sobre derechos de la tierra y el territorio, indígenas y laborales, así como en funciones de coordinación de equipos de trabajo interdisciplinarios. Ha acompañado procesos de organización comunitaria y fortalecimiento organizativo con mujeres indígenas y trabajadoras precarizadas, en los estados de Chiapas, Oaxaca y Baja California, principalmente. Se ha formado en espacios pedagógicos populares, entre los cuales su experiencia más reciente es la Escuela Internacional de Organización Feminista Berta Cáceres, convocada por Grassroots Global Justice Alliance, Indigenous Environmental Network, la Marcha Mundial de las Mujeres y Grassroots International. Actualmente es parte del Consejo Directivo de Agua y Vida: Mujeres, Derechos y Ambiente, A.C. e integrante de la asamblea de asociadas del Colectivo Feminista Mercedes Olivera, A.C.

les mixtas, donde colaboramos en actividades de organización comunitaria para la implementación y el aprovechamiento de etnotécnicas, así como en actividades de acompañamiento con pueblos y mujeres indígenas, teníamos muy claro que buscábamos aportar y construir en el fortalecimiento de procesos organizativos y comunitarios con y para las mujeres indígenas y campesinas por medio de la educación popular feminista.

En el año 2009 nació formalmente Agua y Vida: Mujeres, Derechos y Ambiente como asociación civil feminista. Surgimos con el propósito fundamental de impulsar procesos de formación política y popular que aporten al poder personal y colectivo de las mujeres indígenas, rurales y trabajadoras precarias para fortalecer los procesos de toma de decisiones en las problemáticas que las afectan, haciendo visibles sus aportes y resistencias en la construcción de alternativas al sistema patriarcal capitalista colonial. En ese sentido, desde su inicio y hasta la fecha, entre los ejes fundamentales de Agua y Vida se encuentran los procesos formativos populares, políticos y feministas.

En el año 2017 convocamos a la primera edición de la Escuela Ecofeminista: Mujeres defendiendo el Territorio Cuerpo-Tierra. La escuela impulsa, desde la educación popular feminista y el ecofeminismo crítico, una mirada reflexiva de las realidades históricas e inmediatas de las mujeres —marcadas por el capitalismo patriarcal colonial— con la intención de que se sitúen corporal, geográfica y epistemológicamente, identifiquen las problemáticas que las afectan y propongan alternativas orientadas hacia la sostenibilidad de la vida. La intención de construir una propuesta metodológica y política situada en una realidad y geografía concretas, con un modelo de talleres estructurado y secuencial, se relaciona con nuestra apuesta por construir procesos políticos colectivos que construyan conocimiento y aprendizajes críticos y que nos permitan, a participantes y facilitadoras, complejizar la lectura de nuestros territorios, reconocer nuestro poder personal y colectivo, así como encontrar alternativas para hacer frente a los megaproyectos extractivos.

El camino teórico-político: ecofeminismos latinoamericanos y educación popular feminista para revolucionar la vida y los territorios

En la construcción de la escuela ecofeminista los principales enfoques teórico-políticos que nos han acompañado son la educación popular feminista y el ecofeminismo latinoamericano. La construcción de los ecofeminismos en América Latina es relativamente reciente. Se reconoce el surgimiento del ecofeminismo latinoame-

ricano en los años 80 del siglo pasado, en confluencia con los postulados de la teología y la filosofía de la liberación. Dichas filosofías encuentran terreno en comunidades empobrecidas y marginadas de nuestro continente, donde las comunidades eclesiales de base se constituyen en espacios en los que la “opción por los pobres” hace visibles las condiciones de marginación y exclusión histórica y colonial de los pueblos, y se construyen procesos de educación popular, de formación política y variadas luchas sociales. Así, el ecofeminismo en estos terrenos contribuyó a hacer visibles a las mujeres indígenas y campesinas, dentro de la “opción por los pobres”, como aquellas que viven los efectos más agresivos de la pobreza, la marginación, el racismo, el clasismo y la degradación ambiental.

En ese sentido, las ecofeministas latinoamericanas desarrollan sus postulados de manera muy situada en las geografías, los territorios y las desigualdades históricas y coloniales que viven las mujeres de Abya Yala —entramado en el que la raza y la clase juegan papeles preponderantes—, así como en las problemáticas económicas y ambientales sobre sus cuerpos y territorios. Ivone Gebara afirma:

una postura ecofeminista para mí es una postura política crítica que tiene que ver con la lucha antirracista, antisexista y antielitista. Las mujeres, los niños, las poblaciones de origen africano e indígena son las primeras víctimas y, por lo tanto, los primeros en ser excluidos de los bienes producidos por la Tierra. Son ellos también los que ocupan los lugares más amenazados del ecosistema. Son ellos los que viven más fuertemente en el cuerpo el peligro de muerte que el desequilibrio ecológico les impone (Gebara, 2000: 25).

Asimismo, los ecofeminismos latinoamericanos construyen sus reflexiones y postulados con distancia de los conceptos homogéneos y hegemónicos del género, del ecofeminismo clásico.³⁰ Evidencian que la dominación de las mujeres racializadas y empobrecidas tiene paralelismo con la dominación de la naturaleza, pero en ningún caso estas dominaciones son naturales y homogéneas para todas las mujeres, ni se dan de la misma manera en los territorios del norte o del sur global: “la problemática ecológica tiene que ver con la raza, el sexo y la clase, y por consiguiente

³⁰ El ecofeminismo clásico sostiene que las capacidades biológicas de las mujeres (menstruar, gestar, parir, principalmente) las acercan a la naturaleza y las vinculan con esta de forma íntima y particular. A causa de ese “vínculo” biológico, las mujeres estarían en una mejor posición respecto a las tareas de cuidado y preservación de la naturaleza, por lo que tendrían un papel preponderante para solucionar los problemas medioambientales y paliar las crisis ecológicas. Debido a sus postulados esencialistas y a sus sesgos clasistas y racistas, esta corriente del ecofeminismo ha sido fuertemente criticada por otros feminismos.

no puede ser estudiada como disciplina aislada de la problemática social mundial en la cual vivimos” (Gebara, 2000: 25).

Más allá de la producción teórica, las reflexiones de los ecofeminismos latinoamericanos caminan ancladas en los territorios, en la construcción de alternativas agroecológicas y ambientales, en las denuncias ante los extractivismos, en la defensa de los ríos y bosques, en la conservación de las semillas nativas, de prácticas de salud comunitaria; recuperan las cosmogonías y espiritualidades ancestrales ancladas en la memoria oral que son, también, políticas. Ese amplio repertorio representa apuestas para pensar mundos que no se basen en la dominación y la explotación, sino en prácticas de sostenibilidad de la vida. Los ecofeminismos latinoamericanos representan proyectos profundamente antipatriarcales, anticapitalistas y anticoloniales, puesto que evidencian y denuncian que el sistema capitalista patriarcal colonial se sostiene en la dominación de los cuerpos de las mujeres y los territorios, lugares donde se expresa la violencia capitalista y patriarcal en nuestros contextos actuales.

En relación con la construcción teórico-política de la escuela ecofeminista, entendemos el ecofeminismo desde una perspectiva crítica que abreva de las propuestas latinoamericanas. En ese sentido reconocemos la dominación sobre las mujeres y la naturaleza no como vínculo biológico, sino como producto de la dominación ejercida por el sistema capitalista, patriarcal y colonial sustentado en la economía extractivista. Esa dominación encuentra correspondencias en tanto este sistema ha sido posible y necesita, para reproducirse, de la subordinación de los cuerpos de las mujeres racializadas, así como de la colonización y del despojo de los pueblos, los territorios y sus bienes comunes naturales.

Una de las principales estrategias de la colonización y el despojo territorial es el extractivismo, que en los últimos años se ha consolidado como el modelo económico expoliador de los territorios y sus bienes naturales. Consideramos que el extractivismo es un modelo colonial de desarrollo que reordena y ocupa los territorios, que implica prácticas de despojo de los territorios ancestrales de pueblos y comunidades indígenas, así como la negación y expropiación de sus prácticas culturales y de cuidado del medio ambiente. Desde el ecofeminismo crítico nos interesa analizar y profundizar los impactos de los megaproyectos extractivos tanto en la explotación de la naturaleza, la degradación de los ecosistemas y la expropiación y el control militar del territorio, como en la vida de las mujeres que habitan esos territorios.

La educación popular (EP) surgió como una propuesta de educación crítica a principios del siglo XX; a lo largo de su trayectoria se ha conformado como una prác-

tica en diálogo y construcción permanentes, así como parte imprescindible de las luchas sociales en Abya Yala, de las que existen múltiples ejemplos.³¹ Se trata de una práctica pedagógica eminentemente política que dialoga con los contextos de injusticia y discriminación de los pueblos y los sujetos históricamente oprimidos.

La metodología de la educación popular considera como punto inicial de los procesos pedagógicos “partir de la práctica”, lo que significa que el anclaje inicial de estos es la experiencia concreta de las personas en determinado contexto. Ese punto de partida implica el reconocimiento de la práctica social inmediata como fuente de conocimiento, de saberes, de análisis que se colectivizan y problematizan mediante la diversidad de técnicas participativas que conforman la educación popular. Problematizar significa la posibilidad de confrontar esa realidad, lo que supone “situar el conocimiento social crítico en el lugar donde nace: las comunidades, las organizaciones populares, los movimientos sociales y políticos que ensayan nuevas formas de vivir y pensarse, que realizan ejercicios de autonomía no solo en sus prácticas sino también en sus teorías, en diálogo con otros saberes” (Korol, 2015: 138).

Tales reflexiones posibilitan la construcción de aprendizajes y conocimientos que pasan por el cuerpo, por las emociones y por el análisis, y conforman nuevos saberes construidos en colectividad y confrontación permanente con la práctica, siempre pensado como un primer elemento metodológico. Eso significa para la educación popular *teorizar*, que es el segundo elemento metodológico en esta práctica pedagógica. La teorización representa un ir y venir constantes entre la práctica y el pensamiento, entre el hacer y el pensar, entre el sentir y el actuar. Permite profundizar en las estructuras que dan origen a las problemáticas, en los lugares que los pueblos y las mujeres han ocupado en el mundo, y desnaturalizar las opresiones, las violencias y los despojos materiales e inmateriales. La teorización popular también permite enraizar los diálogos y las reflexiones colectivas en el cúmulo de ideas, conceptos y lógicas de pensamiento construido comunitaria y popularmente, los cuales significan reivindicaciones de los saberes expropiados y negados. La teorización allana los caminos del *volver a la práctica para transformarla*, que se constituye en el tercer principio metodológico de la educación popular.

Volver a la práctica no significa regresar al punto de partida inicial, más bien representa la posibilidad de vincular las resistencias y los haceres destinados a concretar las acciones identificadas para la transformación, de articular acciones orga-

³¹La educación popular “estuvo alfabetizando y formando políticamente a campesinos y campesinas en Brasil, anduvo con ALFORJA junto a los guerrilleros y guerrilleras en la Centroamérica de los años 70 [...], acompañó la creación del movimiento villero y del movimiento campesino en Argentina, se aventuró en las barriadas colombianas, venezolanas, chilenas, peruanas, uruguayas, entró con pasamontañas a la Selva Lacandona” (Korol, 2015: 137).

nizadas para confrontar las problemáticas identificadas y analizadas. Pero también aspira y propicia procesos de largo aliento en los que puedan gestarse condiciones para la construcción de proyectos políticos colectivos.

La educación popular no es una tarea mecánica; es revolucionaria; su valía radica, justamente, en que busca la construcción de sujetos políticos colectivos cuya praxis los convierta en protagonistas de esas revoluciones. Como proceso pedagógico, la educación popular pasa por los sentidos, por el cuerpo, por la mente, por la colectividad, por la conciencia de los poderes personales y colectivos, por la utopía de constituirnos en agentes de nuestras propias luchas, las cuales se encaminan a la construcción de proyectos políticos emancipadores. Por tanto, la educación popular no solo implica acciones formativas, talleres descontextualizados, técnicas que “entretengan” o hagan más “ligeros” los procesos de educación colectiva, también implica prácticas con intencionalidad reflexiva y política que se anudan a la experiencia situada, que consideran las subjetividades y no solo la racionalidad.³² Tales prácticas adquieren relevancia en la acción política de las luchas populares por la defensa del territorio, por la construcción de economías comunitarias, por el derecho a la salud y alternativas agroecológicas, entre otras muchas que transforman al mundo.

La educación popular feminista pugna por construir procesos de formación como rutas por las cuales transiten las mujeres para la construcción de nuevos aprendizajes marcados por la rebeldía, la creatividad y la libertad. Se trata de rutas donde las mujeres sean consideradas sujetas de la producción de conocimientos que surjan del cuerpo, de las emociones, de las subjetividades, de la experiencia, de la memoria, que alimenten las rebeldías personales y colectivas, el reconocimiento de las capacidades de gestar prácticas y saberes desde lugares distintos, de legitimar los conocimientos de las mujeres, que han sido invisibilizados y desdenados. Para ello es ineludible que la educación popular feminista priorice técnicas que conecten con los lugares y los sentidos donde se han enraizado los dolores y las violencias que provoca esa invisibilización, que no niegue su paso pero que constituya procesos de irreverencia y emancipación: “ver la realidad presente e histórica de las mujeres, visibilizarla, analizarla y juzgarla para finalmente actuar sobre ella con una nueva mirada son pasos necesarios de una educación popular feminista y pasa

³² En ese sentido me parece pertinente recuperar que, no en pocas ocasiones, tiende a pensarse que las técnicas utilizadas en la educación popular son simples “talleres” que despojan de sentidos “políticos” y “rigurosos” ciertos contenidos. A mi parecer estas cuestiones constituyen una banalización de la educación popular en su sentido más profundo. Además de que parten de concepciones racistas y patriarcales que desligan los sentidos, la experiencia corporal y la racionalidad. En toda mi experiencia no he asistido a espacios más política y profundamente situados, más revolucionarios, como los que abrevan de la educación popular.

por la recuperación de nuestra mente y de nuestro cuerpo colonizado por el sistema patriarcal y, al mismo tiempo, portadores y multiplicadores de resistencias” (Sche-nerock *et al.*, 2018: 25).

Pero esta ruta implica desafíos: reconocer y trabajar en la diversidad que las mujeres somos, desafiar visiones esencialistas y homogéneas, evidenciar lo que nos separa y lo que nos hace confluír, para dar pie a asumir las contradicciones, las diferencias, los lugares de enunciación y los privilegios entre unas y otras. Es, por tanto, una ruta compleja: “dadas nuestras subjetividades colonizadas por el patriar- cado, nos cuesta respetarnos en la diversidad y reconocer con madurez y realismo cómo la desigualdades sociales y económicas han creado brechas entre nosotras. Aprender unas de otras, elevando las posibilidades de todas o de la mayoría es una aspiración política irrenunciable” (Asociación Feminista La Cuerda, Asociación de Mujeres de Petén Ixqik, Alianza Política Sector de Mujeres, 2010: 45).

Los procesos formativos, desde la perspectiva de la educación popular femi- nista, nos permiten reconocernos como sujetas políticas que desarrollan pensa- miento crítico, articulan sus luchas, construyen alternativas que disputan las hege- monías, priorizan la sostenibilidad de la vida y la reproducción comunitaria. La sujeta política se constituye

en posición y propuesta política emancipadora frente a una postura he- gemónica con la que se desarrollan estrategias de disputa del poder, pero no de dominación. Cuenta con organicidad propia y, a través de alianzas, acumula fuerza para definir, construir, empujar, sembrar, cons- tituir un proyecto político emancipatorio que tenga en su centro la po- tenciación de los seres humanos y la naturaleza (Asociación Feminista La Cuerda, Asociación de Mujeres de Petén Ixqik, Alianza Política Sec- tor de Mujeres, 2014: 24).

La construcción de la sujeta política es uno de los principales aportes de la educa- ción popular feminista, que tiene que ver con potenciar tres momentos: 1) el análi- sis del contexto a partir de las propias experiencias de las mujeres, 2) la construc- ción de un proyecto político que haga sinergia con las realidades de las mujeres y 3) el fortalecimiento de los movimientos feministas para disputar el poder hege- mónico.³³ Así, desde Agua y Vida imaginamos y apostamos por los procesos forma- tivos populares entre mujeres como un aporte a la construcción de proyectos polí-

³³Retomado de la Escuela Internacional de Organización Feminista Berta Cáceres, 2021.

ticos colectivos, convencidas de que las mujeres informadas —con reflexiones colectivas que producen otras representaciones del mundo, que posibilitan su agencia, organización y rebeldía— han sido y siguen siendo imprescindibles en la defensa del territorio cuerpo-tierra.

El camino metodológico: nuestras apuestas de formación política feminista

La Escuela Ecofeminista Mujeres defendiendo el Territorio Cuerpo-Tierra surge de una apuesta colectiva cocreada metodológicamente a partir de nuestra intención de abrir un espacio de construcción de pensamiento y práctica política ecofeminista para mujeres defensoras comunitarias de la tierra y el territorio. De la diversidad de propuestas formativas que son parte de nuestro quehacer organizativo, la escuela se ha constituido como la primera de un proceso formativo secuencial, continuo y permanente en su metodología, surgida con la intención clara de convertirse en un espacio educativo anual que posicione la perspectiva ecofeminista latinoamericana derivada de nuestro convencimiento acerca de los espacios formativos como procesos políticos y populares.³⁴

Las ediciones anuales de la escuela ecofeminista han tenido características particulares en su convocatoria, metodología y facilitación. En las primeras dos generaciones (2017 y 2018) emitimos una convocatoria abierta y pública con un perfil específico de mujeres participantes: indígenas, rurales, campesinas, implicadas en procesos de organización colectiva y comunitaria, principalmente en procesos de defensa y preservación de los territorios, del agua y del medio ambiente. Sin embargo, el perfil no era excluyente de colectividades de mujeres relacionadas con otros procesos, como trabajadoras del hogar, artesanas e incluso estudiantes universitarias.³⁵ En la edición del 2019, la convocatoria fue una combinación entre la difusión pública y la invitación directa a algunas mujeres defensoras que ya habíamos identificado en otros espacios de articulación, o que conocíamos por su trabajo organizativo. Para las ediciones del 2020 y 2021, a causa de la emergencia sanitaria que vivimos, no fue posible convocar a un espacio abierto, por lo que la convocatoria se

³⁴A lo largo de la trayectoria de Agua y Vida hemos construido varias propuestas formativas en diferentes campos temáticos. Sin embargo, la escuela ecofeminista ha sido, hasta ahora, el único proceso que hemos llevado a cabo anualmente y que ha ido ganando sustento teórico y metodológico.

³⁵La composición de estos grupos implicó una amplia diversidad que significó ciertas complicaciones metodológicas entre las diferentes experiencias, algunas urbanas, mestizas, con enfoques académicos y los saberes comunitarios de las participantes indígenas. Eso hizo complejos algunos debates y nutrió otros, pero en el ámbito de las estrategias y articulaciones colectivas no logramos profundizar como teníamos contemplado inicialmente.

dirigió a organizaciones y grupos específicos con los que ya veníamos colaborando y otros con los cuales iniciábamos la vinculación.³⁶ También, en esas ediciones, contamos con la participación de compañeras del norte del país, lo cual significó la ampliación geográfica de la escuela y nos reflejó que las mujeres defensoras comunitarias de la tierra y el territorio apuestan por los encuentros presenciales con otras, aun en tiempos de pandemia.

El proceso de la escuela transcurre por medio de un diálogo entre las dos principales facilitadoras del espacio a través de varios momentos en los que abrevamos de construcciones metodológicas que hemos realizado en otros espacios formativos. A partir de estos identificamos los principales contenidos teórico-políticos sobre los cuales se desarrollan las técnicas participativas que, en conjunto, conforman la metodología general de la escuela. Después comenzamos a trabajar en el desarrollo de las cartas descriptivas³⁷ como una primera aproximación que se completará al término de la constitución del grupo de participantes. Esto es así porque no partimos de consideraciones metodológicas rígidas, sino que contamos con un punto de partida metodológico inicial que contempla contenidos y técnicas generales, pero que se afina al conocer el nombre, las organizaciones y los territorios de las participantes.

La metodología de la escuela se compone de diversos momentos facilitados por medio de un conjunto de técnicas participativas.³⁸ La secuencia metodológica sigue el método de la educación popular feminista: 1) partir de la realidad, 2) teorizar y profundizar y 3) volver a la práctica con una visión crítica para buscar transformarla.

1. Partir de la experiencia práctica de las mujeres participantes del proceso: mapeo del cuerpo como territorio.³⁹ En el primer momento, la técnica se enfoca en la construcción de imágenes con las que las participantes visualizan quiénes son en relación con su cuerpo, subjetividades,

³⁶ Este tipo de convocatorias nos permitió enfocar el espacio formativo en mujeres defensoras de contextos comunitarios, con mayores posibilidades de articulación entre sus espacios.

³⁷ Las cartas descriptivas son cuadros sintéticos y organizados que describen el conjunto de momentos metodológicos y secuenciales que componen un taller. El taller es la herramienta por excelencia de los procesos de encuentro y construcción colectiva de conocimientos, desde la perspectiva de la educación popular.

³⁸ Las técnicas participativas tienen como finalidad problematizar y profundizar los análisis a partir de las experiencias propias y de la construcción de saberes colectivos; son parte del acervo de la educación popular y en nuestro trabajo como educadoras populares feministas las recreamos, derivamos y adaptamos a los diferentes contextos.

³⁹ Las técnicas de los mapeos, tanto de los cuerpos-territorios como del análisis de contexto por medio de las cartografías territoriales, se encuentran en un material publicado en el 2018 por Agua y Vida (datos en la bibliografía de este escrito).

emociones y cosmovisiones. En cinco hojas diferentes, las mujeres se identifican cada una con las siguientes frases: “esta soy yo”, “este es mi cuerpo”, “este es mi cuerpo cuando soy feliz”, “este es mi cuerpo cuando estoy triste”, “este es mi mundo”. Para cada una dibujan todo aquello que representan y componen esas frases. En el segundo momento se realiza un trabajo en equipos para trabajar siluetas corporales e identificar las huellas del sistema patriarcal capitalista colonial en los cuerpos de las mujeres y los lugares donde se enraíza la exclusión, la marginación, el despojo. Se hace otra silueta corporal donde se identifiquen las huellas del placer y la resistencia, los lugares de los cuerpos donde se expresan afectos, relaciones plenas, rebeldías, autonomías y luchas de las mujeres.

2. Cartografías de los territorios para el análisis del contexto.⁴⁰ Esta dinámica tiene como objetivo construir conocimiento colectivo situado que permita identificar los territorios como construcciones socioculturales, históricas y geográficas, a partir de las concepciones y experiencias que acumulan las mujeres que habitan en esos territorios. La técnica consiste en construir una representación propia del espacio, en grupos, que parta de un mapa “oficial” o de un dibujo territorial con o sin demarcación de fronteras. La idea es producir una contrarrepresentación de los territorios y las geografías “oficiales”, puesto que “los mapas que habitualmente circulan son el resultado de la mirada que el poder dominante recrea sobre el territorio produciendo representaciones hegemónicas funcionales al desarrollo del modelo capitalista [...]” (Ares y Risler, 2013: 5).

Partimos de la identificación de una serie de significados: elementos físicos (bosques, ríos, lagunas, manantiales, milpas, montañas, tierras de cultivo, animales endémicos, espacios para habitar, entre otros); elementos que soportan identidad (lugares sagrados, de respeto comunitario, donde se hacen peticiones y ceremonias y aquellos que representan afectos y emociones); elementos que identifican los saberes, los conoci-

⁴⁰Esta técnica abrevia de la dinámica muy conocida de los “mapas parlantes” utilizados para recoger de manera gráfica la percepción de las personas sobre su territorio, donde se identifican los elementos y áreas más relevantes. Posteriormente se realizan recorridos comunitarios con la finalidad de constatar lo construido gráficamente con el territorio “real”. Estos mapas pueden ser parte de diagnósticos comunitarios participativos. También pueden acompañarse de transectos comunitarios para delimitar ciertos espacios, como tierras comunales, de cultivo, linderos, mojoneras, entre otros. Esta variante también suele servir como una herramienta comunitaria para dirimir conflictos agrarios y territoriales. Más recientemente, estas construcciones se han complejizado en ejercicios inspirados en las geografías críticas, que han resultado de nuevas herramientas para quienes utilizamos la técnica. Como ejemplos están los trabajos de Iconoclastas y del Colectivo de Geografía del Ecuador.

mientos y las prácticas de cuidado y manejo territorial; elementos del despojo (megaproyectos de energía, minería, hidrocarburos, infraestructura, agroindustriales, turismo, entre otros); elementos de luchas y resistencias (colectividades, procesos de defensa del territorio, organizaciones sociales, entre otros). El mapa puede complejizarse si se agregan elementos de la represión, principalmente militar, policial y paramilitar, así como si se identifican los riesgos y las amenazas que viven las mujeres defensoras de los territorios en determinadas geografías.⁴¹

Al terminar sus construcciones gráficas, los grupos intercambian tanto las dificultades en su elaboración como los descubrimientos, elementos y aprendizajes comunes. Analizamos la interrelación entre estos y cómo nos permiten construir un análisis situado en las problemáticas de los territorios que inciden en las vidas de las mujeres indígenas y campesinas.

3. Teorización y profundización del sistema capitalista patriarcal colonial y su relación con el despojo de los cuerpos-territorios. Este momento constituye una profundización en las reflexiones ya encauzadas en los mapeos del cuerpo y del territorio, cuyo eje fundamental radica en la experiencia y la práctica vivida. El momento de teorización se trata de ahondar en las causas estructurales de los despojos y las problemáticas identificadas en las dinámicas anteriores. En este caso particular, nos adentramos en el desarrollo neoliberal, el extractivismo, los actores implicados, así como en la violación de los derechos de las mujeres en los territorios. Las reflexiones se enmarcan en el sustento de esta relación: el sistema patriarcal capitalista colonial y las mujeres y los territorios. Es un proceso de ida y vuelta, puesto que la profundización se enraíza en la experiencia ya identificada y sentida con las cartografías de los cuerpos-territorios. Digamos que la “evidencia” se encuentra en esos ejercicios prácticos que dan pauta a los análisis de los sistemas de opresión y estos, a su vez, permiten profundizar en las realidades concretas de las mujeres participantes para la construcción de aprendizajes colectivos.

4. Efectos del análisis: la vida de las mujeres al centro. En este momento regresamos a los cuerpos como territorios mediante un trabajo reflexivo grupal cuyo objetivo es identificar las huellas de los megaproyectos y del extractivismo en la vida de las mujeres. Partimos de preguntas como

⁴¹ También puede realizarse una cartografía enfocada en esos elementos y usarla como herramienta en la identificación y construcción de mecanismos de protección comunitaria frente a escenarios de riesgo y amenaza para las personas defensoras de los territorios.

¿cuáles son los principales efectos de los megaproyectos en la vida de las mujeres? Estos efectos, ¿son iguales para todas?, ¿sí o no?, ¿por qué?, ¿cuáles son los efectos culturales y sociales de los megaproyectos en nuestros cuerpos-territorios?, ¿cómo se relacionan los efectos de los megaproyectos en nuestras vidas con el patriarcado y el racismo?

5. Volver a la práctica para transformarla: hacia la construcción de las sujetas políticas. Este momento metodológico comienza con la afirmación: “las mujeres que defienden los cuerpos-territorios son actoras de sus propias luchas”. Mostramos un mosaico de imágenes y videos de diferentes experiencias en varios territorios de Abya Yala que evidencian que el amplio repertorio de estrategias, articulaciones y resistencias de las mujeres es un catalizador para imaginar, pensar y construir alternativas propias de lucha.

Regresamos a los cuerpos y sus representaciones, a los territorios donde activamos, a los lugares donde enraizamos los saberes y a nuestros propios retos para la participación, con la intención de avanzar en la reflexión de los lugares de enunciación. Las respuestas no son únicas ni están dadas, pero este último momento metodológico posibilita dar cuerpo y sentido a la utopía para imaginar caminos posibles de liberación. Ese cuerpo y ese sentido comienzan en las representaciones propias de nuestro actuar ante una determinada situación. Mediante la técnica del sociodrama⁴² buscamos reconocer elementos que sirvan al accionar frente a las amenazas socioambientales y extractivas. A partir de esa primera constatación, colectivizamos la reflexión con la finalidad de identificar las necesidades y las apuestas que tenemos las mujeres para fortalecernos y articularnos en los procesos de defensa del territorio cuerpo-tierra.

Como se observa, la secuencia metodológica de la escuela ecofeminista buscamos propiciar la reflexión colectiva a partir de la experiencia vital propia, puesto que solo mediante esa conexión inicial, el reconocimiento y la afirmación de la experiencia se puede abrir camino para la participación activa de las mujeres en las reflexiones y construcciones políticas. La intención es potenciar desde ese momento inicial su constitución como actoras de sus propias realidades y, por tanto, de las alternativas para su transformación. En ese sentido, las técnicas tienen una orientación polí-

⁴² En esta metodología entendemos el sociodrama como representación dramatizada de una situación identificada en grupo. La intención es observar los papeles determinados de las distintas actoras y actores implicadas e implicados, así como la propuesta de acción ante tal situación.

tica muy clara, transmiten mensajes y propician dinámicas de interacción y reflexión situada que se constituyen en procesos vivos y dinámicos en el grupo.

La selección de las técnicas no es un ejercicio meramente instrumental, sino una interiorización profunda como facilitadoras del proceso formativo que nos permite identificar los puntos de inflexión para potenciar las reflexiones que buscamos. En ese sentido, las facilitadoras también somos actoras, no somos neutrales, tenemos una intencionalidad: “en la educación popular feminista, las educadoras populares se asumen como parte del proceso de deconstrucción y transformación. No se colocan fuera. Logran establecer relaciones políticas con las mujeres que participan en los procesos formativos y su manera de estar y conducir trasluce otras formas de ejercicio del poder” (Asociación Feminista La Cuerda, Asociación de Mujeres de Petén Ixqik, Alianza Política Sector de Mujeres, 2010: 44).

Para nosotras la escuela no es solo una apuesta, es una de las construcciones de lucha y formación política feminista que hemos creado; es una de las maneras que hemos construido para posibilitar los encuentros con otras, pero también con nosotras mismas como feministas, educadoras populares, activistas de diversas trincheras. Por lo tanto, es también parte ineludible de nuestra propia constitución como sujetas políticas.

El camino de los aprendizajes: aportes de la escuela ecofeminista

Producto de las primeras tres ediciones de la escuela (2017-2019), se realizó la sistematización⁴³ de un documento de aprendizajes sobre las luchas de las mujeres en contra de los megaproyectos en Chiapas, el cual se tituló *Megaproyectos, extractivismos y conflictos socioambientales en Chiapas, México: compartiendo la palabra y el aprendizaje de las mujeres a tres años de la Escuela Ecofeminista Defendiendo el Territorio Cuerpo-Tierra*, publicado en marzo del 2020.⁴⁴ El documento surgió a partir del compromiso de dar contexto, relevancia y visibilidad a la palabra de las mujeres, de las defensoras comunitarias que día a día defienden sus cuerpos y sus territorios de los megaproyectos extractivos y cuyas experiencias situadas nos permiten identificar los impactos y las violencias de los conflictos socioambientales en su amplia magnitud. Por ejemplo:

⁴³ La sistematización de los saberes es uno de los elementos constituyentes de la educación popular feminista y se relaciona con la importancia de escribir y hacer visible la historia y el acervo de las mujeres.

⁴⁴ El documento fue editado por Agua y Vida: Mujeres, Derechos y Ambiente. Su referencia se encuentra en la bibliografía de este escrito.

Todos los proyectos que entran a las comunidades son estratégicos e impuestos por grandes empresas extranjeras. Los gobiernos son cómplices junto con los empresarios. Llegan con la falsa promesa del llamado “desarrollo”, ofreciendo empleos y con la mentira de que la comunidad progresará, cuando lo que realmente ocurre es que nos despojan, destruyen la naturaleza y se llevan nuestros recursos naturales, generan la colonización y la pobreza, desplazan a las familias originarias de sus tierras. Surge entonces mucha contaminación ambiental, tala de árboles, provocan que los ríos se sequen, etcétera (equipo 1, escuela ecofeminista, tercera generación, 2019).

La realidad es que los megaproyectos te aplastan, te destruyen. Hay una instrumentalización de las mujeres, pues somos las que ejecutamos el trabajo en la casa y en el campo. Hay una masculinización del territorio en las formas de controlarlo, son los efectos de los megaproyectos del patriarcado (equipo 1, escuela ecofeminista, primera generación, 2017).

Estas reflexiones se catalizan, en su mayoría, debido al ejercicio del mapeo del territorio en la identificación de los elementos considerados amenazas socioambientales para el territorio: megaproyectos, empresas, actores armados. Los elementos que hacen resistencia también construyen memoria y camino colectivo: lugares sagrados, de ritualidad, de saberes ancestrales y orales, así como procesos organizativos y de lucha frente a las amenazas extractivas y capitalistas. Las cartografías no son solo mapas, son análisis y representaciones del contexto que, al colectivizarse entre defensoras del territorio cuerpo-tierra con múltiples experiencias y lecturas de ese contexto, construyen una lectura profundamente situada en las realidades territoriales y aportan a la construcción de cruces analíticos que resultan en aprendizajes colectivos sobre la complejidad que se implica en los territorios y su defensa:

Hay contextos que parecen de despojo, de violación; las violencias están muy cruzadas. Yo observo los mapas y veo lo impresionante de cómo se va dando el desarrollo minero y cómo se vincula con el extractivismo y la militarización. Si hacemos un mapa que empiece por el Pacífico, al subir lograríamos ver que no es un problema de Chiapas, sino que pasa por Oaxaca, luego sube a Guerrero y pasa por Michoacán. Sí hace falta hacer este tipo de lecturas más amplias (participante, escuela ecofeminista, tercera generación, 2019).

A partir de las reflexiones ancladas en la escuela ecofeminista destaca la construcción colectiva del territorio cuerpo-tierra. Con las técnicas denominadas “esta soy yo” y “este es mi territorio” se presentan las primeras nociones de cuerpo y territorio y se confrontan con las ideas colectivas. La reflexión se vuelve compleja al realizar el mapeo de los cuerpos y los territorios mediante cartografías corporales y territoriales donde las participantes identifican no solamente los impactos y las violencias de los sistemas de opresión en sus cuerpos y territorios, sino las resistencias que cotidiana y vívidamente construyen para hacerles frente.⁴⁵ Así, las nociones iniciales de territorio suelen partir de conceptos referidos a la materialidad y a los bienes naturales presentes en determinado espacio: “el territorio es el lugar donde estamos asentadas, es el espacio donde está la naturaleza, el agua y los lugares sagrados”; “el territorio se conforma por toda la naturaleza que está presente: plantas, animales, bosques, ríos; es el que da sustento a las necesidades de la vida”; “el territorio es todo mi alrededor, no solo es el pedacito de tierra, también abarca nuestras relaciones, nuestras compañeras que luchan contra los megaproyectos que afectan el territorio”.⁴⁶ Se observa que las definiciones se hacen más complejas y, con el caminar de la ruta metodológica, se ve claramente el encuentro con la construcción epistémica del territorio cuerpo-tierra del feminismo comunitario xinca,⁴⁷ el cual destaca que para las mujeres indígenas defensoras ambientales y del territorio, el cuerpo no se piensa separado del territorio, sino que le hace sentido: “el territorio visto como el cuerpo en articulación con la tierra, en la defensa que hacemos del territorio como sustento de vida”; “las luchas por el territorio no son solamente ahora por la tierra para sembrar o para tener los recursos que nos permitan la vida, como la leña, el agua, las plantas y animales; sino también es la

⁴⁵ Algunas de las preguntas que detonan este momento son: ¿en qué lugares de nuestro cuerpo se expresan o se han expresado las violencias? ¿Cuáles son los efectos de los proyectos extractivos en mi cuerpo? ¿De qué manera el extractivismo trunca nuestra vida, nuestros planes, nuestros sueños? ¿En qué lugares de mi cuerpo me siento truncada? ¿En qué lugares de mi cuerpo siento la alegría de las resistencias entre mujeres? ¿Cuáles son estas resistencias? ¿Qué sensaciones recorren el cuerpo al recordar y nombrar estas resistencias?

⁴⁶ Testimonios de las memorias de las distintas ediciones de la escuela ecofeminista.

⁴⁷ El feminismo comunitario xinca plantea que sobre los cuerpos de las mujeres se han construido las opresiones del patriarcado, el colonialismo, el racismo, las guerras por el control de los territorios y de los pueblos, por lo tanto, los cuerpos y los territorios son espacios en disputa: “recuperar el cuerpo para defenderlo del embate histórico estructural que atenta contra él se vuelve una lucha cotidiana e indispensable, porque el territorio-cuerpo ha sido milenariamente un territorio en disputa por los patriarcados, para asegurar su sostenibilidad desde y sobre el cuerpo de las mujeres” (Cabnal, 2010: 22). Los cuerpos y los territorios experimentan saqueos, son colonizados, expropiados de sus saberes. En ese sentido, para el feminismo comunitario xinca no puede defenderse el territorio-tierra sin defender el territorio-cuerpo: “es una propuesta feminista que integra la lucha histórica y cotidiana de nuestros pueblos para la recuperación y defensa del territorio-tierra, como una garantía de espacio concreto territorial, donde se manifiesta la vida de los cuerpos” (Cabnal, 2010: 22).

lucha por la defensa de nuestros cuerpos que se disputan cuando se quieren controlar los territorios por el patriarcado y el capital”.⁴⁸

Además, desde nuestra experiencia con las cartografías corporales y territoriales, el análisis y la reflexión colectiva que posibilita su puesta en común y los contrastes que de ahí derivan permiten hacer el engarce entre la noción de territorio cuerpo-tierra de manera más situada. Los cuerpos tienen un contexto, actúan en un contexto, manifiestan saberes, dolores y emociones en sus contextos territoriales:

Igual que nuestro cuerpo, el territorio es un lugar en concreto. Es geográfico, está en un lugar en el espacio, es histórico. El territorio también pasa por lo espiritual, es el lugar de nuestras ancestras, los seres del monte, donde vamos a rezar, donde pedimos, por eso nos duele, no es solo que se cayó un árbol, es nuestra conexión profunda, es nuestro ombligo con todo lo que nos rodea. El territorio también ha sido construido y hace parte de nuestros sueños y nuestras añoranzas. El territorio también es sentimiento (participante, escuela ecofeminista, tercera generación, 2019).

Estas cartografías nos sirven para plasmar el cuerpo como un territorio; nos permiten apropiarnos del cuerpo como lugar, como territorio que tiene una frontera: los límites de nuestro cuerpo; el límite de ese territorio es la tierra, a veces invadido con miradas y golpes, que también representan una invasión a nuestro territorio y las cadenas que nos colonizan igual que en el resto de América Latina; tenemos una historia, se llevaron nuestro oro, nuestra plata, también a nosotras como mujeres nos colonizan, los mandatos sociales no nos permiten caminar o soñar, esos también son despojos (participante, escuela ecofeminista, cuarta generación, 2020).

Los mapeos constituyen una forma de ver que el despojo territorial también ocurre en los cuerpos de las mujeres: despojarnos de la salud, del placer, de otros movimientos no permitidos, de ideas, sentimientos, todas esas cosas tienen que ver con recuperar nuestro cuerpo como territorio, nuestro amor entre mujeres, nuestro compañerismo, porque también de eso se nos despoja y el despojo del territorio y de los cuerpos van de la mano (facilitadora, escuela ecofeminista).

⁴⁸ Testimonios de las memorias de las distintas ediciones de la escuela ecofeminista.

Desde estas construcciones reconocemos que los cuerpos, como los territorios, son también construcciones sociales, culturales e históricas plasmadas de significados. Hablamos de la defensa del territorio cuerpo-tierra porque para nosotras no es posible pensar en una vida digna para los territorios comunitarios mientras los cuerpos de las mujeres sigan sometidos y violentados como parte de esas violencias históricas. Pero en la defensa del territorio-cuerpo no pueden negarse los riesgos, las amenazas y las muertes que viven las mujeres implicadas, particularmente las mujeres indígenas, campesinas y racializadas que colocan sus cuerpos en esas luchas territoriales.

Las violencias históricas y opresivas existen tanto en nuestro cuerpo, como primer territorio que habitamos, como en nuestra tierra, nuestro territorio histórico. La lucha por la defensa y el cuidado de la tierra va de la mano con la lucha por la defensa y el cuidado de nuestros cuerpos, dado que el sistema patriarcal, capitalista, colonial explota, domina y violenta tanto la tierra y la naturaleza como los cuerpos de las mujeres, es decir, los territorios. Desde nuestra perspectiva, el hecho de que la defensa del territorio-cuerpo camine engarzada de la defensa del territorio-tierra posibilita resistencias concretas para construir condiciones de vida digna y la transformación de las opresiones y violencias: “la defensa de los territorios cuerpo-tierra viene entonces como una propuesta de recuperación y sanación emocional y espiritual de las mujeres en lucha para seguir defendiendo a la vez el territorio-cuerpo y el territorio-tierra” (López, 2018).

El marco de reflexiones colectivas posibilita la construcción de alternativas para hacer frente a los contextos de disputa y despojo del territorio cuerpo-tierra. Esas alternativas tienen que ver, por un lado, con los diálogos colectivos, cuyo punto de partida es el reconocimiento de los saberes de las mujeres que construyen una mirada del territorio, y, por otro, con los proyectos extractivos que resultan de información muy valiosa para sus procesos de defensa y resistencia territoriales. Las reflexiones situadas potencian y fortalecen las prácticas político-organizativas de las mujeres puesto que parten del contexto inmediato, de la vivencia, de los procesos de resistencia que ya se construyen y que, con procesos colectivos de reflexión, pueden fortalecerse. Asimismo, posibilita la construcción del poder colectivo de las mujeres como ejercicio de insubordinación y rebeldía que revitaliza las luchas feministas, comunitarias y territoriales: “una de las cosas es estar dispuesta a estar en colectivo. Aprender a escucharnos y a expresarnos juntas. Aprender a ser y hacer colectivo. Damos por sentado que cuando llegamos a un grupo existe una relación previa en el interior del grupo que no nos involucra, pero se aprende en el camino de hacer colectivo. No todas caminamos al mismo tiempo, ni al mismo ritmo, ni en el mismo contexto” (participante, escuela ecofeminista, cuarta generación, 2020).

Conclusiones

Para cerrar este escrito intentaré identificar algunas pautas de la propuesta político-pedagógica de la Escuela Ecofeminista Mujeres defendiendo el Territorio Cuerpo-Tierra como propuesta de formación política emancipadora.

La primera pauta que me parece relevante se refiere a la perspectiva de la educación popular feminista que toma forma en la escuela ecofeminista, la cual busca ser una metodología que considere, en su desarrollo, los tres principales momentos de la educación popular, a saber: 1) partir de la realidad, 2) teorizar-profundizar y 3) volver a la realidad para transformarla. La metodología parte de una perspectiva feminista que prioriza como sujetas de conocimiento y actuación a las mujeres, desnaturaliza sus roles, visibiliza sus apuestas e historiza sus prácticas. Asimismo, las representaciones que se construyen en la escuela, como las cartografías y los mapas comunitarios, se constituyen como herramientas pedagógicas populares que evidencian una contrarrepresentación de los territorios hegemónicos, la cual se construye a través de la memoria histórica, los saberes populares, las emociones y vivencias. Así mismo, dichas representaciones permiten la construcción de relatos colectivos sobre los territorios. La educación popular feminista es una acción política, colectiva e inacabada que funge como punto de partida y no de llegada; se gesta y consolida con los procesos de formación que impulsamos y que comparten la apuesta política por construir otros saberes, otros poderes, otros lugares y otras formaciones políticas. Mediante ella aprendemos unas de las otras con procesos de autoformación, de aprendizajes que transitan entre nuestras diversidades.

La segunda pauta tiene que ver con las construcciones de la idea de territorio-cuerpo-tierra. Desde la experiencia de la escuela ecofeminista, el cuerpo es el primer territorio que se define como lugar de enunciación ante el mundo. Reconocerlo como lugar o territorio significa que en él y desde él experimentamos la vida en toda su complejidad; es el espacio donde tienen lugar las emociones y las afectaciones; es el espacio de las luchas constantes. En los cuerpos se construyen rebeldías, resistencias, luchas para una vida digna y justa. Asimismo, el territorio se identifica como un espacio, además de material, simbólico y relacional; un lugar de interacción, de producción de agencia colectiva, de construcción y transformación de relaciones sociales y colectivas. En él se construyen saberes sobre la naturaleza, la memoria colectiva y los proyectos políticos, los cuales representan alternativas a los procesos de despojo territorial a causa del capitalismo transnacional, colonial y patriarcal.

Como tercera pauta destaco la escuela ecofeminista en cuanto proceso formativo que se compromete a cuestionar, a hacernos salir de nuestros lugares y a retornos para nuevas construcciones. Es un proceso de formación y autoformación política en el que quienes confluimos, tanto facilitadoras como participantes, asumimos la tarea de deconstruir nuestras concepciones iniciales para construir y reconstruir nuevos conocimientos, prácticas, saberes y reflexiones que constituyen caminos teórico-políticos y prácticos entre mujeres. En ese sentido es importante manifestar que existen numerosas experiencias y alternativas ecofeministas que no se adscriben a los espacios académicos para legitimarse, sino que se encuentran en las memorias de los encuentros, en las relatorías de los talleres, en las metodologías, en la producción audiovisual, en las cartografías corporales y territoriales, y que se suman a los ecofeminismos del Abya Yala, los cuales están en construcción permanente.

Frente al contexto actual que vivimos de profundas desigualdades, contradicciones y violencias por parte del sistema patriarcal capitalista colonial, refuncionalizadas y agravadas por la emergencia sanitaria y social causada por la pandemia, recuperar, repasar y sistematizar las prácticas de las mujeres que buscan desacatar ese sistema y sus crisis se convierte en una práctica revolucionaria. Entonces, a pesar de los cercos que nos impone esta emergencia, las mujeres seguimos construyendo encuentros, procesos de organización comunitaria, espacios de formación política, luchas por la defensa del territorio cuerpo-tierra. Desde nuestros nichos de acción apostamos por construir mundos donde tengan cabida nuestras utopías, nuestras experiencias y nuestras propias vidas elegidas. La Escuela Ecofeminista Mujeres defendiendo el Territorio Cuerpo-Tierra es, para nosotras, uno de esos nichos.

Referencias

- Agua y Vida (2020). Cartas descriptivas y relatorías de la 1ª, 2ª, 3ª y 4ª generación de la Escuela Ecofeminista Mujeres defendiendo el Territorio Cuerpo Tierra. Documentos internos.
- Asociación Feminista La Cuerda, Asociación de Mujeres de Petén Ixqik y Alianza Política Sector de Mujeres (2010). Escuela de Formación Política Feminista, Módulo 6: Metodología de educación popular feminista. Guatemala: editorial
- Asociación Feminista La Cuerda, Asociación de Mujeres de Petén Ixqik y Alianza Política Sector de Mujeres (2014). *Formación feminista para la transformación social emancipadora*. Guatemala: editorial.

- Cabnal, L. (2010). Acercamiento a la construcción del pensamiento epistémico de las mujeres indígenas feministas comunitarias de Abya Yala. En *Feminismos diversos: el feminismo comunitario*. ACSUR-Las Segovias.
- Colectivo de Geografía Crítica (2016). *Geografando para la resistencia: cartilla para la defensa del territorio*. Ecuador: editorial.
- Gebara, I. (2000). *Intuiciones ecofeministas. Ensayo para repensar el conocimiento y la religión*. Madrid: Trotta.
- Korol, Claudia (2015). “La educación popular como creación colectiva de saberes y de haceres”. En Polifonías, Revista de Educación, año IV, núm. 7, septiembre-octubre, 132-153.
- López, E. (2018). Lorena Cabnal: sanar y defender el territorio-cuerpo-tierra. *Avispa Midia*, <https://avispa.org/lorena-cabnal-sanar-y-defender-el-territorio-cuerpo-tierra/>.
- Risler, J. y Ares, P. (2013). *Manual de mapeo colectivo: recursos cartográficos para procesos territoriales de creación colaborativa*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Schenerock, A., Cacho, N. et al. (2018). *Cartografías ecofeministas para la defensa del Territorio Cuerpo Tierra en contra del extractivismo*. San Cristóbal de las Casas: Agua y Vida: Mujeres, Derechos y Ambiente, A.C.
- Schenerock, A. y Ramos, C. (2020). *Megaproyectos, extractivismos y conflictos socioambientales en Chiapas, México. Compartiendo la palabra y el aprendizaje de las mujeres a tres años de la Escuela Ecofeminista Defendiendo el Territorio Cuerpo Tierra*. San Cristóbal de las Casas: Agua y Vida: Mujeres, Derechos y Ambiente, A.C.
- Schenerock, A. (2020). *Aportes ecofeministas para una lectura crítica de los derechos humanos en México*. Tesis de maestría en Derechos Humanos y Educación para la Paz. Ciudad: Universidad Nacional de Costa Rica.

“Ahora que estamos juntas”

De la co-investigación participativa a la investigación militante con niñas y adolescentes

Ayelén Amigo⁴⁹

Y si paramos ¿qué?

Parar para pensar. Esa es la invitación que, desde un inicio, nos hace Marcela Fernández Camacho (2021). Parar, antes que todo parar. Estar dentro de la academia muchas veces implica adecuarnos a ritmos acelerados, cumplir con cronogramas, protocolos, reuniones, coloquios. Y producir, siempre producir. Avanzar en la tesis, presentar ponencias, escribir para publicar. ¿Y parar, cuándo? Y si paramos, ¿qué?

Parar para pensar. Parece simple, pero ha sido una de las cosas más difíciles desde que empecé el proceso doctoral. Un proceso un tanto extraño, virtual, constantemente modificado. Si bien enunciar que la investigación se renueva, se modifica con frecuencia y hay que estar abiertas al cambio es algo recurrente entre quienes han realizado doctorados, investigar en un contexto pandémico es un desafío aún mayor; vivir en un contexto pandémico es en sí mismo un desafío; proyectar acciones y calendarizar intervenciones en contextos de incertidumbre es aún más complejo. Y en esta complejidad parar se hace difícil.

⁴⁹ Estudiante del doctorado en Estudios e Intervención Feministas del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, en el que analiza el rol de niñas y adolescentes dentro de los feminismos latinoamericanos. Especializada en Metodologías Participativas para el Trabajo Social y Comunitario y multiplicadora de Teatro de las Personas Oprimidas.

De un momento a otro los tiempos de traslado, de descanso y hasta los de ocio se transformaron en tiempos de productividad. "No hay excusas" fue una de las frases más recurrentes al inicio del aislamiento. No hay excusas para no leer un libro a la semana, no hay excusas para no hacer ejercicio, no hay excusas para no avanzar en la tesis, no hay excusas para no aprender a cocinar o para tener una huerta propia. La productividad se convirtió en la norma porque el aislamiento y el encierro no nos permitieron tener excusas para no hacer cosas, porque sabemos que para no hacer cosas necesitamos una excusa.

¿Cómo parar en un contexto así? ¿Cómo frenar la hiperproductividad a la que me veía empujada de manera constante? Parar venía de la mano de la culpa, por no aprovechar el tiempo, por no asistir a cursos virtuales y gratuitos ofrecidos por decenas de universidades. Sentía culpa por no poder estar en todos los conversatorios en los cuales se reunían feministas que admiro a discutir temas que considero absolutamente relevantes. Si no aprovechaba ahora, ¿cuándo iba a tener todas esas oportunidades? Parar implicaba "perderme cosas" y eso era imperdonable.

Cuando en diciembre del 2020 presenté los primeros avances de la tesis que desarrollo como parte del doctorado en Estudios e Intervención Feministas del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica (CESMECA), pude parar y pensar; pensar si lo que planeaba tenía realmente sentido, si se entendía; si mi investigación, del modo en que la planteaba, se orientaba a aquello que pretendía lograr. Un año después, con la pandemia de por medio, me permití parar; o me permitieron. Aún no logro saber bien de quién es la responsabilidad en contextos así.

Al menos hasta esa fecha presentaba mi investigación como una coinvestigación participativa feminista, como apuesta decolonial de trabajo con niñas y adolescentes feministas. Sin embargo, en mi primer coloquio mis asesoras Gabriela Magistris y Marisa Ruiz Trejo me preguntaron: "¿qué tiene de decolonial lo que estás planteando?"; "¿cuál es el sentido de plantear tu investigación como participativa?"; "¿dónde estás vos dentro del proceso? No te ves, no te vemos". Esas preguntas revolucionaron todo. Parar me permitió pensar en lo que me preguntaban y, sobre todo, tomarme el tiempo para ver y analizar si lo que estaba haciendo tenía sentido. ¿Por qué hablaba de coinvestigación participativa, cuál era el sentido de presentarla de ese modo? ¿Estaba dispuesta a modificar lo que para mí constituía una de las bases de mi investigación?

¿Coinvestigación participativa o coinvestigación militante?

Desde que empecé el recorrido en el mundo académico-investigativo siempre creí que, después de la elección del tema, definir el tipo de investigación era una de las cosas más complejas. El proceso se vuelve todavía más complejo cuando, desde la propia investigación, se busca romper con los modos tradicionalmente aceptados de hacer ciencia dentro de la academia. Pero, como ya dije, quienes tienen experiencia en estos ámbitos repiten: "la investigación se modifica, cambia, se construye y re(de)construye a medida que avanzamos en el camino". Un año después de iniciar, me encontraba en esa re(de)construcción.

No hace mucho tiempo me adentré en la idea de la imbricación de opresiones (Curiel, 2009). Concebir el género como un sistema de opresión que nos atraviesa pero que no es el único ni tampoco el más importante me permitió comprender que no todas las mujeres vivimos las opresiones de la misma manera, porque no a todas se nos oprime por igual. Como consecuencia, la raza, la clase, la orientación sexual, entre otros aspectos, se convirtieron en ejes de análisis que me ayudaron a comprender la realidad de un modo más complejo. Sin embargo, al haber trabajado con *niñeces*⁵⁰ y adolescencias durante varios años, no podía evitar preguntarme por qué la edad no se usaba como eje de opresión. Si habíamos logrado comprender que la raza, la clase social o la orientación sexual debían analizarse como parte de las experiencias de dominación que vivíamos, ¿por qué, dentro de los feminismos, no tomábamos en consideración que las experiencias de vida de niñas y adolescentes no eran las mismas que las de las mujeres adultas? Se hacía evidente que, como lo mencionan Marisa Ruiz Trejo y Caroline Betemps, "cuestionar las normas de género no implica necesariamente ser conscientes de otras formas de opresión como el racismo, el clasismo, etc. [...] Para ello es necesario incorporar una reflexión crítica y profunda de los discursos y de las prácticas" (2014: 177).

Allí me encontraba entonces, con una necesidad creciente de reflexionar acerca de los discursos y las prácticas desde una perspectiva crítica, buscando retomar historias casi nunca contadas (Curiel, 2009). Esto me llevó a emprender la investigación centrada en el modo en que las niñas y las adolescentes desarrollan su existencia como parte de un mundo no solo patriarcal, sino adultocéntrico.⁵¹ Como

⁵⁰ A lo largo del documento se utilizará el término *niñeces* para hacer referencia a niñas, niños y niños. La elección de esta palabra sobre la palabra *infancias* (que en su etimología refiere a quienes no tienen voz) es también parte de un proceso de descolonización de los términos.

⁵¹ Establecido como un sistema más de dominación, el adultocentrismo plantea la existencia de relaciones sociales asimétricas entre personas adultas y niñas, niños y adolescentes con base en la edad. Así, las personas adultas se

consecuencia, logré identificar que el patriarcado, desde corta edad, las prepara para las labores del hogar y los cuidados, y el adultocentrismo las ubica en un lugar de sumisión, ignorancia e incapacidad; ambos sistemas se combinan y potencian para ubicarlas en un lugar subalterno.

Tal como nos ha sucedido a las mujeres —se nos asignan características biológicas que pretenden definirnos—, a las niñas y las adolescentes se les adjudican cualidades y características que, de manera generalizada, se entienden como algo “propio de su edad”. Como consecuencia, existen modos de ser y deber ser que responden a la edad y, como lo plantea Manfred Liebel (2016), esto representa una forma contemporánea de colonialidad. Desde la lógica colonial, la niñez constituye una etapa para moldear, a imagen e interés del mundo adulto, los modos de ser y actuar de las niñas y las adolescentes. Sin embargo, no existe un modo único de ser niña o adolescente en el mundo. El esencialismo con el que se han considerado las *niñeces* nos hace pensar que constituyen algo fijo, inmutable, que sigue una misma lógica a lo largo del tiempo. Sin embargo, tanto el rango de edad tomado en consideración para denominar esta etapa de la vida como las características de las *niñeces* varían según el contexto histórico en el que se desenvuelven (o en el cual nos encontremos) y la cultura de la cual son parte.

A pesar de lo anterior, las categorías utilizadas por instituciones y organismos nacionales e internacionales nos hablan de una niñez homogénea cuya característica común es la de compartir un rango etario, lo que se deriva de modelos europeos extendidos como parte del proceso de conquista. Como consecuencia, la noción de niñez se moldea para hacerla encajar en la concepción eurocéntrica impuesta desde la colonia (Liebel, 2019), la cual estableció la sumisión y la pasividad de la niñez como regla. Frente a esta realidad, uno de los desafíos más importantes es descubrir de qué manera trabajar con ellas sin reproducir la lógica de dominación adultocéntrica, con la conciencia de que me ubico en una posición de poder dada mi posición adulta.

Como primer elemento tomé la determinación de concebir las *niñeces* como hechos sociales afectados por estructuras, relaciones y contextos, bajo el entendido de que no hay solo una, sino *múltiples niñeces* (Liebel, 2019). Como segundo elemento decidí presentar mi trabajo como coinvestigación participativa feminista, con base en la necesidad y el interés de respetar la agencia de las niñas y las adolescentes y ubicarlas como actoras centrales en el proceso investigativo.

plantean ciertos privilegios por el solo hecho de serlo; la adultez es el modelo ideal de persona por el cual las sujetas y los sujetos se integran y se respetan en sociedad (Fondo de Naciones Unidas para la Infancia, 2013).

Desde la perspectiva de coparticipación o coinvestigación, apuesto por la construcción colectiva de conocimiento, por la coautoría de la investigación. Como lo menciona Marta Martínez Muñoz:

Apostar por la coautoría en la construcción del conocimiento supone partir de experiencias ya existentes que comprenden que niñas, niños y adolescentes crecen en la construcción de la autonomía y que la niñez es también actora de sus contextos. Implica, además, partir de una pregunta, la que nos lleva a conocer ¿cómo elaboran las niñas, niños y adolescentes sus experiencias (vivas, heredadas e imaginadas)? Es entender las infancias como sujeto de interlocución en la construcción de interconocimiento (Martínez, 2018: s.p.).

Este acercamiento implica, como bien lo plantea Martínez, "un cambio epistémico, una perspectiva de investigación participativa de intercambio y aprendizaje de coautoría y colaborar" (2018: s/p). Por ello, a partir de la apuesta disruptiva que hice cuando empecé el proceso doctoral, plantear el trabajo desde una perspectiva de coinvestigación parecía algo no solo acorde, sino necesario y éticamente correcto. De hecho, lo era, o quizás aún lo es. Sin embargo, haber podido parar y analizar las recomendaciones derivadas de mi primer coloquio doctoral me permitió explorar la posibilidad de plantear este trabajo desde la mirada de la investigación militante, un planteo que no estuvo exento de dudas y cuestionamientos. El hecho de plantear mi trabajo como coinvestigación participativa implicó un proceso largo y complejo en el cual subyacía una razón de ser muy poderosa. Hablar de agencia en referencia a niñas y adolescentes y presentarlas como actoras centrales de la investigación parecía ser lo que necesitaba: ellas como coautoras de este trabajo y como participantes activas del trabajo de investigación. Pero en el momento de adentrarme en los postulados de la investigación militante, entendí por qué me habían hecho esta recomendación, pues se trata de una metodología que condensa muchos de los aspectos que busco, que ejemplifica lo que quiero lograr y que, como menciona Rodríguez, se orienta "hacia el logro de una transformación social, real y concreta, y que por ende está marcada por una visión ideológica. Es una forma de investigación de campo que obliga a una unión estrecha entre ideología, teoría y práctica, que resulta compleja porque enfrenta factores sociales y estructuras de poder establecidas por la construcción social" (2015: 15).

La investigación militante se presentaba pues como una metodología que busca romper la (falsa) dicotomía, impuesta por las estructuras de poder, entre saber y

Hacer. Volver a pasar por el corazón y transitar por el dolor
“Ahora que estamos juntas”...

conocimiento, y que se utiliza, en palabras de Fernández Camacho, “en investigaciones con un alto compromiso social en las que el centro no es la investigación en sí, sino que esta emerge como un instrumento de lucha” (2021: 21). Es una metodología crítica, disruptiva, colectiva, participativa y enfocada en la transformación social. Había encontrado lo que tanto buscaba.

Como lo plantea Patricia Botero (2012), este modo de investigar es un proceso de construcción de conocimiento colectivo que parte de las prácticas y formas de (re)existencia de las comunidades y los grupos históricamente invisibilizados y negados:

Hacer de la investigación arte y del arte crítica de mundo permite construir escenarios de encuentro que nos desbordan señalando que nuestras militancias también son epistémicas, pensamientos otros cuestionan la modernidad-postmodernidad disciplinar occidental y sus presupuestos de civilización-barbarie, expertos e ignorantes, que se expanden sutilmente en las teorías a partir de jerarquías que establecen el poder de quien enuncia, escribe, juzga, teoriza, legisla desde el deber ser en el mundo. [...] Construye teoría social en movimiento y se desplaza de una investigación que comprende desde el punto de vista del investigador a una investigación que plasma obras con y desde el lugar de enunciación de las comunidades plurales que tejen sentidos colectivos desde la diversidad. Aquellas que proponen un lugar de contra-poder frente a las teorías homogéneas en su modelación de mundo como progreso, civilidad y desarrollo (Botero, 2012: 32-33).

Moverse del punto de vista de quien investiga y poner el eje en la enunciación realizada desde las comunidades y los grupos invisibilizados históricamente es un postulado absolutamente poderoso; es una declaración de principios que cuestiona y trastoca formas de investigar consideradas inmutables a lo largo del tiempo y, sobre todo, es una apuesta por la transformación de las realidades.

Si bien la coinvestigación participativa entiende las *niñeces* como sujetas válidas en la construcción de conocimiento, lo cual representa un avance en relación con los modos históricamente aceptados de investigar en los ámbitos académicos, en ocasiones el proceso de coautoría o colaborar es algo limitado. Esto sucede porque, aunque las *niñeces* se entiendan como sujetas e interlocutoras válidas en la generación de conocimiento, quienes nos encontramos en posiciones privilegiadas marcamos las pautas del proceso. El punto de vista desde el cual surge la interlocución es

de quien investiga. Por el contrario, la investigación militante parte de la idea de que el conocimiento surge de los grupos mismos y cuestiona la jerarquía de la persona que investiga. Las prácticas y enunciaciones comunitarias marcan la pauta del accionar, un accionar que no tiene como finalidad el desarrollo de la investigación, sino que busca la transformación social. En este sentido se plantea que las militancias son epistémicas. Allí radica el valor de la investigación militante, en entenderla como elemento de lucha y parte de un proceso que no termina en tesis o en publicaciones académicas.

La investigación militante y las niñas y adolescentes

En los últimos 30 años, con base en los principios establecidos en la Convención de los Derechos del Niño de 1989, se ha planteado la participación como un eje en su desarrollo, como una necesidad humana fundamental. Esto ha posibilitado romper con la idea de homogeneidad y con el carácter unificado con los cuales se conciben las *niñeces* y las adolescencias, lo que permite comprenderlas como construcciones sociohistóricas, como sujetas y sujetos políticos que, al retomar su papel activo, recuperan su categoría de actoras y actores sociales (Casabonne, 2016). Tales enfoques permiten abandonar la visión limitada y limitante bajo la que se conciben las niñas, les, los niños y las, les y los adolescentes como sujetas pasivas, necesitadas de protección y cuidado, para avanzar hacia una mirada de ellas, ellos y ellos como sujetas de derechos, propia de su condición de personas.

La concepción de las *niñeces* como sujetas de derechos ha permitido observar y analizar que, frente a los mecanismos de control y dominación derivados del adultocentrismo y el patriarcado, los activismos feministas de niñas y jóvenes se han constituido como elementos fundamentales de los movimientos sociales en América Latina, tal y como lo mencionan Larrondo y Ponce: "Los activismos feministas jóvenes son protagonistas centrales en nuestra región en estos días. Se trata de sujetas políticas que están llevando adelante transformaciones enormes que cambiarán el mapa de las políticas, los derechos, la construcción de subjetividades y las formas de vincularnos unas con otras en las próximas décadas" (2019: 21). Como consecuencia, la lucha feminista impulsada por las niñas implica una ruptura con la lógica subalterna del orden patriarcal y adultocéntrico: "El dominio de las formas de producción capitalistas y de la burguesía ha motivado la separación de los espacios de la producción y de la reproducción y ha fomentado la localización de mujeres y niños en la familia nuclear organizada en forma de esfera privada" (Liebel, 2019: 47).

La presencia de niñas y adolescentes feministas comprometidas con la lucha y las transformaciones sociales subvierte el lugar de sumisión, silencio, inocencia y apatía que los órdenes de dominación les adjudican. Comprender su lugar central en los procesos de lucha, considerarlas sujetas de derechos y, sobre todo, sujetas de conocimiento, nos obliga a nosotras, y sobre todo me obliga a mí como mujer adulta que se asume feminista, a replantear los modos de vinculación con ellas, a revisar y recrear las maneras en las cuales genero diálogos inter- e intra- generacionales y me exige promover espacios de participación en los cuales su palabra y acción no queden relegadas ni menospreciadas. Trabajar desde la investigación militante con niñas y adolescentes me (y nos, ellas incluidas en este proceso) permitirá reivindicar los procesos de resistencia y reexistencia que desde sus feminismos plantean. Justamente se abre la posibilidad de continuar el cuestionamiento de las lógicas de poder que homogeneizan las niñeces y las adolescencias, cooptan las luchas y niegan e invisibilizan sus prácticas, para construir teoría en movimiento. Al mismo tiempo me permitirá considerar las niñeces como hechos sociales afectados por las estructuras, las relaciones y los contextos en los que nacen y viven y entender la existencia, no de una, sino de múltiples *niñeces* (Liebel, 2019).

Considero que la investigación militante me va a permitir dirimir uno de los dilemas más grandes que tenía (y quizás todavía tengo): cómo manejar el tema de la coautoría en la investigación. Cómo presentar este trabajo como una investigación colectiva, cómo respetar la agencia y la capacidad de generación de conocimiento de niñas y adolescentes cuando el proceso de investigación surgió, al menos en un inicio, de mí misma, de mi interés por analizar una realidad en particular. Cómo romper este lugar de poder que me otorga saber que la que escribe soy yo, que el título de doctora va a tener mi nombre y que la tesis final no puede presentarse como un trabajo colectivo, aunque se enuncie de manera constante y cuasiobligatoria la necesidad de que el trabajo se realice en colaboración con nuestras sujetas, desde una óptica feminista.

El hecho de que la investigación militante se presente como una metodología que reivindica las luchas como parte constitutiva de los saberes y busca romper con la división entre saber y conocimiento me va a permitir ubicar las reivindicaciones, necesidades, demandas y estrategias generadas por las niñas y las adolescentes en el centro de esta investigación. Asimismo, al constituirse como proceso colectivo de construcción de conocimiento, quizás mi nombre figure en el documento pero ellas no estarán ocultas ni pasarán desapercibidas. Por lo menos me aferro a eso.

El feminismo decolonial y la tarea de descolonizar las niñas

Los estudios realizados a partir de las teorías decoloniales analizan las estructuras imperiales y coloniales que han provocado el establecimiento de imágenes e imaginarios europeos en pueblos no europeos. Como parte de estos análisis, se evidencia que los modos en los que en nuestra región hoy entendemos, hablamos y escribimos sobre las *niñeces* y las adolescencias son consecuencia de modelos europeos de nombrarlas y comprenderlas extendidos a partir del proceso de conquista y colonización de los territorios latinoamericanos. Desde la lógica de la modernidad, las relaciones de poder ubican a las personas colonizadas en una situación de inferioridad en relación con las colonizadoras (Melgarejo y Da Costa, 2016) y esto es algo que, en el caso de las *niñeces*, se vuelve cada vez más evidente. Como lo mencionan Rincón, Millán y Rincón:

La colonialidad no solo ha instituido formas de relacionamiento plagadas de asimetrías, de injusticias, de explotación y dominación, sino que también ha instaurado regímenes de pensamiento, vías inalterables para conocer, legitimando y validando únicamente los conocimientos eurocéntricos, es decir, la adición de la colonialidad del poder con la del saber ha impactado la experiencia, la mente, el lenguaje, la cultura toda de los sujetos subalternos; en otras palabras, esa conjugación ha engendrado la colonialidad del ser (Rincón, Millán y Rincón, 2015: 85).

Como resultado, la colonialidad del ser (Maldonado, 2007) y la colonialidad del saber (Lander, 2000) han impactado la vida de las *niñeces* negando su carácter de sujetas de derechos y de conocimiento. Como lo menciona Ochy Curiel, "se subvaloran, se ignoran, se excluyen, se silencian, se invisibilizan conocimientos de poblaciones subalternizadas" (2014: 51).

Del mismo modo en que la mujer del tercer mundo (Mohanty, 2008) se constituyó, a los ojos del mundo occidental, como sujeto homogéneo, las *niñeces* se ven y se analizan desde una perspectiva semejante. Por ello considero necesario trabajar con los postulados de la investigación militante como parte de acciones descolonizadoras. Como menciona Ochy Curiel:

Un proceso de descolonización desde las experiencias situadas de las latinoamericanas y caribeñas supone entonces rescatar diversas propuestas epistemológicas y políticas relocalizando el pensamiento y la acción para

anular la universalización, característica fundamental de la modernidad occidental. La descolonización para nosotras se trata de una posición política que atraviesa el pensamiento y la acción individual y colectiva, nuestros imaginarios, nuestros cuerpos, nuestras sexualidades, nuestras formas de actuar y de ser en el mundo y que crea una especie de “cimarronaje” intelectual, de prácticas sociales y de la construcción de pensamiento propio de acuerdo a experiencias concretas (Curiel, 2009: 3).

Frente al sistema de género moderno y colonial (Lugones, 2008), el feminismo decolonial se ofrece como propuesta emancipadora y rupturista, espacio abierto de diálogo y en continua revisión (Espinosa, 2014). Esta propuesta constituye la base de la investigación que construyo colectivamente. Si la colonialidad se ha usado para la organización y el control de poblaciones con base en patrones eurocéntricos, la decolonialidad se refiere a procesos utilizados por quienes rechazan este modo de organización del mundo y buscan generar organizaciones alternativas a las establecidas por dicha matriz (Gómez y Mignolo, 2012). Así, si atendemos los postulados de Donna Haraway (1989), será importante recuperar los conceptos de reflexividad y punto de vista pero desde una óptica decolonial: tomar postura en la construcción del conocimiento y tener en consideración la matriz de dominación (Hill Collins, 2000) que opera en esta construcción (Curiel, 2014).

Con base en esto, el trabajo con niñas y adolescentes busca romper el cerco de la otredad y objetivación al evitar, como ejes, la colonización discursiva (Mohanty, 2008) y la violencia epistémica (Spivak, 1988). Por ello, y con base en la propuesta de Ochy Curiel (2014), trabajaré(emos) en el reconocimiento y la legitimación de los saberes de las niñas y las adolescentes, considerados históricamente saberes subalternos, y en el análisis y la problematización de las condiciones de producción de conocimiento, con la intención de descolonizar, como menciona Silvia Rivera Cusicanqui (2010), las prácticas mismas. La investigación militante, con su propuesta de lucha y transformación social se convierte, de este modo, en un elemento central de la acción decolonial. Como lo plantean Melgarejo y Da Costa:

Así, la acción de/colonial se fundamenta en presupuestos epistémicos preocupados por romper con esta interrelación “naturalizada” entre modernidad/colonialidad y por subvertir las formas sociales e históricas de comprensión para potenciar espacios de comprensión desde la teoría social sobre las luchas que abren surcos de resistencia creadora en su bús-

queda por transformar las estructuras de estas prácticas de dominación y control neocolonial (Melgarejo y Da Costa, 2016: 301).

Lo colectivo como eje y horizonte

La construcción colectiva de conocimiento es un gran desafío, sobre todo en espacios institucionalizados e individualistas. Sin embargo, cada vez más personas apostamos por trabajos, intervenciones, metodologías y acercamientos que dejen de lado el individualismo que hasta ahora ha caracterizado a la academia. Trabajar desde metodologías participativas es un elemento central en la recuperación y la revalidación de los conocimientos derivados de la acción y la práctica y su consideración como saberes válidos, pues se privilegia la transformación social y no el mero conocimiento de una realidad: "Dichas metodologías comparten el desafío hecho a la premisa positivista de que la verdad solo se encuentra al analizar el objeto de estudio desde fuera, y proponen, al contrario, que la verdad brota de la calidad de las relaciones que se crean con los 'investigados', es decir, de un compromiso más profundo y no de la distancia con el 'objeto' de estudio" (Pearce, 2011: 358).

Ubicar a las niñas y las adolescentes como sujetas de conocimiento representa una nueva lógica de trabajo dentro de la producción académica tradicional; se buscando respetar y reivindicar su capacidad en la generación de saberes y, sobre todo, en la transformación social. En ese camino me encuentro y por eso construyo y re(de)construyo en mi mente, y en mi accionar, alternativas que me permitan romper con un deber ser con el cual no me siento cómoda. La investigación militante se presenta como una metodología que condensa, en gran medida, las ideas que tengo sobre cómo realizar una investigación doctoral. La posibilidad de trabajar bajo una lógica crítica, disruptiva, participativa y transformadora como la que ofrece la investigación militante es como un abrazo colectivo en este recorrido que es, la mayor parte del tiempo, tan solitario; es comunidad frente al individualismo. ¡Bienvenida sea!

Referencias

- Botero, P. (2012). Investigación y acción colectiva IAC. Una experiencia de investigación militante. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 17(57), 31-47.
- Casabonne, C. (2016). Hacia una desmitificación de la inocencia infantil y la comprensión de la infancia como construcción sociohistórica. *Espacios y Memoria*, 1, 74-89.

- Curiel, O. (2009). Descolonizando el feminismo: una perspectiva desde América Latina y el Caribe. Teoría y pensamiento feminista. Recuperado de http://feministas.org/IMG/pdf/Ochy_Curiel.pdf.
- Curiel, O. (2014). Construyendo metodologías feministas desde el feminismo decolonial. En Mendi Azkue, I., Luxán, M., Legarreta, M., Guzmán, G., Zirion, I., Azpiazu Carballo, J. (eds.). *Otras formas de (re)conocer. Reflexiones, herramientas y aplicaciones desde la investigación feminista* (pp. 45-60). San Sebastián: Universidad del País Vasco. Recuperado de https://publicaciones.hegoa.ehu.es/uploads/pdfs/269/Otras_formas_de_reconocer.pdf?1488539836.
- Espinosa Miñoso, Y. (2014). Feminismo decolonial: una ruptura con la visión hegemónica eurocéntrica racista y Burguesa. Entrevista a Yuderkys Espinosa Miñoso. Entrevistada por J. Barroso. *Iberoamérica Social: revista-red de estudios sociales (III)*, 22-33. Recuperado de <http://iberoamericasocial.com/feminismo-decolonial-una-ruptura-con-la-vision-hegemonica-eurocentrica-racista-yburguesa>.
- Fernández-Camacho, M. (2021). Una metodología militante: "Parar para pensar". *LiminaR*, 19(1), 15-29.
- Fondo de Naciones Unidas para la Infancia (2013). *Superando el adultocentrismo*. Santiago de Chile: UNICEF.
- Gómez, P. P. y Mignolo, W. (eds.). (2012). *Estéticas y opción decolonial*. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Haraway, D. (1989). *Primate Visions: Gender, Race, and Nature in the World of Modern Science*. Nueva York: Routledge.
- Hill Collins, P. (2000) *Black Feminist Thought: Knowledge, Consciousness and the Politics of Empowerment*. New York: Routledge.
- Lander, E. (2000). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.
- Larrondo, M. y Ponce, C. (2019). Activismos feministas jóvenes en América Latina. Dimensiones y perspectivas conceptuales. En *Activismos feministas jóvenes: emergencias, actrices y luchas en América Latina* (pp. 21-38). Buenos Aires: CLACSO.
- Liebel, M. (2016). ¿Niños sin Niñez? Contra la conquista poscolonial de las infancias del Sur global. *Millcayac. Revista Digital de Ciencias Sociales*, 3(5), 245-272.
- Liebel, M. (2019). *Infancias dignas, o cómo descolonizarse*. Lima: Instituto de Formación para Educadores de Jóvenes (IFEJANT).
- Lugones, M. (2008). Colonialidad y género. *Tabula rasa*, 9, 73-101.

- Maldonado-Torres, N. (2007). Sobre la colonialidad del ser: contribuciones al desarrollo de un concepto. En Castro Gómez, S. y Grosfoguel, R. (comps.). *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global* (pp. 127-167). Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Martínez Muñoz, M. (2018). Co-investigat con la infancia. *Enclave de Evaluación y Enfoque de Derechos Humanos*, <https://www.enclavedeevaluacion.com/co-investigat-infancia/>.
- Melgarejo, P. y da Costa Maciel, L. (2016). Infancia y de/colonialidad: autorías y demandas infantiles como subversiones epistémicas. *Educação em Foco, Juiz de Fora*, 21(2), 295-332.
- Mohanty, C. (2008). Bajo los ojos de occidente. Academia Feminista y discurso colonial. En Suárez Navas, L. y Hernández Castillo, A. (eds.). *Descolonizando el feminismo: teorías y prácticas desde los márgenes* (pp. 112-161). Recuperado de <http://www.rosalvaaidahernandez.com/wp-content/uploads/2016/09/2008-LIBROS-Descolonizando-el-feminismo-PDF.pdf>.
- Pearce, J. (2011). Avanzamos porque estamos perdidos. Reflexiones críticas sobre la coproducción de conocimiento. En varios autores, *Prácticas otras de conocimiento(s): Entre crisis, entre guerras*, t. II (pp. 356-380). San Cristóbal de las Casas: Cooperativa Editorial RETOS; Guadalajara: Taller Editorial La Casa del Mago; Buenos Aires: CLACSO.
- Rincón, O., Millán, K., y Rincón, O. (2015). El asunto decolonial: conceptos y debates. *Perspectivas. Revista de Historia, Geografía, Arte y Cultura de la UNERMB*, 3(5), 75-95.
- Rivera Cusicanqui, S. (2010). *Ch'ixinakax utxiwa: una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Rodríguez, J. M. (2015). La epistemología de la investigación militante. *Diálogos del postdoctorado*, 1(6), 15-26.
- Ruiz Trejo, M. y Betemps, C. (2014). Epistemologías y prácticas feministas cruzadas: las posibilidades de la traducción y la importancia decolonial. *Relaciones Internacionales*, 27, 169-179.
- Spivak, G. C. (1988). *Can the subaltern speak? Marxism and the interpretation of culture*. Urbana: University of Illinois Press.

Entre la trama y la urdimbre. pensamientos sobre la potencia política del bordado

Teresa Díaz Torres⁵²

Fue entonces que mi madre empezó a contarme como el arte salva, encauza, consuela
Francesca Gargallo

El bordado me salvó, eso es lo que creo, y por ello para mí es muy importante. Tuve un año muy difícil entre 2018 y 2019 por lo que encontrarme con el bordado, en esos momentos, me permitió volver a la calma, despejar mi mente y pensar con un poco más de tranquilidad. Desde entonces el bordado me ha acompañado en la toma de decisiones muy importantes en mi vida como ser parte de un Doctorado en Estudios Feministas (UAM-Xochimilco).

“Resistir” (2021)



Ilustración Aneka Karabanova

⁵² Antropóloga y feminista, actualmente estudiante del Doctorado en Estudios Feministas en la Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco. Bordadora desde niña gracias a las ancestras (madre y tía) que le enseñaron a usar aguja, hilo y tela. Desde 2019 inició su camino en el aprendizaje y aplicación de técnicas de bordado contemporáneo, bajo el nombre de TerePaprika.

Hacer. Volver a pasar por el corazón y transitar por el dolor
Entre la trama y la urdimbre...

Bordar individual y colectivamente implica habitar un tiempo de mujeres, porque es un tiempo en el que estoy conmigo, con mis pensamientos, con mi creatividad, con mi cuerpo. Es un momento en el que veo y siento mis manos entre telas, agujas e hilos y soy consciente de ellas, del dolor que también es bordar, de los piquetes, de las quemaduras de los hilos, del cansancio. Es un tiempo que no siempre es de tranquilidad, ya que también se borda con ansiedad o existen instantes en los que la trama y la urdimbre se resisten, no sale, no queda. Es cuando el bordado enseña a soltar, a descansar, a empezar de cero, a continuar mañana, a dar espacio. Aprendizajes que aplico en mi vida diaria.

Bordar en colectivo implica lo anterior al tiempo que incluye reunirte con otras y otros hacer algo que amamos en un espacio en donde el bordado se genera rodeado de pláticas, cantos, risas y algún llanto. Bordar en colectivo significa también estar abierta a escuchar, a compartir, a aprender, a implicarse. Es un lugar en donde entre bordadoras conspiramos-respiramos con, bordamos con, nos ponemos de acuerdo y afrontamos el desacuerdo. Cuando bordamos en colectivo tejemos amistades y, entre aprendizajes y acompañamiento, también desbordamos. Por lo que bordar significa en mi vida el encuentro con muchas personas maravillosas con las cuales he compartido estos últimos años de mi vida y que sin la mediación de este arte tal vez hubiera sido imposible coincidir.

En este tiempo de reflexión he podido pensar qué es lo feminista en mi bordado y descubrí que lo feminista está puesto en el proceso. Reconocí que el bordado sólo lo he aprendido de mujeres: de mi tía Bety, de mi mamá, de Georgina, de las mujeres que ponen sus conocimientos en tutoriales de YouTube. Cuando bordo en realidad no lo hago sola, lo hago con ellas a través del conocimiento que me compartieron. Bordo con la puntada de mi tía Bety, con el nudo que me enseñó mi mamá, con el remate que me mostró Geo y he tenido la oportunidad de compartir estos conocimientos con Mariana, Lidia y con otras mujeres. Así, las piezas que realizo son mías, pero están construidas con los conocimientos de mujeres muy importantes para mí.

“Corazones” (2021)



Ilustración: Natalie Rae

Por otro lado, cuando tuve oportunidad de ir al “Aquelarre Bordador”, espacio que era de mujeres y personas no binarias, el cual desapareció por la pandemia de Covid-19, encontré un lugar seguro en donde pude expresarme y generar preguntas que en otros espacios no puedo hacer. Era un espacio respetuoso e inclusivo donde nos maravillábamos de nuestras piezas, nos echábamos porras, escuchamos y aprendimos, no solo aprendimos sobre bordado, sino de muy diversos temas en donde nuestras experiencias estaban presentes, hablábamos sobre lo que nos sucedía, de lo que sabemos, sobre las violencias que nos atraviesan, nuestras preocupaciones. Era un espacio en donde compartimos materiales, puntadas, telas, pero también compartimos enojos, dolores, frustraciones, cariño y amor. Era un lugar en el cual muchas preguntas feministas que no han acompañado por largo tiempo se volvían a producir. Las piezas que construimos en esos momentos de complicidad y conspiración hablan de nosotras, de nosotros, de nuestros gustos, de lo que amamos. Las piezas que ahí se crean pueden tener una lectura feminista o no, pero para mí lo más importante es su producción en colectividad a través y a partir de nuestras experiencias, en momentos de desahogo y muchísima autonomía.

Pensando sobre la potencia política del bordado he reflexionado sobre cómo varias mujeres me han dicho que no les gusta el bordado porque lo asocian a un “deber ser mujer”, es decir, una mujer debe saber cocinar, lavar, bordar, etcétera... Lo vinculan a algo femenino y pasivo. Yo nunca lo vi así, pero entiendo porque lo piensan de esa manera. A esas mujeres les he comentado como el bordado tiene una potencialidad enorme y la diversidad de cosas que se pueden hacer con él: se bordan corporalidades, deseos, se cuestionan narrativas, se usa para pedir justicia, se borda por la memoria, a través de él se mantienen vivos conocimientos de pueblos indígenas. En consecuencia, el bordado es un archivo tanto personal como colectivo, es un lugar de acción y un espacio de enunciación. Bordamos en nuestros hogares, pero también bordamos en el parque, en la banqueta, en la calle, bordamos juntas en la marcha del 8 de marzo de 2022 en la Ciudad de México una manta enorme en donde cada una de nosotras agregaba una puntada, lo que me hizo pensar en las palabras de la gran Francesca Gargallo: “bordar en el espacio público conlleva un proceso de sensibilización, implica una búsqueda de lo humano, una discusión colectiva para la reconstrucción del espacio público: remendamos el tejido social” (2020, p. 221). A través de él las mujeres nos expresamos y nos encontramos. Creo que su potencia política radica en la posibilidad de ser: diverso, múltiple, de no tener reglas estrictas o definidas, de poder experimentar, hablamos con él, gritamos con él, al bordar las mujeres nos bordamos a nosotras mismas y nos desbordamos, por eso como nos recuerda Francesca: “una puntada nunca es un hecho banal” (Gargallo, 2020, p. 224).

Hacer. Volver a pasar por el corazón y transitar por el dolor
Entre la trama y la urdimbre...

“Mano que florece” (2021)



Patrón por LaBuentempería y Apiculae

Con el bordado que realizo no intento todo el tiempo mantener un mismo discurso, aunque sí existe, pero me interesa que el espectador y la espectadora piensen qué hay atrás de esta pieza, cuánto tiempo llevó hacerla, cómo se imaginó el boceto, cómo y por qué se eligieron los colores, por qué la autora está bordando esta pieza en este momento, por qué usa estas puntadas y no otras, qué sucedía en la vida de la bordadora mientras se generaba esta obra. Creo que muchas veces todas estas preguntas se omiten porque sólo pensamos en lo que nos dice la pieza o lo bonita que es: mis bordados no sólo son la obra final, sino que están implicadas en un proceso que lo hace una propuesta política.

“Intimidaciones mujeriles” (2020)



Ilustración de Bibabash

Mi bordado siempre está anclado a mi contexto individual y colectivo, bordo manos que florecen porque pienso en la capacidad que tenemos las mujeres para crear con nuestras manos. No sólo me remito a bordar, pienso en la escritura por ejemplo y me sorprende al descubrir que bordado y escritura están ligados como trama y urdimbre. Bordo a mujeres desvestiéndose porque para mí implica la posibilidad de mostrar nuestros cuerpos, pero además significa cambio, transformación, movimiento, esto está presente en lo que yo percibo del movimiento de las mujeres, el deseo de destapar-nos, de cambiarnos y cambiarlo todo, de dejar de ser semillas para florecer. Bordo cosas que me identifican, que son parte de mí, de mi trayectoria. Bordo con otras bordadoras y bordadores a partir de patrones compartidos como los de Geo y Bee⁵³, tomamos el mismo patrón y cada una de nosotras y nosotros le damos una interpretación, lo cual para mí significa otra manera de hablarnos, comunicarnos, escribirnos, una misma imagen nos remite a cosas muy distintas, pero también no permite converger. Bordo corazones latientes, el de mi mamá, el de Lola y Tomás (mis compañeros animales), el de Ángel, el mío, corazones que arden, que son fuego. El bordado me reta, necesito conocerlo técnicamente, busco armonía en el color y equilibrio, mi yo exigente siempre está en la urgencia de nuevas puntadas que me permitan tener más herramientas para expresarme en la siguiente pieza.

“Latiente” (2021)



Patrón por LaBuentiemperia y Apiculae

⁵³ Geo tiene su propia marca llamada LaBuentiemperia, a través de ella ofrece talleres de bordado y vende artículos para su realización. Bee tiene un perfil en Instagram denominado Apiculae, en él muestra y vende su trabajo de ilustración y bordado.

Hacer. Volver a pasar por el corazón y transitar por el dolor
Entre la trama y la urdimbre...

Después de este recorrido, me gustaría terminar con unas palabras que son fuerza para mí:

La técnica del bordado “produce” algo entre las personas: memoria, abstracción, solidaridad. Valorar el bordado es darle vueltas a las jerarquías sexuales, enarbolar una disidencia con el arte comercial, apelar a un lenguaje no verbal y volver/actualizar/resignificar las tradiciones más profundamente arraigadas, porque permite la identificación de las bordadoras con los sentidos considerados inferiores: tacto y olfato (Rizzo en Gargallo, 2020, p.225).

Es por todo esto que les invito a bordar y en su proceso dejarse desbordar.

Referencias

Gargallo, Francesca (2020). *Las bordadoras de arte. Aproximaciones estéticas feministas*, México, Editores y Viceversa.

SENTIR

Una hilera de fosforitos encendidos

Sonrí. Pirómana
Crystel Sofía Díaz Díaz

Sentir feminismo, sentir el feminismo, los feminismos, el feminismo como un sentir en tiempos de pandemia. Sentir implica, al mismo tiempo, experimentar, percibir, lamentar, juzgar, padecer según la normatividad de la lengua castellana. Aunque sentir, más allá de la norma, también es la sonrisa de la pirómana frente a una hilera de fosforitos encendidos, como explica Crystel Sofía. En este apartado nos preguntamos por los diversos sentires que habitan *la cuerpa* y acompañan el trabajo intelectual feminista, la acción política antirracista y la creatividad transfeminista. Sentir sin perdón y sin olvido, anota Montserrat.

Este apartado, memoria de las que hablan recio, abre con el foto ensayo: “Corposentir: de la que soy y de cómo me reinterpreto a través de mis propias imágenes”, de Lucero M. Batista y fotos de Annie Hervert, donde todas las peripecias de la pandemia se transforman en una oportunidad de autodescubrimiento por medio de un proceso creativo autobiográfico. Desde un lugar similar, continúa Crystel Sofía Díaz Díaz con su ensayo: “‘Y una es necia pues’: Reflexiones sobre el ímpetu y sus consecuencias”, donde explora la fuerza que emerge en medio del estudiar y el hacer teatro, el trabajo precario y el trabajo materno, para habitar espacios interculturales y apostar por procesos creativos con metodologías feministas: aprender a caminar en la orilla del espejo. Aprender bailando, actuando, cuestionando, acompañando para resistir es el sentir de María Fernanda Enríquez Valencia, en su ensayo: “Diálogos con y desde las cuerpas que danzan”, donde como bailarina feminista reflexiona sobre el yo en los procesos creativos y de investigación y el sentir que nace y se politiza cuando la danza deviene escenario de lucha y transformación.

Sigue María del Pilar Ruiz Reyes, con su ensayo: “El tiempo, ese gran olvidado”, en el cual siente aquello que por años ha sido académicamente soslayado: el tiempo... tanto íntimo como colectivo. El tiempo como cohesor social, el tiempo en la investigación, el tiempo en las prácticas de la vida cotidiana se transforma aquí en una clave orgánica y funcional para rescatar las capacidades de asombro y de sensibilidad en el trabajo intelectual y la investigación comprometida. Investigación que aún hoy genera un grupo importante de preguntas como las que aborda, hablando recio, Daniela Pinedo Torrentera en su ensayo: “Hablando recio y desen-

terrando mi voz”, donde pregunta por aquellos sentires que acompañan a cuestiones como el lugar de enunciación en la investigación, la ética hacia quienes comparten sus voces y, en especial, el lugar del arte en una tesis. Sentir la propia historia y asumir responsabilidad histórica como productora de conocimiento implica para Daniela asumir el compromiso de buscar maneras de hacerlo existir aquello que usualmente nos dicen no puede existir en la academia. Hacer existir es una de las varias luchas que las mujeres lideran en Abya Yala desde la digna rabia, de la cual habla Montserrat Aguilar Ayala en su ensayo: “Reflexiones sobre el miedo y la digna rabia”. Montserrat habla, en tres momentos y espacios distintos: los bombazos del 15 de septiembre en la ciudad de Morelia en el 2008, la trata de niñas y el contagio de lepra en Pinzandarán, tierra caliente michoacana y, por último, el racismo y la colonialidad en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas (Jovel), de la furia feminista que anima los diversos sentires propios de la luchas en nuestro territorio, donde la consigna siempre será: ¡ni perdón, ni olvido!

Este apartado cierra con el “Dossier” de Silvestre Barragan donde hace un recorrido por distintas piezas gráficas y de video que han guiado las reflexiones propias de su devenir político y sus apuestas por prácticas creativas que aporten a la creación de otros mundos posibles.

Corposentir: de la que soy y de cómo me reinterpretó a través de mis propias imágenes

*Lucero M. Batista*⁵⁴

El pre-inicio de este viaje comienza en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas en Marzo de 2019 cuando apenas llevaba un par de meses cursando la Maestría en Estudios e Intervención feminista, el inicio de este viaje comienza justo después de saber que nos atravesaría un contexto pandémico de COVID-19 y que por esta razón, casi como por maldición darwiniana, todo lo que tenía planeado para mi proyecto tendría que adaptarse o perecer.

El proyecto original se centraba en realizar un taller de acompañamiento feminista que tuviese como herramienta principal la performance y así abrazar el camino de las participantes en la realización de su propio trabajo performativo, pero esto no fue posible por las condiciones sanitarias y por lo arriesgado de concentrar personas en un espacio para generar nuestro grupo.

Es aquí donde mi trabajo sufre la primera transformación, porque tuve que tomarme de la mano y realizar mi propio acompañamiento, transformar todas las peripecias de la pandemia y convertirlas en una oportunidad de autodescubrimiento y

⁵⁴ Afrofeminista, artista performer y cantante, cursó la licenciatura en sociología y posteriormente la licenciatura en Teatro ambas por la universidad Veracruzana, Maestra en Estudios e Intervención feminista por el CES-MECA, es gestora cultural en Foro multicultural patio de la estrella en Córdoba Veracruz y miembro activa de la Colectiva Feminista ko'olelm. Su apuesta es visibilizar a través de la performance la diversidad de cuerpos existentes y renombrarlos como corposentires. Para ella es importante renombrar su cuerpo de una manera diferente a la impuesta hegemonicamente porque de esta forma la hace suya. El corposentir es la simbiosis de la carne que habitamos con las emociones que nos conforman y que, a su vez, contiene los sentipensares, es el medio sensible donde experimentamos nuestras realidades estrictamente relacionadas a las opresiones de un sistema cis-heteropatriarcal.

creación (escribo esto siendo consciente del privilegio que me atraviesa tener una beca que cubre necesidades básicas, porque el contexto de pandemia trajo consigo desestabilidad socioeconómica y defunciones para las familias mexicanas).

La importancia de que este proyecto fuera posible se erigió principalmente en tejer redes de apoyo dentro de un contexto de segregación social que si de por sí ya existía, con la pandemia se volvió abismal, porque para muchos fue enfrentarse a la soledad pero para mí, fue habitar una soledad dentro del proceso creativo que me hizo saberme acompañada de quienes creyeron y participaron en mi proyecto. Así que como estrategia para transitar esta pandemia tuve que transformar todos los altibajos emocionales y de incertidumbre que acarrea el habitar un futuro pandémico incierto y convertirlos en arte, teniendo como resultado lo que a continuación presentaré.

Corposentires en resistencia

¿Qué es lo que le duele al corposentir? Son todas las viejas heridas que se abren al mirarse al espejo, las palabras impregnadas en la piel, los días malos donde no te reconoces en la carne que habitas: porque no soy sólo piel, no sólo soy estas formas, hay contenido en mi carne, hay historia en mi epidermis: historias de amores heteronormados, autocuidado, descuidos, cicatrices de operaciones, estrías, partes del cuerpo oscurecidas, callosidades, sudores, pieles que respiran en resonancia a antiguas vivencias, voces y cánticos de mi Avita y de mi tía Ofelia.

El desnudo constituye en sí mismo visajes que contienen en esencia toda una manera de percepción de los corposentires y los modos en que estos pueden ser mostrados, estos visajes bien pueden contener “tintes naturales” de la propia piel revelada, sin embargo se encuentran sometidos a parámetros simbólicos de entendimiento corporal y de interacción de quien se desnuda en relación a la otredad que comparte la realidad del desnudo.

Pero, observado desde otra arista, donde no exista ningún espectador, ¿cómo es que se establece esa relación con nuestros propios corposentires desnudos en la intimidad de nuestra mirada? ¿Qué es lo que observamos? ¿Cómo nos interpretamos desde nuestros propios ojos? ¿Esa imagen coincide con la que observamos frente al espejo? Porque no es lo mismo observarnos desde las alturas de nuestros ojos hacia abajo, ver los senos desnudos, las caderas prominentes, el abdomen, nuestros pies, a vernos de frente a un espejo. ¿Cómo me reinterpreto a través de mi propia mirada, a través de la imagen que lanza el espejo? Y al fotografiarme ¿Estas tres imágenes coinciden? ¿Cómo me siento con eso?

En este proceso de auto reconocimiento para mi proceso creativo y de aceptación a mi corposentir, decidí contactar a Annie Hervert, fotógrafa feminista y amiga muy querida, y platicarle sobre este proyecto, muy amorosamente accedió a tomarme estás fotos al desnudo que le pedí. Porque existen diferencias entre la imagen que percibes a diario en el espejo, la imagen que obtienes desde la altura de tus ojos hacia abajo y la misma imagen plasmada en fotografías.

Realizamos esta sesión de fotos en la Pitaya, Veracruz, sitio ubicado a 10 minutos de Xalapa, es un bosque de niebla que tiene en sus entrañas ríos caudalosos de agua cristalina, siempre me he considerado mujer de agua y es en este elemento donde me encuentro más cómoda.

Todo se desarrolló en la ribera del río y dentro de él, Annie comenzó a guiarme a través del bosque, y la sesión de fotos dio inicio. La guía amorosa de Annie hizo de ese espacio un lugar seguro y de acuerpamiento.

Al principio de esta experiencia me sentía muy tensa, la energía no fluía en toda mi cuerpo, mis manos sudorosas, mis pies fríos, y mis brazos pesados, como si cargase en ellos todas las críticas que he recibido de mi corposentir en estos 30 años, es difícil desnudarse ante uno mismo, pero más difícil aún, desnudarse ante alguien, aunque ese alguien no represente ninguna amenaza ante ti, aunque ese alguien sea amoroso, es difícil desnudarse, porque el desnudo siempre será para ti, para tus prejuicios, preconiciones, críticas y autolinchamientos corporales.

Foto 1



Mis pies torpes caminaban sobre la hierba de la rivera del río, luego entre las piedras resbalosas del mismo, Annie comenzó a hacer unas fotos de prueba, para este entonces aún contaba con mi ropa y me propuso respirar profundamente ya que mi cuerpo estaba visiblemente tensa. Respiré, inhalé el verde fresco del bosque y la humedad de su río, y al exhalar, en modo de alivio, fueron liberándose gradualmente todos los grilletes de mi piel.

Foto 2



El desnudo fue gradual, fue a mi tiempo y a mi paso, hasta deshacer inseguridades que eventualmente se manifestaban en el movimiento de mi corposentir, porque parece que esos fantasmas nunca se van, parece que esos fantasmas continúan latentes, ese día se iban de a momentos y sólo por instantes me dejaban sentirme ninfa de agua, reflejo vehemente de Oshun, las texturas del bosque se impregnaban en la piel y a través de este baño de bosque fui poco a poco regresando a mi estado natural.

¿Quién soy yo a través de esta carne? ¿Quién soy yo a través de mis ojos? ¿A través de los ojos de la otredad? Cuando era niña, me gustaba ponerme frente al espejo que había en el ropero de cedro de mi avita (abuela) ponía mis dos manos recargadas en él, acercaba mi rostro tanto hasta que mi nariz topaba con él y lo empañaba, me veía a los ojos y en un ejercicio hipnótico me decía:

Foto 3



“Esta soy yo, esta es Lucero” después me iba despegando de a poquitos, hasta poder ver mi rostro completo, y observaba con detenimiento cada parte de mi rostro, mis ojos con ojeras, ya que siempre padecí alergias que no me dejaban dormir, mi nariz aguileña, mis labios abultados, mi carita ovalada, mis escasas cejas, a esa corta edad tenía consciencia de que no, yo no sólo era esa imagen que observaba, y reconocirme en el espejo era el ejercicio diario de todos los días, no sé en qué momento la mente de niña se empieza a llenar de juicios sobre tu corposentir.

Foto 4



No sé en qué momento dejas de observarte sin prejuicio, porque a veces aún cuando me miro al espejo las percepciones que lanzo sobre mí, no son mis palabras, son el eco de todas esas voces que me trasgredieron.

Lleva tiempo sentirse cómoda en el corposentir que habitamos, a veces parece que no avanzamos, que caminamos en espirales descendentes y eso me pasó durante la experiencia de estas fotografías al desnudo, el miedo de mostrarme me paralizaba, y por ende, mi cuerpo se bloqueaba. ¿Todes sentiremos esto al momento de desnudarnos? Ha sido el odio a nuestra carne un dogma que hemos aprendido a través de los años.

Sentir. Una hilera de fosforitos encendidos
Corposentir...

Foto 5

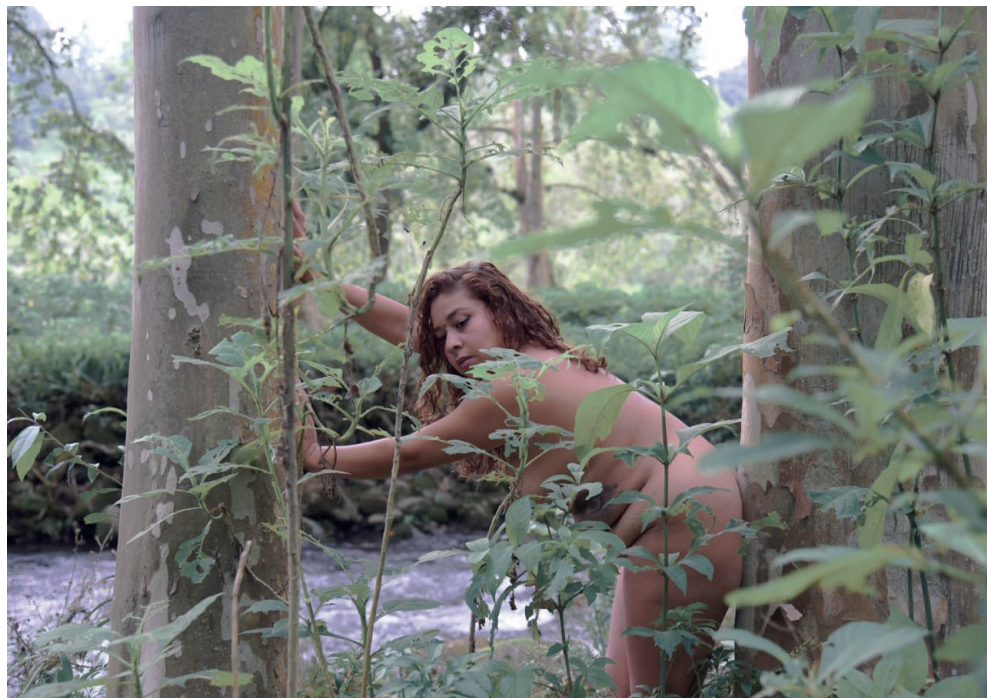


Foto 6



Foto 7



Es así cómo esta travesía de imágenes me condujo a verme con detenimiento para encontrar contradicciones y aciertos en mi propia mirada e interpretación, desde quien observa fuera de sí (yo) algo que no le pertenece en piel propia (imagen). Teniendo así un producto externo o quizá una extensión de quien se es pero también de quien no se es, bajo esa lente surgirán muchas interpretaciones de las fotografías, desde mis ojos principalmente pero también desde quien mira fuera de mí.

Este ejercicio de transitar con la mirada cada parte de mi piel, de hacer *zoom* en cada una de las supuestas imperfecciones, de cada uno de los pliegues de la carne, de las estrías, de los lugares oscurecidos, no fue en el afán de hacer poético el registro de la carne; lo que me interesaba y el objetivo principal de estas fotos, es enunciar a través de las imágenes cómo es que una cuerpo gorda, racializada se vive en su crudeza, de cómo existe en una realidad que siempre le ha enunciado que su cuerpo está mal por ser gorda y prieta. Tal vez desde esa arista encontraremos posibles estrategias de resignificación a lo bello que (más allá de un canon de belleza blanco y delgado) se encuentra en vivir la soberanía de la piel en nosotros, pese a nosotros, en los otros y pese a los otros.

Foto 8



“Y una es necia pues”: Reflexiones sobre el ímpetu y sus consecuencias

Crystel Sofía Díaz Díaz⁵⁵

Me llamo Crystel; soy mamá y asalariada, lo cual, en condiciones diferentes a las de la pandemia, no tendría mucho de relevante, o quizá sí, el privilegio de tener un empleo, temporal, pero empleo al fin. Sin embargo, ahora en pandemia, al ser mamá autónoma y la única mujer en un equipo de trabajo mi panorama ha cambiado, todo se ve distinto. Soy mamá, asumida como heterosexual, soy resultado de migrantes hondureños, de norteros traídos a Chiapas por la revolución, de indígenas y de mestizos, lo que sea que eso signifique. Me apellido Díaz, muy común por estas tierras. Soy asalariada sí, pero en precariedad laboral, como tantas. Del sur, chiapaneca. No soy blanca ni negra, sino resultado de muchas raíces, lo cual me hace buscar y sentir la necesidad profunda de conocer y reconocer mi historia. Mi hijo, por azares del destino y de un no menos azaroso capricho genético, me salió “güerito”, al menos así lo ve la gente porque su piel es menos morena que la mía. “Mejóro la raza”, dicen unos, “¿quién será su mamá?”, “¡seguro el papá no es de aquí!”, “ella está bien prieta, ni parece su hijo”, “¿de dónde se lo habrá robado?”, dicen otros. Pero cargué al *pichi*⁵⁶ con chal como lo hacía mi abuela y le doy “chichi”, yo, la prieta, “al güerito”.⁵⁷ ¡Habrás visto! No soy blanca, no soy negra, pero la palabra *prieta* comienza a resonar, es fuerte y me gusta pero aún no la entiendo. Conozco el prejuicio y el peso de la blanquitud, como categoría de análisis pero también en carne propia, en cuerpo propio, “no como cuerpo individual, pues el cuerpo tiene una

⁵⁵ Licenciada en Literatura por la UNACH y maestra en Antropología por la UNAM.

⁵⁶ En los Altos de Chiapas es una expresión común para referirse a niñas y niños pequeños.

⁵⁷ De tanto andar bajo el sol “el güerito ya agarró color”, “ya cambió mucho”, insisten las y los vecinos.

memoria, tiene ancestralidad, el cuerpo es siempre en relación con otros cuerpos", dice Delmy Tania Cruz Hernández (2021) en "La defensa de los territorios desde una clave feminista comunitaria", charla enmarcada en el diplomado "Sembrar rebeldía. Investigación y acción feminista desde el Sur".

Este espacio es mi segundo acercamiento a eso que llaman "feminismo". Honestamente, decidí hacer parte de él más por ímpetu que por cualquier otro motivo. Ímpetu, sí, pues la triple jornada laboral no deja tiempo para el contrat tiempo y menos ahora, en pandemia, cuando muchas mujeres simultáneamente crían, maternan, limpian, cocinan y, "con suerte", tienen una jornada remunerada, de esas en las que el trabajo de cuidados se invisibiliza a favor de la productividad y la eficiencia pues, como asegura Karina Vergara: "criar a las mujeres en la compulsión por la limpieza y la condena a la casa desarreglada es un ejercicio patriarcal para que, exhaustas, no podamos volar para encontrarnos en aquelarres nocturnos. Una casa brillante habla de una mujer con las alas dolorosamente destrozadas".⁵⁸

Así que, en pandemia, entre trastes, ropa sucia y una jornada remunerada pero implacable no queda mucho tiempo para el caos, ese otro, el bonito, el no formal, el prometedor. El ritmo de vida y el yugo de la productividad nos deja exhaustas, tan individuales que no hay tiempo para las redes, para la discusión, porque no hay tiempo para "salirse del huacal", como decía mi abuelita. Y hay desvelo, cansancio, incertidumbre... pero también ganas y cierta alegría. "Sembrar rebeldía" era un guiño (¡en pandemia!).

Con el riesgo de ser autorreferencial, los párrafos anteriores responden al argumento que lanzó Tania Cruz (2021) sobre el "pensar situado [en] el lugar desde donde hablo", así que en las siguientes líneas intentaré articular algunas de las ideas que resonaron, que se anotaron, las que (se) movieron a propósito de sus palabras y las de Julia Antivilo, quien participó en ese mismo diplomado. En realidad, más que ideas son preguntas, pues el acto de escribir impone y el de reflexionar dispone, en medio de la marea de inquietud, molestia, a veces coraje, a veces emoción, que son los sentimientos que mi transitar por el citado diplomado me dejó. Estas letras, en sí mismas, son la consecuencia de mi ímpetu... una botella lanzada a la mar.

Una hilera de fosforitos encendidos

De niña, con la televisión como único entretenimiento vespertino, recuerdo haber visto a Lisa Simpson (con sonrojo noto que la referencia no tiene nada de académi-

⁵⁸ Twitter de Karina Vergara Sánchez (@indomitaversa) del 5 de mayo del 2020.

co) del programa *The Simpsons*.⁵⁹ Dado que provengo de una familia bastante "tradicional", me llamaba la atención ese personaje amarillo, pues era "contestona" y quería que su muñeca Stacy fuera un ejemplo para otras niñas, además, era vegetariana. En la década de 1990, las opciones de las niñas para acceder al "arte" en San Cristóbal de Las Casas se reducían a los talleres y a los títeres de las matinés sabatinas en el Centro Cultural El Carmen. Había escuelas de música pero costosas, de apellido rimbombante, por eso representaban un lujo al que no todas teníamos acceso. En casa había un par de libros de la colección *Reader Digest*; los vecinos tenían *Lecturas clásicas para niños* con Medusa en la portada, editado por la SEP. Así las cosas, es evidente que "el arte históricamente ha contribuido a la construcción de un sistema discriminatorio en términos sociales y culturales, cuestión que ha constatado la historia del arte feminista" (Antivilo, 2013: 30). Así que muchas pasamos las tardes frente a la televisión.

Mi vida académica transcurrió en instituciones públicas. Estudié la universidad en Tuxtla Gutiérrez. Y sí, por supuesto, soy privilegiada por haber podido acceder a ese espacio. Cursé las materias e hice teatro universitario, lo cual, según palabras de más de dos académicos investigadores "estrella" no era posible: "Decídase: o estudia o hace teatro, pero usted no puede hacer las dos cosas, no se distraiga", me dijeron. Así que, presa del rigor y el terror académico, seguí sus sabios "consejos" e hice lo que debía hacer, estudiar y hacer teatro con la compañía Letra y Movimiento.⁶⁰ Con el tiempo la exigencia y la desaprobación aumentaron. La rebeldía es una bibliotecaria caprichosa y, en algún momento, casi por coincidencia aparecieron Virginia Woolf, Elena Garro, María Moliner y otras, contundentes, lúcidas... Pero eran pocas, ¡poquísimas!, pues el canon huele a perfume de caballero y en el teatro ini se diga! ¡Vaya vecino incómodo! Y es que, como dice Julia Antivilo (2021), "con el arte hay que incomodar, incomodar-nos". Ímpetu al fin y una es necia pues.

Después de mi formación teatral, mucho después, fui docente; tenía 22 años, currículo incipiente, deudas, dudas y emoción. Fue en un proyecto "innovador" en este sureste mexicano; una universidad nueva en la vieja y conservadora San Cristóbal de Las Casas. El diálogo de saberes era una de las banderas dentro del diseño curricular, además, se presentaba como promesa de "reivindicación para los pueblos indígenas", así decía el papel. Y yo, con el español como única lengua, impartí

⁵⁹ Serie estadounidense en formato de animación con aproximadamente 30 años de transmisión.

⁶⁰ La compañía de teatro universitario, Letra y Movimiento, de la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma de Chiapas tiene una trayectoria de más de 20 años y en sus inicios era un espacio *sui generis* dado su carácter extracurricular y la formación en teoría e historia del teatro, técnicas actorales, acondicionamiento físico, nociones de iluminación, escenografía y maquillaje.

clases en esa universidad intercultural. Pero, qué significa(ba) “enseñar algo” a mujeres indígenas; desde qué lógica y paradigmas una “enseña y aprende”; qué implicaba que antes de llegar a clases hicieran trabajo doméstico o viajaran una hora desde sus pueblos hasta la escuela; qué implica caminar la universidad con doble o triple jornada a cuestas; cómo aprendería aquella que llevaba al *pichito* en la espalda; cómo se piensan, construyen o discuten los saberes en esos ambientes si no se comparte, conoce o entiende la lengua o la cosmovisión; quién aprende de quién, y cómo hacerlo sin pensar en el género como determinante.

Caos: las dudas y el conflicto estuvieron presentes, pero un día, ante la emergencia de ese caos, hicimos teatro. En “kaxlan y en lengua”,⁶¹ me dijeron. Por fortuna dejé de ser la maestra y me volví *estudiante*, aprendiz que escuchó cómo se hacían las cosas, cómo se decían, cómo se leía, cómo se organizaba y se escribía la vida desde distintas manos. Así, con la estudiante tsotsil que olía a leña porque antes de la clase de redacción hacía tortillas, con la madre tseltal de 19 años que llevaba a su *pichita* a clases, con la chica que “se huyó” de Oxchuc antes de que la casaran, con la mujer que trabajaba como empleada del hogar al terminar la escuela... Así, sin teoría ni técnica hicimos teatro. Ellas se nombraron, se impusieron, rieron, hablaron fuerte y se abrazaron. Que las oyeran. Alto. Alto.

Cómo vivían aquellas estudiantes su experiencia de universitarias. Cómo volverían a sus lugares de origen al ser las primeras en salir a estudiar (¡vaya! ¿querían volver?). Eran mujeres indígenas, *estudiantes* que hacían teatro en una universidad intercultural; todas empeñadas en ir contra las olas. El teatro les permitió la comunicación para la queja y la denuncia, pero también para la alegría. Lo cotidiano era materia para narrar, denunciar y cuestionar... No hubo metodología, ni créditos curriculares, ni herramientas, ni tiempo; la chispa se nos apagó con el cambio de semestre. Además, la precariedad laboral no dejaba mucho espacio para aprender y acercarse a eso que llamamos “arte”.

En contextos interculturales de enseñanza-aprendizaje el teatro constituye una ruta hacia un lugar que no se determina de antemano. Arriesgado es hacer teatro en espacios interculturales y con metodología feminista, ¡vaya lío! Hacíamos teatro, entre universitarias, indígenas, *kaxlanas* (inexpertas), con emoción, experiencias de vida, en un proyecto “innovador” aquí, sí, pero construido desde una lógica que no daba cabida a la experiencia (situada) como mujeres. El arte y la academia han sido

⁶¹En el 2006 la Universidad Intercultural de Chiapas inició su oferta educativa con cuatro licenciaturas. En un primer momento la mayor parte de la matrícula se conformó con hablantes de tsotsil, tseltal y, en menor número, zoque, ch’ol, tojolabal y en casos excepcionales q’anjob’al. El término *kaxlan* se usa normalmente para referirse a “lo que no es indígena” “alguien o algo que es de fuera”, en este caso, el *kaxlan* se refería al español.

y son campos de poder masculino; entonces, cómo investigar, crear, proponer a partir de tantas realidades. Pensar en el arte desde una metodología feminista es para mí una novedad porque pensar en un arte feminista es "tomar en cuenta el cuerpo en un sentido integral" (Antivilo, 2021). El cuerpo es un archivo... eso dijo Julia. La pregunta era cómo vivir y pensar la experiencia teatral desde esta mirada.

Ante tal panorama y al reflexionar sobre los retos y las carencias pero también sobre las oportunidades y las posibles rutas para viajar por esos contextos del Sur, en "Mi cuarto propio en la investigación feminista", Julia Antivilo propone: a) analizar el contexto de estudio pero también el propio (desde dónde se va a hablar), b) la bibliografía siempre da más bibliografía, c) conversar y ser generosa con los hallazgos, d) escribir ponencias, ensayos, lo que sea [...] y e) visitar bibliotecas, archivos, museos (Antivilo, 2021). Hay caminos, entonces los hay. Es necesario sacar al teatro de los recintos; ver, leer y releer autoras, hacedoras. Vuelven las palabras de Julia: "desde el arte, el feminismo reivindica el derecho a autorrepresentarse, subvirtiéndolo 'esos valores' que se han asignado según el género" (Antivilo, 2013). Entonces, cómo pensar, sentir y hacer teatro con mirada feminista. Hay que pensar en "la acción participativa como una certeza [...] un eje central de toda metodología feminista [...] porque el feminismo es acción [...] acción que teje" (Antivilo, 2021). Y sigue: "un gran aporte de las metodologías feministas es terminar con esta idea de la racionalidad y la objetividad por sobre la intuición y los afectos [...] derribar el mito de la neutralidad y la universalidad [...] lo universal planteado desde lo masculino, heterosexual, del primer mundo" (Antivilo, 2021).

Tales ideas rompen con el esquema de considerar lo personal, lo subjetivo y lo afectivo como ámbitos desde los que no puede construirse. Es una apuesta, pienso. Hay más todavía: Julia propone una "caja de auxilio" y el tema se vuelve querible, cálido. ¿Se puede hacer investigación de otra manera? "Si se estresa y se bloquea, sálgase de su casa a ver a sus *amigues*", dice. Vaya, ¡hay que detonar lo creativo! Al oír esto cualquiera de mis viejos profesores universitarios prepararía la leña verde para la hoguera, porque el acceso al arte y a la academia también son privilegios —la academia, la implacable—. Me pregunto qué veían esas niñas en las matinés sabatinas, qué hacer ahora con la generosidad de los parques: aquellos espacios al aire libre cuyo acceso es gratuito.

Queda, quizá, plantearse trabajo personal pero también colectivo; aprender y reaprender de y con las otras cuál es la responsabilidad social al ser universitarias; tener clara la función del arte desde las "lentes" feministas; empezar y aprender de las metodologías feministas. "La colectividad es punto de partida en el movimiento" (Cruz, 2020: 102) pero, cómo hacer colectividad, cómo sortear los privilegios de

unas y de otras. Me adscribo a la idea de que “el contacto con *les autres* es fundamental, la escucha, el descubrir cosas juntas, dar herramientas, aplicarlas, desarmarlas, hacerse preguntas y más preguntas, y responderlas entre *todes*” (Antivilo, 2021).

Segunda parte... o de cómo el caos reclama su lugar y su cobijo

El ejercicio de escritura se vuelve complejo cuando intento entrelazar la maraña de sentimientos y pensamientos bajo la etiqueta de ejercicio académico (qué implica pensar y hacer a partir de la experiencia vivida, cómo situarse desde el cuerpo). Donna Haraway (1995) habló del “conocimiento situado”; la citaron en el diplomado (¿cómo aterrizar tanta información? ¿Es posible dar nombre a la experiencia vivida desde la teoría, cómo pensar situado? ¿Es necesario nombrar, desde la teoría, la vivencia? ¿Es posible nombrar la vivencia desde la teoría sobre todo cuando hablamos de eso que llaman feminismo?). Tania cita las preguntas “¿quién tiene derecho a teorizar? ¿Cómo pensar en sí misma, en la validez de la experiencia —real o ficcional— como encarnamiento parcial del pensamiento teórico?” (Anzaldúa en Cruz, 2021).

Lograr lo anterior resulta difícil pues la historia oficial nos ha formado en las jerarquías de lo público y lo privado, de lo académico como marco de referencia para leer y para escribir el mundo, ese en el que lo escrito se impone sobre lo oral y lo masculino sobre lo femenino. Dar validez a la palabra *de una* sin la “aprobación académica” es complejo pues es “costumbre”. Muchas de las que pasamos por los pasillos universitarios quizá, con escalofríos, recordemos el rigor y el terror académico, la anulación de la emoción, el aprendizaje a veces mecánico de la teoría, la negación de la experiencia de vida, *la tabula rasa*. Dice Tania: “Para mí encarnar la teoría es conectar el saber de la teoría con un puente hacia nuestra vida propia, hacia mi vida, pero también a la vida que comparto con otras, es crear un conocimiento a partir de una red compasiva de relaciones interdependientes que son diferentes y valiosas” (Cruz, 2021).

Ahora trabajo en la academia, campo de poder profundamente masculino, *objetivo*, con jerarquías de superioridad moral e intelectual: ser hombre, blanco, hetero, católico. A eso se suman los títulos, las publicaciones y lo asociado con el prestigio, en esa incansable competencia por los puntos... la academia tan pulcra, tan llena de encajes. Y una ahí, más joven que “los jefes”, sin tanto título, pensando en la maternidad y la crianza; chiapaneca, egresada de la escuela pública, sin viajes, formada en la región más pobre de México, sorteando los caminos, “masculinizándose” a veces para sobrevivir o resistir. Pero Tania insiste; es que es necia pues: “estoy en la academia, como una mujer prieta, ocupando espacios, es como el cuerpo de

una mujer que intentan deslenguar pero que está ahí para hacer grietas” (Cruz, 2021). Dice y su palabra resuena, reta.

“Rigurosidad, disciplina, orden”, me repito; “objetividad”, insisto; “debo escribir una reseña”, me repito. Mi hijo me pide ir a jugar (y nada tan serio como el juego) pero hoy lo siento a mi lado (de sentir y de sentar) y juntos escuchamos el relato de la laguna enferma que cuenta Tania, allá por Comitán y La Trinitaria. Tania-Scheherezada cuenta que al recorrer y hacer caminos con otras mujeres llegaron a los lagos de Montebello y “una voz sobresaltada señala, a lo lejos, una laguna que se confunde con otra... y dice: ‘se enfermó, esa laguna se enfermó y se enojó’” (Cruz, 2021). La laguna está contaminada, es La Encantada, y ya cambió de color.

Allá por La Trinitaria es el rumbo de mi posible raíz tojolabal, pienso, el rumbo de mi abuelo materno... y lo recuerdo. Ese que a sus 27 años “se robó” a mi abuela cuando ella tenía 18. Se la robó y ella, decidida, se regresó a su casa al otro día. “¡Ahí iba la Esperanza, bien brava por el monte!”, contaban. Pero su madrina ya no podía recibirla más, ya se la habían “robado” y debía casarse. El rito de paso, la juventud negada, la obligación de la maternidad, la queja y el silencio, tic, tac, el trabajo interminable, el cansancio, la creatividad, el terrenito a su nombre, los ahorritos, los animales, el recuerdo del novio que no fue: “Eusebio se llamaba, ese quería yo que fuera mi novio, pero me robó Manuel”, contaba ella, Esperanza, mi abuela. Era blanca, hija de un migrante hondureño, con nariz africana pero blanca. Y la blanquitud fue su sino: “me gustó porque era blanquita pues”, contaba el abuelo de raíz tojolabal, de allá por el rumbo que menciona Tania.

Regreso a la reflexión: “en lo social hay una atomización del tejido por la precarización de la vida; nos cuesta organizarnos, nos cuesta darnos ese tiempo, a veces no es porque no queramos, sino porque somos pluriempleadas con un montón de trabajo y debemos priorizar ganarnos la vida para después organizarnos” (Cruz, 2021). Pienso que ante la precariedad laboral, el tiempo de la crianza, el trabajo de cuidados, las jornadas no remuneradas y una lista de etcéteras, urge encontrar y generar los tiempos y los espacios para pensar, crear, asumirse en colectividad, en la importancia de generar redes, de crear espacios para, como dice Tania, “hacer grietas”.

Es medianoche, tengo poco espacio en las hojas y en el escritorio hay más pendientes. ¿Cómo se crea colectividad ante el ritmo diario? ¿Cómo se aprende a resonar entre otras y con otras? ¿De dónde se saca el tiempo para el contratiempo? Mientras me respondo guardo la idea de “sentir que lo colectivo no es una palabra efímera, sino que se construye en la práctica y en el hacer de la afectividad cotidianamente” (Cruz, 2020). Cierro y pienso en lo que sigue. Cierro porque la otra jornada espera. Veo que hasta ahora el texto ha sido demasiado autorreferencial; me

reprocho: “hay demasiada afectividad, demasiado sentida”.⁶² *Objetividad*, ¿me reprocho? Pero hay otra tarea; quizás ahora sí llegue el rigor académico. Quizás.

Las emociones son un archivo

Hay que detonar; repensar en y desde la academia, en la investigación situada. Hay que aprender de nuevo, desacelerar de los ritmos, pensar en la ética del cuidado de una misma, de y con las otras; considerar las infancias, sus tardes y los sábados. Hay que discutir las metodologías propuestas, analizar los currículos desde otras miradas, diseñarlos desde otras lógicas, dialogar, construir más allá de las presiones de la productividad, reconstruir, por qué no, nuestras biobibliografías; leer, crear y llevar el arte a donde detone. Sí. Pensar también en la hija, en la espalda, en la madre que estudia y la precarizada, en la empleada de triple jornada, en las niñas contestonas, en la abuela, en su huida, en las Tánias, las Julias, las prietas en la academia, las universitarias, las teatreras, los reclamos, los corajes, las hacedoras... Hay que aprender a caminar en la orilla del espejo.

“Hay una hilera de fosforitos encendidos”, dijo Julia Antivilo y sonrió, “ahí están”. ¿Sabrá Julia lo que provocó? Sonríe. Pirómana.

Referencias

- Antivilo, J. (2013). *Arte feminista latinoamericano. Rupturas de un arte político en la producción visual*. Tesis de doctorado en Estudios Latinoamericanos. Santiago de Chile: Universidad de Chile.
- Antivilo, J. (2021). Mi cuarto propio en la investigación feminista. Charla del diplomado Sembrar rebeldía. Investigación y acción feminista desde el sur. CESMECA-UNICACH, México, <https://www.facebook.com/Cesmeca/videos/900910917417647>.
- Cruz, D. T. (2020). Feminismos comunitarios territoriales de Abya Yala: mujeres organizadas contra las violencias y los despojos. *Revista Estudios Psicosociales Latinoamericanos*, 3, 88-107.
- Cruz, D. T. (17 de mayo del 2021). La defensa de los territorios desde una clave feminista comunitaria. Charla del diplomado Sembrar rebeldía. Investigación y acción feminista desde el sur. CESMECA-UNICACH, México, <https://www.facebook.com/Cesmeca/videos/544849593172952>.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.

⁶² El reproche sigue la inercia de la costumbre en la academia. Un guiño.

Diálogos con y desde las cuerpos que danzan

*María Fernanda Enríquez Valencia*⁶³

*Soy artista y mujer;
desde la trinchera de la danza resisto y bailo guerras declaradas.*

Y también afirmo que mi quehacer en la investigación desde la psicología, la danza y la poesía es feminista. Cuando me expreso desde esas áreas soy yo, una mujer de 24 años, universitaria, psicóloga, bailarina y feminista, con una *cuerpa* resiliente ante las violencias patriarcales quien, en este texto, formula un diálogo con la Ana María Castro (2021) a partir de la escucha y la lectura de sus investigaciones; hago preguntas a las preguntas y respondo desde las reflexiones que motivó su quehacer político e intelectual cuando afirma que nosotras partimos del yo, de lo que hacemos, de quiénes somos, de dónde venimos, de cómo llegamos a ser lo que somos y del impulso que nos hace investigar o accionar. Converso además, desde mi experiencia como mujer, con las intersecciones que atraviesan mi *cuerpa*. Escribo sobre mis prácticas, críticas, danza, movimiento y también sobre las dudas que surgen a partir de estas, pues la duda constante me permite replantear y transformar de manera flexible.

⁶³ Activista desde la danza y la poesía política. Licenciada en Psicología por la Universidad de Colima. Bailarina y profesora de danza; investigación, resistencia y construcción de prácticas de ternura en la pedagogía de estilos club y urbanos. La masculinidad, el amor romántico, las no monogamias y las mujeres en la danza y en la ciencia han sido sus principales líneas de investigación. Actualmente forma parte del colectivo *u.manos*, enfocado en la investigación de movimiento: manos-cuerpo; labora en un programa brindando acompañamiento psicológico grupal a mujeres infractoras en Colima, México, como parte de las medidas reeducativas de la justicia cívica no punitiva. Colabora con la *cuerpa* académica *110: —Género y Prácticas Culturales—* de la Universidad de Colima.

¿Qué hago?

Escribo, investigo, danzo y doy clases de diferentes estilos de baile gestados por la comunidad negra y latina en los Estados Unidos, cuyos cuerpos vivían múltiples violencias y violaciones a sus derechos en el día a día. Tales estilos resistieron desde una danza resiliente, en los clubes underground House y Whacking.

Hace pocos años empecé a reconocer lo académico, profesional o artístico como trabajo; también la labor que hago con mis vínculos afectivos como “política”, porque en el día a día, en el ser yo, en la cotidianidad, practico el feminismo. ¿Qué feminismo? A veces me lo pregunto: ¿desde qué feminismo acciono en los contextos que existo? No lo sé; desde hace años defiendo que no tengo apellidos en mi actuar feminista; que hago un *collage* teórico-práctico de la diversidad de feminismos con los que me identifico. A partir de esa diversidad actúo, me cuestiono y me permito ser cuestionada para acompañar y acompañarme mejor, para resistir.

Como bailarina, las propuestas coreográficas que dirijo e interpreto, en su mayoría, ofrecen una perspectiva feminista. He tenido interés en construir espacios creativos con base en mi experiencia corporal como mujer y en el acompañar y *acuerpar* luchas con otras mujeres y niñas; por ejemplo, al hacer evidente en escena las violencias que viven las trabajadoras sexuales, las mujeres víctimas de la trata de blancas, las mujeres y niñas que viven violencia física, sexual o psicológica por parte de los varones. La última pieza que presenté en las funciones virtuales de la compañía mexicana Moving Borders fue *El ciclo de la violencia*, que nace a partir de una poesía que hice para la marcha del 25 de noviembre del 2019 inspirada en la crítica de canciones populares, poesías de varones y el contraste con datos estadísticos de la violencia que vivimos niñas y mujeres. Finalmente convertí ese collage poético en performance para estas funciones, con metáforas visuales sutiles y énfasis en el discurso del ciclo de las violencias (así en plural).

Dar clases de baile representa un espacio para generar e intercambiar diálogos con mis alumnas y alumnos sobre derechos, violencias, abuso de poder y amor romántico. Aprovechamos las canciones que bailamos para reflexionar, hacer crítica y practicar el pensamiento-diálogo-movimiento. Desde hace algunos años decidí que en los espacios donde tengo alguna incidencia quedaría claro el interés político de visibilizar las violencias que vivimos las niñas y las mujeres, las desigualdades, la discriminación, la guerra declarada por el patriarcado y el cuestionamiento hacia el androcentrismo y el machismo en las prácticas de la danza, la psicología y las instituciones. Los años de experiencia en la danza me han llevado a interpretar las violencias que he vivido a partir del yo; hago hablar a la *cuerpa* de la niña que comenzó

a ser violentada y realizo una introspección de mi danza y mis propuestas; visibilizo otras *cuerpas* que viven otras violencias desde un enfoque interseccional acerca de lo que vivo o he vivido y lo que viven otras niñas y mujeres.

También he aprendido de Ana María cuando habla sobre “abrazar la incomodidad”, sobre lo incómodo que es ser incómoda; abrazarla, abrazarme y resistir desde ese sitio, incomodando en la investigación, la poesía, la danza, en la cotidianidad cuando no soy “productiva”. He tomado la decisión política de poner la *cuerpa* en los espacios que existo. Esta *cuerpa* ha vomitado violencias y acompañado las violencias de sus compañeras; ha abrazado, dado cariño y espacio en los hombros para recibir otro peso y sostener y a veces ser sostenida; esta *cuerpa* con agencia, que ha sido invadida por hombres, también ha sido guarida y resguardo cariñoso de mis compañeras.

Desaprender

Cuando Ana preguntó en su charla, en el marco del diplomado: “Sembrar Rebeldía” (2021): “¿con qué hegemonía tenemos que lidiar?”, no pude evitar pensar en mis privilegios y cuestionar si, por tenerlos, debía seguir haciendo lo que hago, o si mi voz, que en mi contexto sí se escucha, contribuye realmente a visibilizar aquello que como feminista denuncié o se ha vuelto hegemónica. También lidio con cómo usar mis privilegios, cómo usar esta voz que grita en las marchas o declama, esta *cuerpa* que danza y es vista. Esta psicóloga no se calla, ¿otras pueden usar mi voz? Entonces hablamos todas. Pienso en *Inlakech*: “yo soy tú y tú eres yo”; agrego: cuando mi voz habla, hablan las demás y viceversa, como mujeres diversas, desde el reconocimiento de la interseccionalidad que nos atraviesa la existencia.

Dejé de atormentarme cuando Ana María dijo, en esa misma charla, que podemos ocupar espacios de poder pero con responsabilidad; no me encuentro en esos espacios, pero reconozco que desde el lugar en el que estoy y los espacios a los que tengo acceso, donde me ven o escuchan, me gustaría seguir preguntando ¿cómo usar esa visibilidad para las compas? Por acto político, por reconocimiento de lo que me toca, por otras mujeres que pusieron el cuerpo, el mío hoy y aquí escribe, estudia, trabaja, vota, baila. ¿En qué luchas me he de involucrar por las niñas y las mujeres que no pudieron gozar de lo que yo sí gracias a las luchas en las que se involucraron otras mujeres?

Me gustó cuando Ana María expresó durante su charla sobre el hecho de que no podemos escapar de las relaciones de poder porque son parte de la cultura; entonces debemos aceptar que la investigación que hacemos también es parte de esas relaciones de poder, de sistemas de opresión, desigualdad, discriminación y violen-

cia. Creo la chamba pendiente —el trabajo— en este sentido es hacer visible quién soy en los procesos creativos y de investigación, en las propuestas artísticas, es decir, mostrar lo que está implícito cuando escribo y cuando hablo, desde dónde lo hago y cuál es el interés político que me mueve.

Ana María también pregunta, en su charla (2021): “¿cuáles son los otros campos de la acción feminista?”. Yo pienso en la danza como ese espacio de acción en el que propongo un quehacer crítico que sacuda las emociones de las y los espectadores o los incomode desde su propio lenguaje. Reconocer la danza como un escenario de acción es hacer visibles las experiencias que vivimos específicamente las mujeres bailarinas en México respecto a los varones, los derechos laborales, las oportunidades, los privilegios, las carencias, las violencias y la agencia que tenemos para resistir y colectivizar; aunque ese es un camino que nos falta recorrer.

Me identifico con Ana María cuando dice que en la teoría feminista encuentra rumbo su trabajo artístico. Para mí ha sido complicado encontrar no solo referentes feministas sino no hegemónicas de la danza en México que no usen el feminismo, sino que sus prácticas artísticas sean feministas y no excluyentes, pues vivo en un estado pequeño alejado de la Ciudad de México, Colima. Al no estar en el centro del país es difícil acceder a ciertos conocimientos y referentes; incluso los diálogos con bailarinas del centro son difíciles de articular pues cuesta mucho dinero traerlas a nuestros estados. Al menos encuentro conocimiento de lo que sucede en relación con la danza-feminismo mediante sus redes sociales. Observo que apenas hace un año, cuando empezó la pandemia, las mujeres en las danzas urbanas, en la cultura hip hop y las bailarinas de estilos club han hecho visibles las violencias que viven con la comunidad de varones bailarines; a raíz de esto se han acercado al feminismo y han apoyado o compartido las denuncias públicas de otras compañeras. Entonces creo que llegaron al feminismo como movimiento (no sé si a la teoría feminista también y a qué feminismo), desde la experiencia propia, que finalmente es un discurso que se circula en el mundo virtual y de las redes sociales: *una se hace feminista por su propia historia o el feminismo estará ahí para cuando te canses*.

Coincido con lo que conversan las compañeras que entraron en diálogo Ana María a propósito de su investigación doctoral cuando aseguran que los trabajos que realizan son aislados además de superficiales, porque la militancia y el activismo escasea, así como los diálogos como comunidad diversa y horizontal. Aún nos queda mucho qué proponer, por ejemplo, explorar otros liderazgos no masculinizados y vínculos entre morras no verticales sino horizontales y de escucha y compren-

sión hacia todas las artistas, las de la periferia, las de comunidades indígenas, las jóvenes, las adultas y las colectivas feministas.

Conclusiones

La danza es una rama de las artes y también es escenario político donde se cuestiona, se critica, se resiste, se hace colectivo y se dialoga verbal y corporalmente en torno a propuestas y transformaciones del sistema. Como bailarina soy investigadora; el proceso creativo es una investigación de mí misma, del concepto que se lleva a escena, de la lectura y el análisis teórico de ese concepto, del movimiento, el gesto, la dramaturgia y la perspectiva feminista que revisa la narrativa de la propuesta ¿De qué hablo? ¿A quiénes visibilizo? ¿Qué replico? ¿Qué cuestiono a través de la propuesta? ¿Cuáles son las acciones políticas de la pieza?

Creo que la danza es un lenguaje no tradicional ni hegemónico porque cuestiona y transforma los contextos sociales y la cultura; también es activista. Considero que nos falta dialogar como mujeres bailarinas, hacer comunidad, proponer y conversar con artistas de otras áreas para generar redes entre la diversidad de grupos de mujeres, con el debido respeto de las prácticas desde las que actúa cada grupo y de los aprendizajes de los otras. Nos falta articular la danza con el feminismo no como ejes separados —soy feminista y soy bailarina—, sino unidos —bailarina feminista—. Dialogar y entender la diversidad de procesos y prácticas llevará a lograr tejidos más resistentes pero a la vez flexibles, tejidos que también se puedan destejer para tejer otros, y así, transformarnos según las necesidades de los grupos.

“Solo hacer es hacer”, escuché de Natalia Cabanillas (2021). Danzar es hacer, mover la cuerpo es resistir y resistir es hacer; crear danza crítica es hacer con otro lenguaje. Nos queda aprender a leerlo, escucharlo y pensarlo, lo que nos obliga a salir de la estructura patriarcal, dejar los “cómos” correctos para entendernos y conversar. Los grupos son diversos, sus lenguajes también, ¿por qué sus diálogos no lo serían y por qué no aprenderíamos a escucharlos?

Referencias

Cabanillas, N. (2021). Trabajo académico, feminismo y blanquitud. Charla del diplomado Sembrar rebeldía. Investigación y acción feminista desde el sur. CESMECA-UNICACH.

Castro, A. M. (2017). *Arte con política en el activismo feminista. Narrativas de la acción política revuelta*. Tesis de doctorado. Coimbra: Facultad de Economía de la Universidad de Coimbra.

Castro, A. M. (2019). La acción política del movimiento feminista a partir del arte como práctica política. Una mirada desde Colombia. En Garita, N. (ed.). *Activismos feministas jóvenes. Emergencias, actrices y luchas en América Latina* (pp. 101-126). Buenos Aires: CLACSO.

Castro, A. M. (12 de abril del 2021). La acción política del movimiento feminista a partir del arte como práctica política. Charla del diplomado Sembrar rebeldía. Investigación y acción feminista desde el sur. CESMECA-UNICACH.

El tiempo, ese gran olvidado

María del Pilar Ruiz Reyes⁶⁴

Sirva este breve planteamiento para abordar una de las inquietudes más personales al momento de realizar el trabajo de campo en nuestras investigaciones, es decir, la forma como nos relacionamos con aquellos hombres y mujeres que son el corazón de nuestras disertaciones y con el significado que otorgamos a sus relatos y vivencias, particularmente con el carácter trivial con que apreciamos ese elemento sustancial y vinculante que posibilita la puesta en escena de nuestras inquietudes a nivel investigativo y cuyo cuestionamiento en esta ocasión posee una raigambre feminista: el tiempo.

En la academia, la praxis constante, otrora enquistada en los modos de pensar, plantear y construir el conocimiento, emana principalmente del positivismo. Empero, aquella corriente filosófica surgida en Francia a finales del siglo XIX, sustentada en la experiencia y el método científico, muestra un rostro inalterable en pleno siglo XXI. De aquí que el pensamiento positivista, en tanto postura y principio para la construcción de rutas metodológicas en los trabajos de investigación social actuales, continúe incesantemente su camino sobre las coordenadas de lo que se considera “objetivo”.

No obstante, para quienes hemos hecho de la investigación un modo de vida o el eje indispensable del quehacer humano, lo anterior se erige como la disyuntiva por excelencia cuando al encontrarnos frente a un conflicto cuyo acercamiento requiere la visibilización u observación de sensibilidades y subjetividades, así como

⁶⁴ Licenciada en Antropología por la Universidad de Guadalajara y maestra en Estudios Sociales y Culturales por la Universidad de Guanajuato. Los cuerpos no hegemónicos, así como sus procesos de territorialización y significación en tanto yacimientos de erotismo, son el eje central de su interés investigativo. Contacto: pilar_ruiz_reyes@hotmail.com.

de la escucha de las experiencias —porque sí, finalmente trabajamos con datos vivos—, el revire por parte de los académicos puristas, fieles a las estructuras del paradigma, no se hace esperar.

En estas circunstancias navegamos aguas que parecieran tener únicamente dos vertientes. Por un lado nos acercamos con pretensión neutral a nuestro objeto de estudio porque se nos ha enseñado y hemos aprendido a observarlo así, como un objeto. En este sentido, avanzamos sobre el sendero dispuesto sin cuestionar nuestras aportaciones sustanciales, la incidencia de nuestra presencia en el contexto al que estamos próximas a imbuirnos o el cómo esas otredades nos definen y redefinen nuestro trabajo. Por otro lado, y en el mejor de los casos, generamos acuerdos, negociamos con la teoría que nos ha sido sugerida, incluso impuesta, y construimos la vereda con base en un constante ir y venir de sabor incierto. En ambos casos, y aunque la finalidad diste de serlo, estaremos anulando la militancia, la participación y el compromiso tácito que deben asumirse con quienes van a brindarnos aquello que por años ha sido académicamente soslayado: el tiempo.

Cabe decir que, como idea mediante la cual vamos a acceder a datos precisos, usualmente concebimos el tiempo como unidad susceptible de ser tasada, de modo tal que frecuentemente pensamos en este como entidad a la cual se debe agregar un valor económico. Por ello el tamiz con el cual acostumbramos mirarlo nos ha permitido incluso romantizar su función, cuestión de la que no somos enteramente responsables, pues para muchas de nosotras la remuneración por el tiempo nos ha permitido la holgura suficiente para plantear, diseñar y abordar, con todas sus atenuantes, aquello denominado “problema de investigación”. No obstante, ¿qué hay del tiempo de los otros, de las otras? ¿Quién lo paga, con qué?

Como si lo anterior no fuese ya dilema suficiente, existe la encomienda de ir a campo y hacer nuestra la imparcialidad en pos de una evidencia “objetiva” que recompense la extenuante pesquisa. De rendir frutos positivos, esta fase exploratoria nos permitirá volver a casa y poner por escrito todo aquello que otorgue respuesta a nuestras interrogantes, eludiendo con espontaneidad simulada lo que nuestros interlocutores pudieron agregar sobre la realidad que sustentivan, que hacen suya y transforman día a día. ¿La razón?, esa pretensión rancia de no querer vincularnos a nivel subjetivo con la investigación, de anular en los sujetos todo aquello que suponga la exhaltación de las sensibilidades.

Recuerdo que en una entrevista realizada por la periodista Laura G. Rubio a la antropóloga argentina Rita Segato, la también activista feminista enfatizó la importancia del tiempo en la productividad de los individuos para crear una comunidad vincular: “Para mí lo central es lo vincular, el vínculo. Ser capaz de sacrificar

la productividad para construir vínculos, y eso lo vemos en pequeños gestos [...] Es muy difícil que en un país de capitalismo avanzado te cambien un momento productivo por un vínculo” (Segato, 2017).

Desde la perspectiva anterior, tanto el tiempo íntimo como el colectivo significan ese mecanismo a través del cual nos articulamos los otros y las otras, una interrelación que nos permite resistir y transformar la estructura socialmente imperante. De aquí que mi alegato no se ciña únicamente a favor de un espacio académico adecuado que quien investiga debe identificar en pos del confort, de los argumentos bien logrados o del planteamiento definido de una investigación, sino también en beneficio del vínculo respetuoso, empático e incluyente que debe extenderse hasta aquellos que de manera directa colaboran en ello con nosotras, porque es imperativo no perder de vista que las intrusas al inicio y al final de sus relatos, de sus memorias y de sus historias, somos nosotras.

Por ello es cuestionable que la estructura de una investigación que abreva del rigor disciplinar nos permita *sentipensar* con el otro o con la otra, pues omite la subjetividad y las experiencias (Fernández-Camacho, 2021). Desde este planteamiento, se sugiere de manera apremiante integrar a nuestra ruta metodológica el pensamiento feminista decolonial como ruptura a la visión hegemónica de los modos de pensar, ser y actuar, pues por medio de este es posible engarzar el contexto y las genealogías de quienes nos hacen partícipes de sus experiencias e historias de vida. En este tenor, urge revisar y replantear aquellos parámetros con los cuales se nos ha enseñado a ver, escuchar y estar con el otro.

De modo tal que, como investigadoras, debe existir el compromiso de cuestionar aquello que parece inalterable, inmutable. Es decir, todo aquello que se reviste con un halo de dogmatismo. Asumir tal responsabilidad nos lleva a cuestionar para reconfigurar, a desmenuzar para reconstruir; sobre todo nos exige tener presente que esta jamás será una tarea acabada y que, en la encomienda, el tiempo (nuestro tiempo y el de nuestras y nuestros interlocutores) no tiene precio y no se paga con nada. Posiblemente no es una tarea sencilla, pero tengo la certeza de que vincularnos con esa otredad desde la dimensión física y subjetiva del tiempo hará de nuestro hacer una discursividad mediante la cual nuestros productos narrativos se consoliden como textos.

Aunado a lo anterior, es factible considerar que la creatividad juega un papel fundamental a la hora de proveernos de este tiempo. Si bien el orden de nuestras investigaciones generalmente se fundamenta sobre el a, b, c del quehacer investigativo, darnos cuenta de que una tesis, un artículo, las memorias de congreso, el capítulo de libro, etcétera son resultado de una serie de estrategias que hemos construí-

do hábilmente nos dirige a aquello que todas, en estos casos, necesitamos esencialmente: tiempo. Así, como producto de esta creatividad, la resultante es la manera en la que resolvemos los imprevistos, el diseño que trazamos en nuestras investigaciones y el modo como nos volvemos parte sustantiva de ellas.

Nos encontramos pues frente a un compromiso, ese que nos lleva a situar el conocimiento de manera asertiva. Desde luego, no es posible olvidar, como lo menciona Marcela Fernández Camacho, que el conocimiento “no obedece únicamente a la búsqueda de la verdad, sino que inevitablemente dependerá de ciertos intereses o sesgos que brotan de un campo de ejercicios de poder en el que están colocados los sujetos de la labor investigativa” (Fernández Camacho, 2021: 19). En este tenor, el privilegio que poseemos como investigadoras para hacer uso de nuestro tiempo ante las condiciones de las subalternas y los subalternos persiste. No obstante, dar cuenta de ese poder que el tiempo nos confiere al ser albaceas de historias, sentimientos, experiencias y acciones conlleva una responsabilidad que, desde la ética y la congruencia de nuestro quehacer investigativo, no nos es posible rehuir. Quizá sea necesario, como lo menciona Segato, “hilar fino” (2016: 161) en aquellas situaciones que nos rebasan; sin embargo, las prácticas cotidianas que atestiguamos poseen relevancia no solo funcional sino también orgánica; es posible que a partir de ello comencemos a gestar una batalla cultural en pos de la necesidad de asombro y de sensibilidad, que tanta falta hacen a la academia.

No hay una forma correcta de lograr lo anterior, es verdad, ni una sola forma en concreto. Cada una de nosotras poseemos habilidades únicas y cada trabajo se teje bajo circunstancias excepcionales, de aquí que atrevernos sea el primer paso para materializar la posibilidad de una brecha, de un confín en el que la complejidad teórica occidental se ponga a prueba para su desmitificación. No basta con crear narrativas desde la óptica de lo particular, urge complejizar a partir de los *sentipensares* para lograr lenguajes más nuestros, en los que la indisciplina ante lo “correcto” nos permita vislumbrar nuevos vínculos con el mundo que habitamos.

En este sentido resulta pertinente considerar que quebrar el orden impuesto sobre la noción del tiempo y del quehacer investigativo de la academia idealmente constituirá un ejercicio de efecto paulatino, de ningún modo inmediato. Pero ya estamos aquí, creamos mapas, posibilitamos que surjan más preguntas, edificamos alternativas, somos partícipes conscientes de una creación colectiva en la que debemos aspirar a dar secuencia y traducir las vivencias de nuestros acompañantes en campo.

Por ello no es menester eludir nuestro esfuerzo, aquel a partir del cual inicia la construcción de un camino conjunto, de una apuesta por la transformación sustan-

tiva de los escenarios que nos habitan y que están encaminados a formar parte de una coyuntura de la cual es posible dar cuenta. ¿Cómo aportar entonces a una lucha efectiva en favor de nuestro tiempo y el tiempo de las otras y los otros? La pregunta se alinea con las transformaciones que somos capaces de hacer con nosotras mismas, con ese constante avance en zig-zag, en espiral, en círculo..., con aquellos relatos que forman parte de nuestra militancia feminista y que se sistematizan en el campo de forma libertaria.

No debemos olvidar que el tiempo funge colaborativamente como ese rasero en el que ponemos en riesgo nuestros privilegios, en el que exponemos a escrutinio de los otros y de las otras nuestra experiencia y nuestras habilidades y que, en todo momento, desidealizar nuestra praxis académica nos confronta con nuestro ser más íntimo. De aquí que la lucha por el reconocimiento de las otras y los otros como elemento posibilitador de nuestra investigación se dé a partir de identificar que el tiempo que nos trasgrede y el tiempo de la otredad —que es más bien mismisidad— no constituyen una separación en sí, sino un conjunto de posibilidades creativas, políticas y descolonizadoras.

Referencias

- Fernández Camacho, M. (2021). Una metodología militante: “parar para pensar”. *LiminaR. Estudios Sociales y Humanísticos*, XIX(1), 17-29. Recuperado de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=74564958002>.
- Segato, R. L. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Segato, R. L. (11 de mayo del 2017). El patriarcado es un tema central para mantener el edificio de los poderosos. Canal Círculo de Bellas Artes, <https://www.youtube.com/watch?v=wdc0YCwW3Yk>.

Hablando recio y desenterrando mi voz

Daniela Pinedo Torrentera

Mi nombre es Daniela Pinedo Torrentera, tengo 26 años, nací en Oaxaca pero crecí en el norte de México, en Baja California. Soy mujer, bisexual, estudiante, acompañante de aborto, hija y feminista (por el momento). Mi mamá es una mujer migrante que viajó del sur al norte buscando mejores oportunidades laborales, hija de abuelas indígenas zapotecas de la sierra norte de Oaxaca, quienes decidieron, en una de sus migraciones, dejar de usar y enseñar su idioma porque era más importante el español. En palabras de Cherríe Moraga: “soy una chica güera vuelta morena por el color sangre de mi madre”, que habita en la frontera con los *United* o, como acá le decimos, en “el otro lado”. Pasaron muchos años antes de que pudiera conocer y entender que este pequeño fragmento de mi historia y el resto de ella serían importantes para lo que en algún momento enunciaría en un espacio académico (y no académico).

A los 18 años entré a la universidad a estudiar Ciencias Ambientales. Entre reportes de campo, de laboratorio y protocolos de investigación, ahí me enseñaron a memorizar la importancia de los objetivos y la hipótesis de investigación. Hablar de “transdisciplina” implicaba hacer 20 encuestas; ser y sentir no cabían en la metodología, mucho menos si se trataba de ciencia. A los 20 años fui a Brasilia en un intercambio y decidí cursar materias de artes y antropología y no propiamente de mi área. La estancia en esa ciudad fue como sumergirme en el mar y salir a tomar aire después de uno o dos minutos; así se sintió. Conocí personas tan diversas, tuve clases con profesoras buenísimas, las aulas eran lúdicas y críticas, no lo podía creer. Ahí escuché por primera vez acerca del “lugar de enunciación”, de la boca de una compañera afrobrasileña y lesbofeminista, cuando en la clase de métodos de investigación habló de su proyecto de titulación, que era una autoetnografía sobre

su experiencia como estudiante negra en Brasilia. En esa misma clase hablamos de arte, de fotografía, de poesía, de ética hacia quienes nos compartían sus voces, de autocuidado hacia nosotras y *nosotres* al salir a campo, y hacíamos énfasis en lo que eso implicaba para *las y los cuerpos racializados*.

¿Lugar de enunciación? ¿Ética hacia quienes nos comparten sus voces? ¿*Cuerpas racializadas*? ¿Arte en una tesis? Sinceramente, me tomó mucho tiempo masticar esas cuestiones y entenderlas. Cuando lo hice, quise borrar todo lo que había escrito y hecho antes. Claro que llegué reemocionada a contarle a mi tutor de la universidad que quería hacer una tesis sobre mujeres y su papel en el cuidado de la naturaleza, ante lo que recibí un rotundo no. Persistí y la hice más adelante, no sin recibir preguntas y comentarios del tipo de: “¿por qué las mujeres y no los hombres?” o “esto es una tesis no un pronunciamiento político”. Lo que no sabían ellos (ni yo) es que sí era político y ahí estaba mi lugar de enunciación.

Ahora estoy en la maestría; me mudé de Ensenada, Baja California, hasta San Cristóbal de Las Casas, Chiapas. Califico la experiencia como una revolcada en las olas del mar. Ha sido un proceso doloroso, no solo por las exigencias del posgrado y la sensación de insuficiencia, sino porque me ha puesto a pensar en mi historia y en la responsabilidad que tengo al escuchar la de otras y *otres*, en los privilegios que propicia el color de mi piel y otros que, en el contexto de Chiapas, me colocan en cierto lugar.

La investigación que escribo —después de un muy corto “trabajo de campo” interrumpido por la pandemia— trata sobre las transformaciones que ha traído la minería de ámbar a la vida de las mujeres de la comunidad de Simojovel. Mientras estuve en ese territorio, y todavía mientras escribo, pensaba —y pienso constantemente— en que no quería “ser extractivista” ni hablar por las mujeres diversas que lo habitan. Al mismo tiempo pienso en el vínculo que he construido con las familias que me recibieron, en el cariño que les tengo y en lo que siente mi corazón, en los tiempos de la institución y en sus formatos. Es doloroso porque se siente como una contradicción constante.

Porque yo, una mestiza,
salgo continuamente de una cultura
para entrar en otra,
Como estoy entre dos mundos, tres, cuatro,
me zumba la cabeza con lo contradictorio.
Estoy norteada por todas las voces que hablan simultáneamente.
(Anzaldúa, 1987: 134).

Las palabras de muchas de las invitadas y compañeras me retumban en la cabeza y en el corazón. Natalia Cabanillas (2021), en su charla dada en el diplomado: “Sembrar rebeldía. Investigación y acción política desde el Sur” (Cesmeca-Unicach), planteó preguntas fundamentales en mi hacer como acompañante de aborto dentro de una colectiva y como estudiante: ¿qué instituciones financian? ¿En qué idioma escribo? ¿Reconozco y protejo la voz de quienes me la compar-tieron? ¿Quiénes validan lo que escribo? ¿Cuáles son las estrategias para una ética de investigar con reciprocidad? Tales preguntas son apuestas políticas; lo que nos comparten las personas con las que interactuamos en los procesos investiga-tivos, lo que decimos que hacemos y lo que escribimos es político, es conoci-miento, es teoría, y, por tanto, es compromiso (Fernández Camacho, 2021).

Escribir y enunciar en espacios académicos no es fácil; toca alzar la voz, ser necias y acuerparnos entre quienes creemos en otras academias; tejer, pintar, construir redes de vida y, como dijo la compañera Tere Garzón (2021): “nos toca tumbar la puerta a patadas”. Nos toca (re)conocernos como productoras de co-nocimiento y legitimar lo que nuestras abuelas, amigas, tías, hermanas y madres nos han enseñado, porque es teoría y es, además, un ejercicio de intelectualidad orgánica, es decir, de escribir no para sacar un artículo o un libro, sino para for-talecer nuestras luchas, como lo expresa Concepción Suárez en un taller que compartí con ella en el año 2021.

En este caminar voy dejando ir el “no existe, no se puede y no importa” y lo cambio por el compromiso de buscar maneras de hacerlo existir. Sigo caminan-do, trotando y otras veces gateando con quienes resisten para poner la vida al centro, para acompañarnos y sanarnos juntas y *juntas*. En este camino reconozco mis contradicciones y soy compasiva conmigo porque ahora veo mi historia, la abrazo y la llevo en todos los procesos creativos, ya sea la tesis o el trabajo en colectiva. En este caminar perreo, bordo, canto, escribo y grito con otras mujeres y disidentes del género y del sexo del sur para recordar, reparar y reconstruir. En este caminar hago una pausa para desenterrar mi voz, las recetas de mi madre, los tés de mi abuela, las palabras de mis compañeras, para recordarme que la teoría la llevo encarnada.

Referencias

- Anzaldúa, G. (1987). *Borderlands: la frontera*, vol. 3. San Francisco: Aunt Lute.
Anzaldúa, G. y Moraga, C. (1984). *This bridge called my back: Radical writings by women of color*. Ciudadad: Sunny Press.

Sentir. Una hilera de fosforitos encendidos
Reflexiones sobre el miedo y la digna rabia

- Cabanillas, N. (2016). Mas allá de lo político. Mujeres activistas en Ciudad del Cabo, Sudáfrica. Tesis de doctorado en Sociología. Brasilia: Universidad de Brasilia.
- Fernández-Camacho, M. (2021). Una metodología militante: “Parar para pensar”. *LiminaR*, 19(1), 15-29.

Reflexiones sobre el miedo y la digna rabia

*Montserrat Aguilar Ayala*⁶⁵

Este texto nació a mediados del 2020 en el espesor de la pandemia por Covid-19, lleno de furia, de miedo y también de digna rabia. Aquí se tejen el Bajío y el sureste mexicano, entre notas de despojo y resistencias. Es una mirada panóptica multisensorial que se fue gestando en días de encierro casi forzado: casi imposible no hacer que florezcan tus entrañas cuando llegan la introspección y el delirio.

Los tiempos pandémicos te desinfectan la superficie, te cubren la boca en la calle y exigen distancia. Son tiempos de orden un tanto militarizado, de hospitales abarrotados, de contagios inesperados e inevitables cuando se tiene que subsistir. Son tiempos en los que el olvido cobra fuerza y la indiferencia se va normalizando. Así, en esta minúscula parte temporal casi infinita, este texto cobra vida mediante tres momentos y espacios distintos: los bombazos del 15 de septiembre en la ciudad de Morelia en el 2008; la trata de niñas y el contagio de lepra en Pinzandarán, tierra caliente michoacana y, por último, el racismo y la colonialidad del sureste mexicano, específicamente en San Cristóbal de las Casas, Chiapas (Jovel).

Armando el rompecabezas

De la tierra que me vio crecer mucho se dice: a veces hablan de la llegada de la mariposa monarca y su increíble migración. Porque la migración también es parte del mundo no humano, pero la humanidad insiste en dividir y poseer la tierra; en otras

⁶⁵ Soy afrotransfeminista antirracista, activista indisciplinada y activista del pueblo afromexicano y la lucha rebelde por las múltiples injusticias sociales. Estudié Ciencias de la Comunicación, la maestría en Pedagogía del Sujeto y Práctica Educativa y, actualmente, soy maestranda en Estudios e Intervención Feministas.

ocasiones se habla de su rico aguacate y del “orgullo de ser los productores número uno a nivel mundial”, pero pocas veces se habla del daño que provoca a la tierra el monocultivo del aguacate y de la sangre que se derrama en el proceso de obtener tierras para sembrar este manjar mundial, del cual se exportan a Estados Unidos más de 100,000 toneladas al año tan solo en la temporada del Super Bowl; también se habla de la cantera rosa del centro de Morelia (antes el viejo valle de Guayangareo), de los “pueblos mágicos” como Pátzcuaro y de su rica gastronomía. Sin embargo, poco se dice desde el *sentipensar* de las personas sobre la violencia constante ejercida por el crimen organizado y el crimen de estado.

Hay noches grises... El 15 de septiembre del 2008 me encontraba en el centro de la ciudad de Morelia con dos *amigues*. Siempre había tenido la curiosidad de asistir a un “grito de independencia” y había decidido ir en esa ocasión. Recuerdo que nos colocamos sobre una jardinera grande de cemento para poder tener una mejor vista de la escena. Pero a los pocos minutos de habernos colocado en ese sitio, mi amiga Elizabeth nos dijo que necesitaba comer algo; intenté persuadirla para que cenáramos después del famoso grito, pues solo faltaba media hora para que comenzara, pero no tuve mucho éxito, así que decidimos cenar en la plaza de San Francisco en un puesto al aire libre. Estábamos por pagar la cuenta cuando escuchamos varias explosiones; creímos en ese momento que el zafarrancho había empezado y nos dimos prisa. Recuerdo que cuando íbamos caminando escuchamos algunas sirenas pero seguimos caminando en dirección a la catedral. Al encontrarnos en la esquina a punto de atravesar hacia la plaza Melchor Ocampo, unos policías nos detuvieron y, antes de que pudiera pronunciar palabra, mis ojos se hicieron lluvia y relámpago, había una masacre frente a nosotras. Tardé unos segundos casi eternos en reaccionar; por primera vez pude sentir el mundo en cámara lenta; las personas corrían y mi cuerpo se sentía frágil, vulnerable, con mucho miedo. Recuerdo que veía sangre, personas tiradas, objetos aplastados en el piso y muchas ambulancias y patrullas. Reaccioné y le pregunté al policía qué había pasado, a lo que respondió que había explotado el castillo de fuegos artificiales. Pero no le creí. Corrimos toda la avenida Madero de regreso a la casa de mi amiga Liz; jamás había logrado correr tanto y tan rápido en mi vida, sentía que las piernas se me doblaban pero el miedo y la adrenalina ganaron; estaba a una cuadra de la casa de mi amiga. Me sentía sofocada; me detuve a caminar y en cuestión de segundos apareció María Fernanda, hermana de Liz, y amiga muy querida por mí. Ella dijo: “pensé que esta noche había perdido a mi hermana y a mi mejor amiga”.

Fueron dos granadas de fragmentación, una en la plaza Melchor Ocampo y la otra a un costado de la iglesia de La Merced. Las cifras oficiales dicen que hubo un total de 132 personas heridas y ocho muertas, pero aquí en México sabemos que las cifras oficiales jamás coinciden con la realidad. Pero lo más indignante de la situación es que al menos se habían hecho cinco advertencias sobre el atentado a los altos funcionarios, entre ellos el ahora exgobernador del estado de Michoacán, Leonel Godoy, y el expresidente de la República Mexicana, Felipe Calderón.

Tres personas fueron acusadas del atentado: Juan Carlos Castro Galeana, Julio César Mondragón Mendoza y Alfredo Rosas Elicea, quienes estuvieron en prisión hasta que en mayo del 2015 fueron liberados por falta de pruebas. Así fue como el atentado quedó en la impunidad. Se cree que el operativo para esclarecer los hechos fue un montaje: torturaron a los tres “sospechosos” hasta que se inculparon del acto narcoterrorista respaldado por el crimen de estado. Hoy, 13 años después, el estado intenta borrar de nuestras memorias una atrocidad que no merece ni perdón ni olvido. Morelia jamás volvió a ser la misma. Las luces de sus calles, menos intensas, advertían el dolor del corazón de la tierra. Recuerdo ver la avenida Madero una noche de lluvia casi petrificada, con sonidos rojos y abrazos desesperados por la incertidumbre. Entonces, esa tierra que me vio crecer ya no era verde, era roja carmesí.

Las manos también me duelen cuando escribo con el alma, y es que a veces, mientras narro, las historias supuran de mi piel. Entonces me pregunto cómo curarnos el dolor ante la desigualdad. Y quizá las respuestas, infinitas, pudieran alimentarnos a quienes nunca hemos sido escuchadas desde nuestro contexto y *sentipensar*. Debemos recordar que a nuestros gobernantes no les importa luchar contra las injusticias, no les interesa la igualdad ni nuestra educación, jamás les ha importado la defensa de la tierra, del cuerpo-territorio, las luchas de las mujeres, las personas indígenas, afrodescendientes y empobrecidas. El gobierno nos quiere matar a nosotras, “las otras”.

Cierro los ojos y recuerdo cómo los secuestros eran frecuentes: el papá de una amiga, a quien encontraron una mañana en pedacitos dentro de una caja afuera de su casa; vecinos obligados a cambiarse de ciudad porque los amenazaron; un maestro de mi universidad que no llegó a dar clase porque al salir del trabajo lo levantaron. También estaban las balaceras constantes: las de avenida Camelinas, que le dejaron inmóvil el brazo a una gran amiga; las que escuchaba por la noche en avenida Universidad, o la que viví a plena luz del día en la salida a Pátzcuaro. Los asaltos también incrementaron, varias amigas los habían vivido en el centro, al salir del trabajo, de camino a casa y, en mi caso, una vez que fui a cenar tacos al boulevard García de León con tres amigas, mucho antes de la medianoche. Recuerdo dos pistolas, una de ellas

en mi estómago y la otra en la cabeza de María Fernanda. Aún tengo la sensación de la mano temblorosa del tipo mientras nos gritaba y del miedo a perder la vida en un segundo (pero esta no fue la primera vez que lo sentí).

Michoacán estaba en fuego, estaba en guerra. Definitivamente ninguna guerra es limpia; veía brotar como agua de fuente la desesperación de la gente por las desapariciones forzadas. Después de todo, la impunidad solo duele cuando la vives y tienes miedo de no llegar a tu casa, al trabajo, a la escuela, o de no volver a ver a tus seres queridos. Pero del miedo casi nadie habla porque parece que la violencia se ha normalizado en mi estado, en mi país, en el Abya Yala, en el mundo. Recuerdo las palabras tan acertadas de la cantante Nina Simone cuando le preguntaron acerca de la libertad, a lo que respondió: “Te voy a decir que es la libertad para mí: no tener miedo”. El gobierno sabe como alimentar el miedo a través de las opresiones, las desigualdades y las injusticias. El sistema está elaborado minuciosamente para arrancarnos la libertad. La violencia también se respira, se siente en cada poro de la piel, también invade el estómago, la garganta y produce asfixia, ahogo constante. Esa violencia de la cual hablo caminó conmigo durante muchos años sin separarse, pero jamás fue mi aliada.

Si nos atrevemos a armar el rompecabezas podremos ver un panorama aterrador; como ejemplo, las represiones y muertes por la defensa de la tierra, como la de Homero Gómez González en enero del 2020, gran maestro y guardián de la mariposa monarca y su hábitat; la represión al Movimiento Ciudadano en Defensa de la Loma de Santa María por querer frenar la devastación de uno de los pulmones más importantes de la ciudad de Morelia; los incendios provocados y recurrentes en los bosques michoacanos para el megaproyecto de exportación masiva de aguacate, el oro verde. Pero estos casos representan solo una minúscula parte de las piezas del rompecabezas, porque el gobierno mexicano, coludido con el crimen organizado y el narcotráfico, es un asesino en serie. Y si caminamos un poquito más está el asesinato de Samir Flores Soberanes en febrero del 2019, activista nahua, opositor del proyecto integral Morelos, que consiste en la construcción de dos centrales termoeléctricas en Huexca y un gasoducto que atraviesa Tlaxcala, Puebla y Morelos; en el sureste mexicano, en junio del 2019 asesinaron al ambientalista José Luis Álvarez Flores después de que denunció la extracción ilegal y desmedida de recursos en el río Usumacinta. Ahora, si damos algunos pasos hacia atrás para ver el rompecabezas desde otra perspectiva, vemos a Abya Yala sangrar con el asesinato de Berta Cáceres, compañera feminista, defensora de la tierra en Honduras, o el de Emilsen Manyoma en Colombia y el de Laura Leonor Vásquez Pineda en Guatemala. Pero estas no son listas, ni ci-

fras, ni números bien calculados. Cada una de las personas asesinadas o violentadas por defender la tierra existen en la memoria de quienes no olvidamos y vamos a salir a gritar para que sus voces no se extingan. Los gobiernos y el sistema siembran miedo y nosotras rabia, la digna rabia.

Caminos de Infiernillo y brote de Pinzándaro⁶⁶

Miradita de sol a sol,
manos de lepra,
ojos quemados.
Te vi nadar azul,
te vi pescar violeta.

Del calor naciste
y ahora
ardes vida,
corres viento,
gritas lucha.
Entre silencios
casi obligados,
casi partidos,
un tanto nocturnos,
casi profundos,
quemados,
requemados.

Dame tus manos
hasta que la gravedad se invierta
y así
flotemos juntas
hombro con hombro,
vientre con vientre,
codo con codo.

⁶⁶ Fragmento de la poesía “Caminos de Infiernillo y brote de Pinzándaro” de Montsemarte Mwezi (2021).

Breves son los pasos de mi caminar por la tierra caliente michoacana. A veces me despierto con un tremendo olor a la presa de infiernillo y me recuerdo caminando por las vías del tren, ya olvidadas, viendo a lo lejos un espejo azul que me recuerda que la vida solo la viven aquellos a quienes no les fue negado ese derecho.

Estuve pensando que para ser activista también se deben tener ciertos privilegios y, por otra parte, en cómo las luchas se ven mutiladas, muchas veces por el miedo, la violencia y el silenciamiento forzado. Durante un tiempo colaboré con las brigadas de la tierra caliente michoacana, que debían mantenerse en modo incógnito, específicamente en Pinzandarán, ubicado en el municipio de Arteaga. Desde que entré tuve la fortuna de aprender mucho sobre el tema de los cuidados comunitarios, grupales, interpersonales e intrapersonales. También aprendí que el activismo no siempre es visible y que en el silencio se puede accionar porque no siempre en el grito está la lucha.

Allá en la tierra caliente la pobreza es grande. El despojo forzado de tierras para siembra de monocultivos, como el aguacate y la marihuana, está a la orden del día. Por otra parte, el tema de la migración hacia los Estados Unidos ha acentuado el empobrecimiento y como consecuencia el narcomenudeo, la trata de niñas y el crimen organizado. Pinzandarán es tierra de no humanos para los opresores; la mayoría de sus habitantes son mujeres y, en el caso de los varones, la mayor parte son ancianos o niños. Esta situación se deriva de la migración anteriormente mencionada. Por lo general son hombres quienes dejan el territorio, padres de familia en su mayoría que deciden ir en busca de una mejor vida, pero que en algún momento de su estancia en el extranjero cortan la comunicación con sus familias y por lo tanto el sustento económico. Así, muchas familias en las cuales por lo menos hay dos hijas o hijos —en el mejor de los casos— quedan lideradas por mujeres.

La mayoría de las brigadas de la tierra caliente michoacana en las cuales participé, surgidas en el contexto mencionado, estaban en Pinzandarán, como lo expresé antes. Sus tareas centrales eran combatir la venta de niñas y prevenir los contagios de lepra. Cada una tenía diferentes roles y la comunicación era indispensable, como el diálogo sobre nuestros *sentipensares* con el fin de no olvidar el autocuidado y los cuidados mutuos. Trabajamos mucho la eliminación del androcentrismo y del adultocentrismo para enfocarnos en las situaciones dolorosas por las que atravesaban las mujeres al igual que sus hijas, hijos e *hijas*. No menos importante, también hablamos sobre la horizontalidad, que partía de la escucha y no de la imposición. Fue un tema muy duro porque la idea era evitar los mayores casos posibles de ventas de niñas para que luego fuesen prostituídas o vendidas en Nueva Italia. Y digo que fue un caso muy duro porque en repetidas ocasiones muchas

de las personas que conformaban el grupo de trabajo trataban de hacer ver a las familias, por medio de su propia mirada, por qué no debían vender a sus hijas. Pero en el contexto de pobreza extrema, en el que además hay que mantener a muchos hijos, no es posible tener esa otra mirada. Entonces era importante no caer en la desesperación y no asumir el papel de la mirada blanca “salvadora”, sino más bien dar lugar a la escucha, a la empatía y al buen diálogo para crear nuevas estrategias y armar otros caminos más alentadores para las familias en general. Las historias de vida compartidas fueron una guía indispensable en el tejido de esas otras estrategias para erradicar la violencia sexual hacia las niñas.

El gobierno prohibió la agricultura en la zona de Pinzandarán para “protegerla”, así que para alimentar a las familias quedaba el recurso de la pesca, pero la presa de Infiernillo se encuentra lejos y la mayoría no cuenta ni con las herramientas ni con el tiempo para salir a pescar y dejar a sus niñas y niños. Ante estas amenazas para la subsistencia, varias familias cazaron armadillos para comer, pero no sabían que su carne estaba infectada y contrajeron lepra; de modo que tuvieron que enfrentar la enfermedad a temperaturas no menores a los 40 grados centígrados, con hambre y encerradas por el miedo a propagarla a otras familias.

Por su parte, el crimen organizado maquinó el asqueroso plan de ofrecer dinero a las madres por algunas de sus hijas con el pretexto de que así podrían sostener al resto de la familia. Las madres terminaban siendo las “malas de la historia”, “sin corazón”, que vendían a sus hijas por una mierda de dinero. Pero la situación era otra. El sistema las orillaba a venderlas en un intento desesperado de mantener vivos a los y las demás hijos e hijas, y claro que también estaba el miedo de contraer la lepra en el intento de obtener alimentos. Así fue como muchas niñas no volvieron a ver a sus familias.

Fueron años de trabajo intenso y de miedo constante por las amenazas del crimen organizado. A pesar de que desarrollamos estrategias de cuidado y medidas preventivas, por ejemplo, no podíamos usar nuestro nombre oficial y las brigadas eran rotativas, desgraciadamente hubo varias muertes; lo sabíamos desde el inicio, el riesgo era mucho.

Ahora que plasmo esta experiencia en letras mis palabras cobran vida y las voy sintiendo poco a poco en el cuerpo, del cual ya varios cachitos me fueron arrancados en ese proceso. El miedo no se ha extinguido y la violencia tampoco, pero la rabia ha cobrado fuerza, también se sana por medio de ella y de múltiples vivencias que alertan con diversas emociones como la ira, que nos ayudan a recuperar la memoria de lo que algunos trataron de borrar.

Tejiendo al sureste con un poco de Bajío

Llegué a San Cristóbal de las Casas en julio del 2016, tenía 28 años. Buscaba migrar a un lugar más “tranquilo” con la ligera esperanza de entrar en una especie de limbo donde sanar los dolores que habitaban en mí. Así fue como llegué al sureste mexicano, tierra de digna resistencia y lucha, que por años ha subsistido a la invasión brutal, que alberga secretos de la madre tierra y a la que protegen las personas de las culturas originarias.

Para ese entonces ya había trabajado durante muchos años con el racismo internalizado mediante la escritura sanadora, talleres de poesía y artilugios elaborados para la infancia afromexicana, indígena y racializada. Las resonancias cada día eran más profundas porque me hacían más consciente de lo que mi corporalidad encarnaba; por tal motivo, no quedarme callada ante los actos de racismo y discriminación era y sigue siendo un acto de amor propio infinito.

El racismo en México es un tema que ha quedado en el limbo. Durante cientos de años el plan de mestizaje como modelo homogeneizante social ha despojado la identidad del ser-existir-pertenecer. Así, la sociedad mexicana, con su ceguera incuestionable, ha creado un sistema de base colonial que nos ha hecho creer que todas(os,es) somos mestizas(os,es). Pero si nos detenemos a observar el panorama nos daremos cuenta de que la historia mexicana ha sido escrita por hombres descendientes de personas blanco-mestizas que nos han borrado a las personas afromexicanas y han reducido las culturas originarias al folklore, por lo tanto tampoco se incluyen las personas asiático-mexicanas o de padres migrantes ya establecidos. Pero en una plática con mi abuela paterna, “Boli”, me di cuenta de que la historia también la escribo yo. Esa viejita de 90 y tantos años me llevó a la dolorosa y maravillosa tarea de repensarme y, al verme una noche afligida por un acto racista que habíamos vivido mi papá y yo con mi familia materna, me abrazó entre sus *sentipensares* y poco a poco caí en cuenta de que toda mi vida me había sentido borrada.

En San Cristóbal de las Casas me estampé con el racismo a descaró puro y empecé a dimensionar, al mismo tiempo que entretejía, un sistema-mundo armado para el triunfo de los de arriba. En este pueblito que le dicen “mágico”, y que por mucho no lo es, pasan cosas indignantes todo el tiempo, pero la gente permanece callada, indiferente y tranquila. Leía *Ciudad Real* (1960) de Rosario Castellanos y al terminarlo me di cuenta de que ese momento no estaba muy alejado del yugo colonizador que controla algunas realidades del viejo valle de Jovel. En cierta ocasión estaba formada para pagar unas velas en una tienda. Cuando llegó

mi turno se acercó un gringo a la encargada para preguntarle algo y aprovechó para pedir algunas cosas. Yo estaba atónita y cuajada en coraje, así que le dije al gringo que respetara la fila y que se fuera a esperar su turno; él sonrió pero la señora de la tienda me dijo que tenía que cuidar bien a la clientela, ¡pero si yo también era parte de esa clientela!, claro, pero no soy gringa...

En Jovel los coletos (“descendientes de los españoles”) y los sectores privilegiados, como las personas del norte global que vienen a vivir su sueño de pueblito pintoresco y hippie, reproducen el sistema de violencias de forma descarada. Tengo muy presente el caso de la pastelería francesa “Oh la la”, que al menos cuenta con dos sucursales y de manera frecuente ejerce actos de racismo contra las personas indígenas al negarse a atenderlas o sacarlas de sus locales porque “no se permite vender en el establecimiento”. Por otra parte, veo que la gentrificación se hace presente en la ciudad. Ahora, en plena pandemia, la realidad es más turbia y quienes decidimos migrar por cuestiones muy diferentes a las del sueño campirano hippie tenemos que buscar nuevas estrategias para poder pagar una renta, porque después del *boom* del airbnb los costos se han elevado a niveles excesivos, por lo tanto, sobrevivir cuesta mucho más que antes. Pero los planes para el turismo se siguen maquinando y mucha gente extranjera (turista del norte global), sin ningún tipo de cuidado, llega a invadir y se alimenta de la apropiación cultural, por poner un ejemplo. Esos turistas encuentran bordados maravillosos a un precio extremadamente accesible para sus bolsillos, así que compran muchas prendas y regatean los precios para después revenderlas en sus países en euros o dólares. Por otra parte está el tema del plagio: toman fotografías de los diseños originales para robar ideas ancestrales y después crean “sus propias marcas” y “nuevos diseños”.

En San Cristóbal poco a poco fui conociendo gente nueva y llegué a los espacios feministas, los que me interesaba frecuentar. Mis experiencias con los feminismos habían sido muy enriquecedoras y guardaba en el alma los festivales artísticos feministas que habíamos hecho con Las Garbanceras en Morelia. Pero al llegar a esos espacios en San Cristóbal me di cuenta de que se incluían pocas personas afrodescendientes, indígenas y racializadas. Empecé a ver mucho protagonismo por parte de las compañeras extranjeras blancas; observé cómo en las asambleas varias compañeras indígenas ocupaban la palabra y se les infantilizaba y cuestionaba su postura de forma violenta. También caí en cuenta de que ya había vivido esas experiencias de formas más sutiles, solo que aquí el racismo me ve cara a cara, no me suelta. Sin embargo, no me gustaría que esta crítica se interpretara como sabotaje al feminismo, porque no hay un

solo feminismo y no todas somos iguales ni nos atraviesan los mismos problemas e inquietudes. Es tiempo de dar lugar a esos feminismos de Abya Yala que han luchado y siguen luchando por destruir el sistema occidental con una mirada antirracista y descolonizadora que parta de la diferencia.

Históricamente Abya Yala ha sido territorio de digna resistencia y lucha. Desde que los invasores llegaron a nuestras magníficas, diversas y fértiles tierras, hemos sido carnada para el eurocentrismo y sus maquinaciones atroces que han dejado desigualdad, violencia, pobreza y enfermedades a través del extractivismo, la explotación, la esclavitud y múltiples asesinatos. Al menos en este texto hay dos miradas de esas resistencias múltiples, la del Bajío y la del sureste, dos territorios con sed de justicia. Pero las resistencias casi nunca son visibles y, si lo son, una de dos, o deben de pasar por el filtro blanco para ser aprobadas, o son deslegitimadas por los opresores, que las criminalizan y al final las reprimen.

En el año 2019 hubo varias protestas importantes en Abya Yala, las cuales empezaron con la del pueblo de Haití para exigir la renuncia de su presidente, Jovenel Moïse, y su proyecto de neocolonia para la isla. Pero la lucha haitiana quedó invisibilizada por otros movimientos. No debemos olvidar que Haití ha sido inspiración para Abya Yala, basta recordar que la revolución haitiana fue el primer movimiento revolucionario en este territorio. He decidido ahondar en las protestas feministas que yo viví y sentí. Me voy a situar en San Cristóbal de Las Casas. Justo para inicios de ese año, mi mundo ya estaba en llamas. La navidad del 2018 había sido dura debido a la violación de una gran amiga durante la fiesta, así que desde inicios del 2019 hicimos un comunicado a los lugares públicos de San Cristóbal de Las Casas para que se solidarizaran y ofrecieran espacios seguros para nosotras las mujeres. Poco a poco logramos armar una asamblea feminista permanente para abordar a fondo —a partir de una mirada interseccional y con prioridad a las compañeras indígenas y afrodescendientes— varios temas que atraviesan nuestro cuerpo-territorio.

Para marzo del 2019, inspiradas en las múltiples luchas afrofeministas, nos reunimos varias(es) compañeras(es) afrodescendientes y decidimos visibilizar nuestra lucha en la marcha del día 8, recordando siempre lo que Angela Davis gritó alguna vez: “El feminismo será antirracista o no será”. En medio de los gritos de digna rabia sentí mi alma encenderse, no gritaba solo por mí, tam-

bién por las que ya no estaban. Nosotras, las feministas antirracistas, existimos y resistimos. A mí me han dicho puta, mal nacida, prieta asquerosa, feminazi, gorda mal cogida y muchas cosas más por salir a marchar, por salir a gritar y exigir lo que deberían ser mis derechos, lo que me corresponde, lo que nos ha sido arrebatado.

Por supuesto que la lucha feminista en México y específicamente en San Cristóbal de Las Casas no nació en el 2019, pero sí fue un año muy movido para los estallidos sociales, aunque muchas veces nuestras demandas son invisibilizadas y menospreciadas. Las varias luchas feministas en Jovel se suman a una serie de protestas a través de múltiples miradas. Las feministas protestamos contra el tren maya y su plan perverso de exterminio para sangrar la tierra que emana de nosotras; protestamos contra los encarcelamientos injustos de compañeras indígenas que no saben hablar español y les ponen abogados no bilingües con el fin de privarlas de su libertad. Las feministas nos hemos aliado a las protestas en contra de la Coca-Cola, una lucha que va de la mano con el agua, elemento fundamental para mantenernos con vida, no solo a nosotras, a la tierra misma.

Y así camino en el sureste con miradas al Bajío y entiendo que la lucha en Abya Yala late en varios puntos, de maneras diversas y entretejida con hilos sustanciales que han sido heridos por el sistema colonial, eurocentrado y heteropatriarcal, hambriento de cifras y evidencias. Cuando levantamos la voz dentro de las luchas feministas nos tratan de callar, pero ya no más. Somos la furia feminista que llegó para incendiar al sistema heteropatriarcal, capitalista, racista, cristianocéntrico y opresor; somos la furia con las cartas bien puestas sobre la mesa y tenemos muy claro que a nosotras nos importan nuestras vidas, por eso ini perdón, ni olvido!

Dossier

Silvestre Barragán

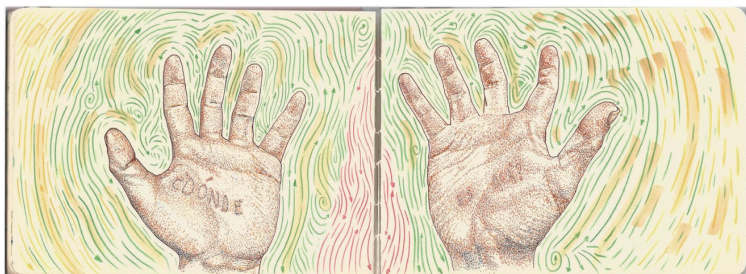
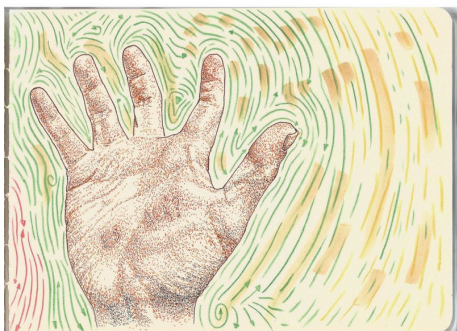
www.silvestrebarragan.net

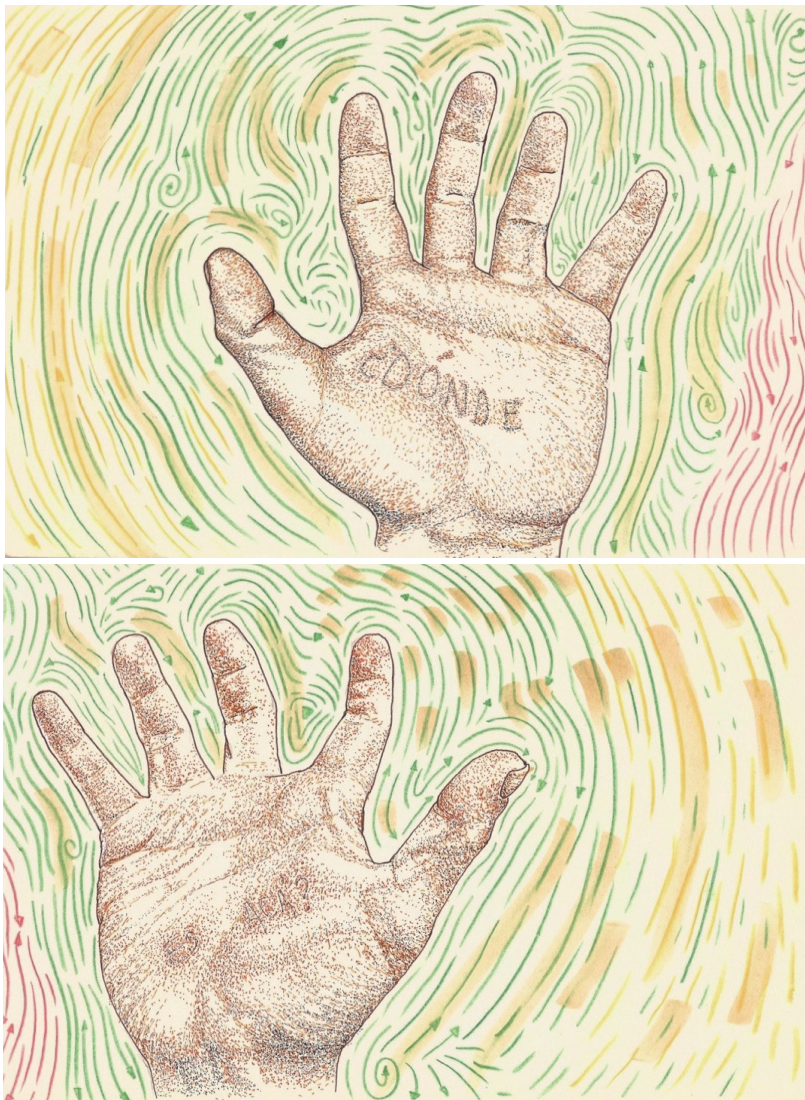
Silvestre Barragán es artista visual graduado de la Universidad Javeriana en énfasis plástico. Ha desarrollado proyectos que se pueden entender dentro del artivismo como posicionamiento crítico guiado por la perspectiva transfeminista. En esta línea de ideas Barragán ha usado diferentes estrategias como: el travestismo, el video, el fanzine, la acción- participación, el grafiti, entre otras; para hacer de las prácticas creativas una herramienta que permita imaginar el cambio social o al menos fortalecer las resistencias, las agencias y el empoderamiento.

Actualmente trabaja en el equipo editorial de la Revista Vozal, con la colectiva Crisalidas en proyectos de autodefensa feminista, en la agrupación Tigras del Sur en proyectos que buscan re pensar el amor romántico y las autonomías con mujeres que han vivido la experiencia de la prisión y en la colectiva A.L.C.E (Abolición de lógicas de castigo y encierro) ; mientras adelanta su investigación independiente sobre ideología de género, de la cuál ha salido como producto un laboratorio de experimentación para la expresión travesti llamada: “El maricodromo” en donde a través de procesos colectivos se busca crear estrategias de resistencia para la coyuntura política actual que atenta contra las subjetividades sexo disidentes. Su trabajo se ha mostrado en distintos escenarios como el: Instituto Latinoamericano de Sexualidad y Política. (MX) Reconference 2019 Rethink, Reboot, Reimagine. CREA (NPL), Pachaqueer. (ECU), Queer Infección Lab 2018. (IT), en el T.I.C.T.A.C. (ES), Alianza Francesa sede Armenia (COL), entre otros.

En este Dossier haré un recorrido por distintas piezas gráficas y de video que han guiado las reflexiones por mi devenir político, que dan cuenta de cómo las prácticas creativas pueden ser una práctica activa de reflexividad sobre la vida en contexto, para la creación de otros mundos posibles.

¿Dónde es Aquí?





Técnica mixta en tintas. Bitácora personal. 2020.

“¿Dónde es acá?”, es el punto de partida de este recorrido, que define el motor de mi práctica artística en donde he intentado entender mi lugar de subjetivación en medio de las relaciones de poder.

El dibujo lo realicé después de vivir 3 años en Barcelona España. Fue una frase recogida en el video-performance de val flores junto a Fernanda Guaglianone que lleva el mismo nombre y que tuve la oportunidad de ver en un café feminista en Barcelona. Apenas retorné a Abya Yala, esa frase regresó con fuerza, al haber retornado a mi lugar de origen, después de entender cómo las fronteras definen toda la realidad de empobrecimiento del Sur Global, justificando la mano de obra barata en contrapeso al anhelo con que se puede intentar adivinar el futuro en la línea de nuestras manos.

Encarnación



Videarte. 2020

<https://vimeo.com/468340475>

Este es un ejercicio visual en el que a través del monólogo se elabora una reflexión sobre la performatividad o acuerpamiento, en donde se plantea la transformación de un cuerpo motivado por el deseo de ser quién se quiere ser.

Guía práctica de la homofobia

Video performance. 2016

<https://www.youtube.com/watch?v=gTnUA94Ye4Q>

“Guía práctica de la homofobia”, es un análisis de caso, de los discursos que se dinamizaron alrededor de la “Marcha por la familia” en Colombia. Un material audiovisual que, a través de la ironía, personificando a Serguei Ltda., hago un desglosamiento de 8 puntos, que son decisivos en esta movilización para demostrar cómo la lucha a favor de la ideología de género es una maniobra que naturaliza la homofobia y reifica los valores fascistas tan en auge en nuestro presente.

Recordatorio para la gente biologicista

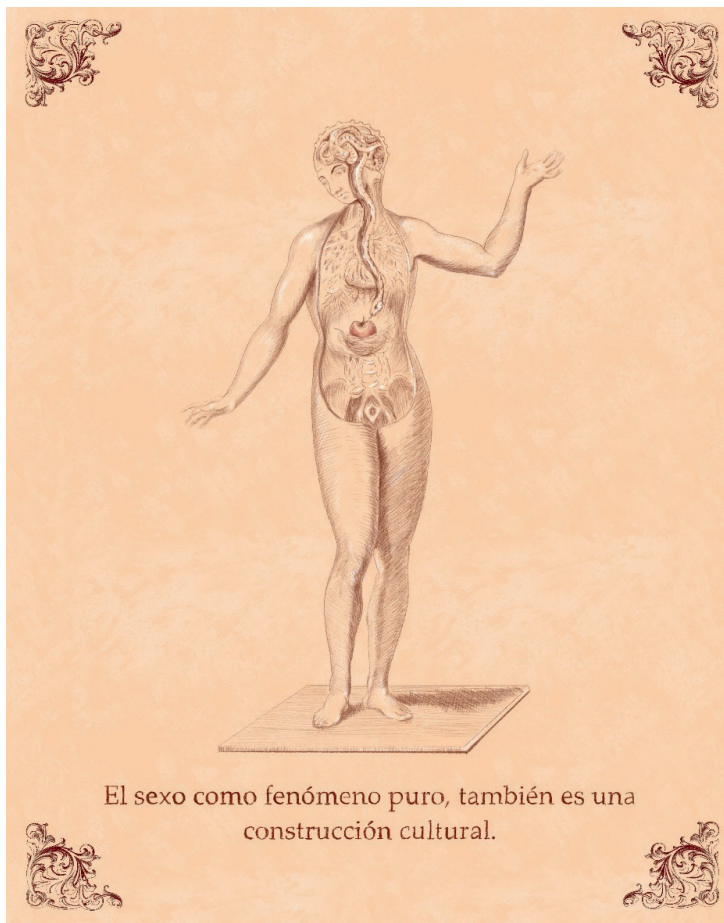


Ilustración digital. 2020

Esta imagen surge como un alto en el camino, para la gente que defiende los biologicismos. En el presente estos discursos están siendo promovidos por los feminismos radicales al igual que por los fundamentalismos religiosos y los movimientos políticos de ultraderecha, fenómeno que en todo caso genera sospecha; por lo tanto, es importante recordar que lo que entendemos como sexo biológico también hace parte de una construcción cultural en donde tal dicotomía pura no existe, pero sí define el prospecto de la medicina moderna, machista, blanca y heterosexual.

Transvistiendo las Américas

Ilustración digital. 2020.

Esta imagen fue realizada para el día del orgullo LGBTIQ+ para Colombia Diversa y Sentido Web, con ella quería señalar que el género en su división binaria es una imposta colonial, en la imagen Serguei Ltda. con Furia travesti está decapitando el monumento de Américo Vespucio y llevando la imagen como bandera de “Nuestro norte es el Sur”.

Cada vez que sentí placer, sentí culpa

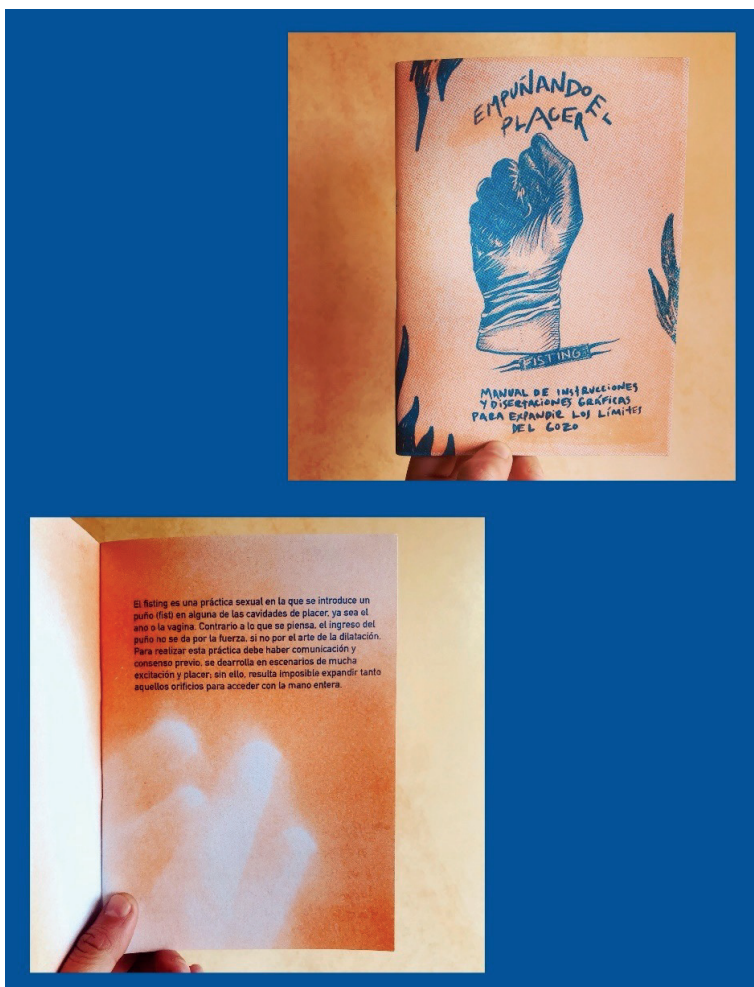


Piratero digital. 2013. Lobas Furiosas.

Esta imagen fue realizada para la marcha de las putas de ese año junto a la colectiva “Lobas Furiosas”, en donde queríamos incitar a las personas a realizar imágenes relacionadas con la marcha, para hacer una bandera llena de retazos de la suma de todas las imágenes. La imagen que cito acá salió el miércoles de ceniza de esa época, y rechaza el control de los cuerpos de las mujeres por parte de la Iglesia.

Empuñando el placer

Fisting. Manual de instrucciones y disertaciones gráficas para expandir los límites del gozo



Fanzine. 2021

Empuñando el placer es el primer facsímil de disertaciones gráficas para expandir los límites del deseo. Pues, la pregunta sobre la sexualidad es amplia, implica tanto nuestro posicionamiento en el mundo, como una serie de impulsos que no reconocemos cómo nos atraviesan o por qué. El deseo es una forma de acuerpamiento, nos hacemos un cuerpo a través de él; es un movimiento afectivo que no solo interviene la sexualidad, es una toma de posición que no viene de la razón, sino tal vez de la intuición o de la alegría, es un motor de vida.

En este caso sí nos centraremos en el placer sexual, para ello la primera cuestión sería preguntarnos: ¿cómo deseamos y por qué deseamos lo que deseamos? Lo cual nos podría llevar a un sinfín de exploraciones y cuestionamientos sobre el cuerpo y la sociedad en que vivimos. ¿nuestro deseo es heterosexual? ¿por qué? ¿hay deseos fuera de este paradigma? ¿Hay otra forma de imaginar lo que nos gusta fuera de las imágenes de la pornografía? ¿La iglesia ha diseñado ideológicamente la forma en que debemos desear? ¿A los cuerpos feminizados se nos permite desear en nombre propio? ¿sabemos qué nos produce placer? ¿conoceremos todas nuestras formas de placer? ¿tenemos fantasías sexuales? ¿estas nos asustan? O ¿nos asusta no tenerlas?

8Msures



Afiche digital. 2021

Este fue el afiche del 8M Sures, una propuesta que busca descentralizar los feminismos en la ciudad de Bogotá y hacer incidencia en los Barrios de los sures de la capital, en esta ocasión se convocó en San Cristóbal Sur, Bogotá, Colombia, haciendo énfasis en la mujer trabajadora popular.

EN TIEMPOS DE PANDEMIA

Ser, hacer, sentir feminismo

Se terminó en septiembre de 2023.

Corrección de estilo: Dorian del
Carmen Reyes Mendoza